

**EL PRIMER SANTO
CRISTIANO:**

DIMAS
EL LADRÓN

GUILLERMO ROVIROSA

WWW.SOLIDARIDAD.NET



PRESENTACIÓN

VOZ DE LOS SIN VOZ continúa su esfuerzo por publicar todas las obras de Guillermo Rovirosa. Durante 18 años, nadie se ha ocupado de hacerlo, lo que no ha impedido que se propague el infundio de que queremos acaparar a Rovirosa.

Ni VOZ DE LOS SIN VOZ ni el Movimiento Cultural Cristiano pretenden ninguna acaparación de Rovirosa, únicamente nos negamos a que engrosé la legión de los SIN VOZ como hace más de 30 años nos negamos a que se le difamara y persiguiera in justamente. Rovirosa y sus obras son de la Iglesia Católica y todos los hijos de la Iglesia tienen derecho a ellas. Clara y categóricamente nos negamos a que sean enterradas con sus restos.

Hoy, con la edición de DIMAS, completamos el binomio de la paradoja tan querida por él: “Judas, el apóstol, primer traidor cristiano” y “Dimas, el ladrón, primer santo cristiano”.

Este sentido de lo paradójico está siendo perdido en el cristianismo espiritualista de nuestros días. Recuerdo el día que el grupo de cristianos de mi parroquia me dijeron que ellos no eran pecadores. De la misma forma y, por las mismas razones, que los mediocres de la izquierda de hoy gritan cada día más que el sacrificio y la cruz cristianos son estériles. Y, para su mediocre vida, tienen razón. Han asesinado la solidaridad, eje central del movimiento obrero de pobres, y han sustituido esa fuerza de su acción por las crecientes pesetas que les dan, que no ganan, por formar parte de las estructuras burocráticas insolidarias que ocupan el lugar de la militancia.

Los cristianos espiritualistas y la burocracia cancerosa que han sustituido a la militancia, tienen en común el rechazo del sacrificio que exige la solidaridad. Por eso, los primeros son sal que se vuelve insípida ante la vida y los segundos pierden el sentido de la vida y dedican sus esfuerzos al cultivo de su dimensión zoológica. Pero la vida del hombre, y la del cristiano en particular, se juegan mucho entre esos polos: la traición y la fidelidad. Para unos, el prototipo siempre será Judas; para los otros, Dimas. Los dos pecan, pero uno reconoce la Verdad en Cristo, y consigue la misericordia, mientras el otro opta por escalar instrumentalizando a quien “no tiene ni donde reclinar la cabeza”. El primero vive la amistad con Dios; mientras el segundo consigue la

desesperación y la horca.

Sigue sucediendo ésto en nuestro mundo. Traición y fidelidad son los grandes protagonistas de la vida humana. ¿Qué queda en nuestra sociedad de la fidelidad a la emancipación de los pobres, que presidió la vida del movimiento obrero en el siglo XIX y primer tercio del XX?. En la misma medida que no hay fidelidad, hay traición.

¿Qué queda en la clase obrera aburguesada del Hemisferio Norte de vida solidaria con los Pobres de la Tierra? Nuevamente la correlación traición-fidelidad jugando en la vida. Y así podemos analizar organizaciones, estructuras e instituciones.

Y, entre los cristianos, lo mismo. La lección Judas-Dimas no es que uno era el malo y el otro era el bueno, como en las películas, sino que todo ser huma no tenemos de los dos, SOMOS de los dos. La diferencia está en que, Dimas reconoció su canallada, y por eso fue santo, mientras Judas se quedó con el fracaso de su plan traidor, y por eso se desesperó.

Nuestra vida personal y nuestra vida social, política, económica, cultural y religiosa testifica con los hechos esta verdad. Lo triste es cuando personal y colectivamente olvidamos la lección, como sucede en las sociedades del Primer Mundo, salvajemente insolidarias tanto en sus instituciones y estructuras, como en las personas.

Por ello, mientras no sean públicamente conscientes de ello, se manipula á la solidaridad confundíendola con la limosna o el donativo, intentando tapan la realidad de su ser, para seguir robando a la mayoría de la humanidad, con lo que lo único seguro que construye es la corrupción. Y es esa corrupción la que acabó en la Historia con todos los imperios. También acabará con el imperialismo transnacional de nuestro tiempo. ¿No vemos la corrupción triunfando en nuestra sociedad? Aunque ilustres norteamericanos nos digan hoy que hagamos cauces de regeneración desde el Norte de África, como ellos hacen con las corrientes de emigrantes, hace muchos más siglos que sabemos que la solución está en Dimas: fidelidad a Cristo desde los pobres y reconocimiento de la traición, y, desde ahí, testimonio evangelizador para todos los hombres.

Julián Gómez del Castillo. Responsable de VOZ DE LOS SIN VOZ

Movimiento Cultural Cristiano

Avda. Monforte de Lemos 162 28029 Madrid www.solidaridad.net

PLAN GENERAL

PRIMERA PARTE. Contiene la traducción de algunos capítulos del libro de Flavio JOSEFO titulado: HISTORIA DE LOS JUDÍOS, correspondientes, aproximadamente, a los treinta años que precedieron al Calvario. Ello nos sitúa en el ambiente en que se desarrolló la vida de San Dimas. Traducción escueta; sin notas ni comentarios.

SEGUNDA PARTE. Consta de tres Capítulos:

1º- EL HOMBRE, en que se trata de perfilar la persona de Dimas.

2º- EL LADRÓN, donde se exploran algunos aspectos de esta “profesión” en relación con Dimas.

3º- EL SANTO, que constituye la parte fundamental de este cuaderno y al que se ha intentado que converja todo lo demás.

PRIMERA PARTE

Fragmentos de: “HISTORIA DE LOS JUDÍOS” por Flavio JOSEFO.

(Desde los últimos años de Herodes el Grande, hasta el Calvario)

ANTÍPATRO QUIERE ACELERAR LA MUERTE DE SU PADRE PARA REINAR EN SU LUGAR. - HIJOS QUE HERODES TUVO DE SUS NUEVE ESPOSAS.

A pesar de que la ejecución de Alejandro y de Aristóbulo representó un gran progreso en los abominables designios de su hermano mayor Antípatro, la impaciencia que éste tenía por reinar era tan grande que no podía sufrir los obstáculos que retrasaban la consecución de sus deseos.

Descartado el temor de que sus hermanos compartieran con él el reino, se encontraba con otra dificultad derivada del odio que le tenía

Dimas, el ladrón - Guillermo Rovirosa
Ed. Voz de los sin Voz

todo el pueblo y por la aversión que le manifestaban los hombres de armas, que son los únicos que pueden sostener la corona de los reyes cuando ocurren cambios y revueltas en sus estados. Y no podía culpar a nadie, sino a sí mismo, de esta aversión general que se le tenía, a causa de sus maquinaciones contra sus hermanos.

De hecho, gobernaba el reino como si hubiera tomado posesión, ya que Herodes depositaba en él toda su confianza, en agradecimiento a lo que había hecho con sus hermanos; convencido de que lo que había impulsado a Antípatro a denunciarlos era el gran amor que tenía a su padre y su deseo de conservarle la vida.

Pero Antípatro tenía prisa, y hacía todo lo posible para ganar para su causa a los mejores amigos de su padre, a base de espléndidos regalos, principalmente a los que estaban en Roma; pero de una manera muy particular a Saturnino, Gobernador de Siria, y a su hermano.

También esperaba ganar para su causa a su tía Salomé, hermana de Herodes, que se había casado con uno de los amigos más íntimos del rey; ya que no había hombre que manejase mejor que Antípatro la hipocresía y el disimulo, ni más capaz de engañar con pretexto de amistad.

Herodes mandó a su nuera Glafira, viuda de Alejandro, a vivir con su padre el rey Arquelao, y pagó con sus propios caudales todo lo que esta princesa aportó como dote, con objeto de evitar cualquier reclamación. Alejandro dejó dos hijos, y por su parte Aristóbulo y Berenice tuvieron tres hijos y dos hijas.

Herodes gastó sin escatimar nada para que se les educara como a nietos del rey, y los recomendaba con frecuencia a sus amigos, mientras deploraba el infortunio de los padres y rogaba a Dios que los hijos fueran más dichosos, deseando que cuando fuesen mayores recordaran con gratitud los desvelos de su abuelo para su educación.

Con objeto de que Antípatro cobrara afecto a sus sobrinos huérfanos, Herodes concertó matrimonios entre sus nietos, de manera que los sobrinos de Antípatro se convirtieran en sus yernos y nueras, utilizando el derecho que nos conceden nuestras leyes para que un hombre pueda tener más de una mujer.

Sin embargo, el resultado no fue el que Herodes esperaba, ya que Antípatro no los odiaba menos de lo que había odiado a sus

padres, y el afecto que Herodes les manifestaba no hacía otra cosa que exasperarlo más y más. Temía que cuando fueran mayores se le afrentaran, con la ayuda de sus abuelos el rey Arquelao y el tetrarca Feroras (hermano menor de Herodes) un hijo del cual quería Herodes que se casara con una hija de Antípatro.

Por este tiempo Herodes tenía nueve esposas, la primera de las cuales fue la madre de Antípatro.

La segunda era hija del Sumo Sacerdote Simón, de la que tuvo un hijo llamado Herodes, como el padre.

La tercera era hija de su hermano, y la cuarta era prima hermana suya, y ninguna de las dos tuvo hijos.

La quinta era samaritana, y tuvo dos hijos: Arquelao y Antipas; y una hija llamada Olimpia, que se casó con su tío paterno José. Arquelao y Antipas se educaron en Roma, bajo el cuidado de un amigo de Herodes.

La sexta, llamada Cleopatra, era de Jerusalén, y tuvo dos hijos: Herodes y Filipo. Este último también fue educado en Roma.

La séptima, cuyo nombre era Pal-las, tuvo un hijo llamado Fazael.

La octava se llamaba Feura, y fue madre de una hija llamada Roxana.

Y de la novena, Elpida, tuvo una hija: Salomé.

De Mariamna, a la que Herodes hizo morir, además de los dos hijos Alejandro y Aristóbulo (que corrieron la misma suerte que su madre) tuvo dos hijas.

CONSPIRACIÓN DE ANTÍPATRO CONTRA HERODES.

Herodes estaba plenamente convencido del gran amor que su hijo Antípatro le tenía, y había puesto tanta confianza en él que le daba toda autoridad, mientras éste abusaba de ello, obsesionado por sus turbias maquinaciones.

Sin embargo, disimulaba su malicia de tal manera que Herodes no se daba cuenta de nada; y así cada día se hacía más temible a todos por su poder y por su maldad.

Procuraba atraerse a Feroras (hermano menor de Herodes) con toda clase de servicios y regalos, ayudado por las mujeres (la esposa, la madre y la suegra de Feroras) todas ellas partidarias de Antípatro. Aunque Feroras les tenía poca simpatía a causa de los malos tratos que daban a sus hijas solteras, no tenía más remedio que soportarlas, pues sabían demasiadas cosas de él; y por otra parte, había una gran compenetración entre ellas y Antípatro a través de la madre de éste.

Salomé, hermana de Herodes, entró en sospechas, y los observaba meticulosamente, dispuesta a avisar al rey tan pronto como viese algún fundamento a sus recelos.

Ellos se dieron cuenta, y acordaron no aparecer nunca juntos públicamente, haciendo como si estuvieran reñidos, hablando mal los unos de los otros, particularmente en presencia del rey y de las personas de su intimidad, en tanto que, secretamente estaban más compenetrados que nunca.

A pesar de todo, Salomé se dio cuenta, y lo notificó a su hermano el rey, que había empezado a recelar algo, pero disimulaba; y tampoco dio entero crédito a las sospechas de su hermana, pues sabía que no andaba remisa en lanzar calumnias; y tampoco ignoraba que tanto ella como las otras mujeres de que se acababa de hacer referencia, pertenecían a una secta de gente que se creen más instruidos que los otros en cosas de religión, y están persuadidos de que Dios los prefiere tanto que se comunica con ellos y les manifiesta los acontecimientos futuros. Se les suele llamar Fariseos. Son muy instruidos y emprendedores, y a veces se atreven a levantarse contra los reyes y atacarlos abiertamente.

Cuando se obligó a toda la nación judía a que prestara juramento de fidelidad al rey Herodes y al emperador de Roma, más de seis mil de estos fariseos se negaron a hacerlo. Herodes los condenó a una multa muy fuerte, y la mujer de Feroras la pagó por todos. Agradecidos por este favor, ellos le dijeron que era voluntad de Dios el desposeer a Herodes y a sus descendientes del solio real para poner en su lugar a Feroras y a los hijos tenidos con ella.

Salomé conoció esta conspiración, y supo que algunos de la corte habían sido sobornados a base de regalos y promesas.

Herodes hizo morir a los principales fariseos, así como a buen

número de servidores e intendentes de palacio, entre ellos un eunuco para el que Herodes tenía una predilección muy especial, a causa de su extremada belleza. Los fariseos habían persuadido a este eunuco de que cuando entrara el nuevo rey, no solamente tendría una situación mejor, sino que quedaría de manera que podría casarse y tener hijos.

Después de haber hecho morir a los fariseos acusados de conspiración, Herodes mandó reunir a sus parientes y amigos, y les habló en estos términos:

“-La mujer de Feroras, que está aquí presente, fue causa de la injuria que éste me hizo de no quererse casar con una hija mía. En aquella ocasión, y en todas, nunca omitió nada que pudiera contrapuntarme con mi hermano; pagó la multa de los fariseos rebeldes, y ahora ella es la culpable de la última conspiración. Siendo ello así, Feroras, hermano mío, no has de esperar que yo te lo pida para repudiar a una persona que únicamente busca el separarnos, ya que no podrás conservarla si no quieres romper conmigo.”

Feroras, aunque muy impresionado por estas palabras, después de asegurar con firmeza que conservaría siempre el afecto y la fidelidad al rey, su hermano, dijo que no podía acceder a repudiar a su mujer, pues la amaba tanto que prefería la muerte a estar separado de ella.

Esta respuesta ofendió en grado sumo a Herodes, aunque en aquel momento no dio muestras de su cólera, limitándose a prohibir a Antípatro y a su madre, así como a las ocho reinas restantes, a tener ningún trato con Feroras ni con los de su casa.

Estos prometieron todo cuanto Herodes quiso. Pero aprovechaban todas las ocasiones para comer juntos, con la principal complicidad de la madre de Antípatro.

HERODES MANDA A ANTÍPATRO A ROMA.

Temiendo Antípatro que Herodes descargara su odio contra él, pues ya iba descubriendo demasiadas cosas, escribió a los amigos que tenía en Roma pidiéndoles que le mandaran cartas indicando la conveniencia de que fuera a Roma a entrevistarse con el Emperador.

Así lo hicieron, y Herodes lo mandó con espléndidos regalos, junto con su testamento, en el que declaraba a Antípatro como a su

sucesor, y en su defecto a Herodes, el hijo que tuvo con la hija del Sumo Sacerdote.

Por aquellas fechas también fue a Roma Sileo, sin que hubiera cumplido las órdenes recibidas de Augusto. Herodes le acusó al Emperador de los mismos crímenes de que antes la había acusado Nicolás; y Aretas también lo acusó de haber hecho morir en Petra a muchas personas notables, contra la voluntad del rey, particularmente al llamado Soeme, que era muy virtuoso y considerado. Añadiendo que había hecho morir a uno de los servidores de Augusto, llamado Sabatus por los hechos que ahora contaré.

Entre los soldados de la guardia de Herodes había un corintio, que gozaba de toda la confianza del rey. Sileo lo sobornó con una fuerte suma de dinero y éste le prometió matar a su rey y señor. Habiéndose enterado de ello Sabatus, por boca del mismo Sileo, se lo comunicó a Herodes, el cual mandó detener al corintio y someterlo al tormento, en el que lo confesó todo, acusando a dos partos, uno de los cuales era un gran señor, y el otro un íntimo amigo de Sileo. Herodes mandó someter al tormento a estos dos, y confesaron que habían venido expresamente para urgir al corintio a que realizara el atentado a que se había comprometido, y para ayudarle en su realización, si hiciera falta. Herodes mandó todas estas informaciones a Roma para que se hiciera el proceso.

MUERTE DE FERORAS, HERMANO MENOR DE HERODES.

Cuando Herodes vio que Feroras se negaba rotundamente a separarse de su mujer, le ordenó que se retirara a su tetrarquía.

Feroras, no solamente obedeció de buena gana, sino que juró que jamás volvería a la corte mientras viviese, y lo cumplió. En cierta ocasión, Herodes lo mandó buscar, diciéndole que estaba grave, y que antes de morir quería comunicarle órdenes secretas muy importantes y Feroras le mandó decir que no podía acudir para no violar su juramento.

Herodes no se enfadó por esto, ni disminuyó en nada el afecto que le tenía. De tal manera que cuando supo que Feroras estaba enfermo, en seguida fue a verle y estuvo con él, sin que éste le hubiera

llamado.

Esta enfermedad fue la última de Feroras, y Herodes lo mandó enterrar en Jerusalén, donde decretó un duelo público, en honor a su memoria.

La muerte de Feroras fue el principio de las calamidades que cayeron sobre Antípatro, que entonces estaba en Roma, como castigo de Dios por sus maldades que fueron causa de la muerte violenta de sus hermanos. Explicaré a continuación todas las particularidades para que, con este ejemplo todos vean hasta qué punto conviene tomar la virtud y la justicia como norma de las acciones, y no hacer nada que les sea contrario.

HERODES DESCUBRE LA CONSPIRACIÓN DE ANTÍPATRO.

Dos esclavos libertos de Feroras, que éste quería muchísimo, después que Feroras hubo muerto acudieron a Herodes para pedirle que no dejara esta muerte impune, sino que hiciera una exacta investigación para castigar a los que lo habían asesinado.

Herodes los escuchó con atención. Ellos le contaron que cuando Feroras se sintió mal acababa de cenar con su mujer; y que le habían administrado un veneno, mezclado con la bebida, que no hizo más que ingerirlo y ya se manifestaron sus efectos. Que este filtro lo había proporcionado una mujer venida de la Arabia que aseguraba que su virtud consistía en provocar el amor de la persona que lo bebía por la persona que se lo daba. Pero que en realidad se trataba de un veneno fortísimo, y que entre las mujeres de la Arabia, que conocen muchos de estos brebajes, se acusaba a ésta de ser muy amiga de una mujer de mala vida, protegida por Sileo. Que la madre y la hermana de la mujer de Feroras habían comprado el veneno a dicha mujer en la víspera del día fatal en que Feroras lo tomó.

Estos informes provocaron tal indignación en Herodes, que hizo aplicar el tormento a todas las mujeres, tanto a las esclavas cómo a las libres, que estaban al servicio de la madre y de la hermana de la mujer de Feroras.

Nada se consiguió que revelaran en el tormento. Únicamente

una de ellas, cuando los dolores eran más fuertes, dijo que pedía a Dios que hiciera sufrir a la madre de Antípato unos tormentos semejantes, ya que ella era la causa de qué se las hiciera sufrir a todas.

Estas palabras excitaron todavía más el deseo de Herodes de conocer la verdad, y apretando los tormentos con máxima violencia, confesaron todo lo que había pasado: las comilonas, los conciliábulos, las reuniones secretas, incluso las cosas que Herodes solamente había dicho a Antípato, y que éste había contado a aquellas mujeres.

Añadieron que Antípato tenía un odio extremado al rey; que se lamentaba con frecuencia a su madre de que Herodes viviera tantos años, y que él mismo ya se hacía viejo, y heredaría tan tarde la corona que ya no podría disfrutarla; que su padre tenía tantos hijos y tantos nietos, que no le dejarían poseer el reino con seguridad plena; y que si él muriese no sería rey su hijo, sino que Herodes había dejado la corona a uno de sus hermanos.

También contaron que Antípato hablaba con frecuencia de la crueldad de su padre, diciendo que no había respetado ni a sus propios hijos; y que todo esto era lo que le había obligado a él a ir a Roma, y a Feroras a retirarse a su tetrarquía.

Como todo esto coincidía con lo que le había dicho Salomé, Herodes ya no tuvo ninguna dificultad para creérselo íntegramente. A su primera mujer, Doris, madre de Antípato, le quitó todas las joyas que le había dado, de grandísimo valor, y la expulsó de palacio. En cuanto a las mujeres de la casa de Feroras a las que se había aplicado el tormento, las dejó libres, por haber confesado la verdad.

Sin embargo, lo que más le enfureció contra Antípato fue lo que declaró su intendente, un samaritano llamado Antípato, como su amo. Puesto en el tormento manifestó, entre otras cosas, que el príncipe había puesto en manos de Feroras un veneno mortal para que lo hiciera tomar al rey durante su ausencia, y así no se le pudiera acusar a él; que este veneno había sido traído de Egipto por Antífilo, amigo de Antípato, y que su tío Teudión, hermano de Doris, lo había llevado a Feroras, que lo dio a guardar a su mujer.

Herodes mandó llamar enseguida a la viuda de Feroras, y la interrogó sobre estos hechos. Ella confesó que tenía el veneno, e hizo acción de ir a buscarlo: pero al pasar por la galería alta del palacio se

lanzó abajo, no matándose por haber caído sobre los pies. Una vez se hubo recobrado, el rey le prometió que no le haría ningún daño ni a ella ni a su familia, si le declarase la verdad; amenazándola con toda clase de tormentos si rehusase hablar.

Ella le prometió, con juramento, que nada le ocultaría, y la opinión general es de que procedió con sinceridad. He aquí su confesión:

“-Antífilo trajo este veneno de Egipto, donde lo había preparado un hermano suyo, médico. Antípatro se lo compró para servirse de él contra vuestra majestad; Teudión lo llevó a Feroras, que me lo entregó a mí para que lo guardase. Después mi marido cayó enfermo, y quedó tan impresionado por las muestras de afecto que recibió de vos al venirle a ver, que me mandó llamar y me dijo: -Esposa mía, me he dejado engañar por Antípatro cuando me ha confiado su intento de envenenar a su padre. Pero ahora veo que el rey no ha menguado el amor fraternal que siempre me ha tenido, y viendo también que se acerca el fin de mi vida, no quiero llevarme al otro mundo un alma ennegrecida con el crimen de haber tomado parte en una conspiración contra mi rey y mi hermano; por todo lo cual te pido que echés el veneno al fuego delante de mí. Enseguida fui a buscarlo y lo quemé; guardándome una pequeña cantidad para mi uso, si después de su muerte vos me tratáseis con excesivo rigor”.

Y dicho esto, mostró a Herodes el residuo del veneno en la redoma que lo contenía. El hermano y la madre de Antífilo, puestos en el tormento, confesaron en iguales términos, y reconocieron la redoma.

También se acusó a una de las esposas del rey, la que era hija del Sumo Sacerdote, de haber tomado parte en la conspiración, pero ella lo negó. Herodes, sin embargo, la repudió, y en su testamento suprimió la cláusula en que se señalaba que, en caso de muerte de Antípatro, heredaría la corona el hijo que había tenido con ella, llamado Herodes, como su padre. También retiró el cargo de Sumo Sacerdote a Simón, padre de la repudiada, otorgándolo a Matías, hijo de Teófilo.

Entre tanto, llegó de Roma Batilo, un esclavo liberto de Antípatro, y puesto en el tormento confesó que él había traído el veneno para ponerlo en manos de la madre de Antípatro, y de Feroras, con objeto de que si el primer veneno que debía tomar el rey no le hacía

efecto, que se le diera el segundo. Entregó a Herodes las cartas que los amigos del rey le escribían desde Roma, instados por Antípatro, que los había sobornado con grandes regalos. En ellas se hablaba de sus hijos Arquelao y Filipo, que estaban en Roma, diciendo que acusaban a Herodes de la muerte de sus hermanos Alejandro y Aristóbulo, de la que estaban muy afligidos, y temían que Herodes los llamara de Roma para tratarlos como a sus hermanos, que había hecho morir. Antípatro, por su parte, también escribía al rey referente a sus hermanos, como queriendo excusarlos, teniendo en cuenta su poca edad.

Durante su estancia cerca de Augusto, Antípatro trabajó intensamente para ganarse el afecto de los más destacados de la corte imperial, a los que hizo muchos regalos, valorados en más de doscientos talentos. Causa extrañeza pensar que estuvo siete meses en Roma sin que le llegara el mas leve indicio de lo que se fraguaba contra él en Judea, Pero aparte de que todo se llevaba con gran sigilo para evitar que se enterara, hay que tener en cuenta que el odio que se le tenía era tan grande, que no hubo nadie que quisiera comprometerse para favorecerlo.

ANTÍPATRO VUELVE DE ROMA.

Herodes, disimulando su animadversión hacia Antípatro, le escribió diciendo que tan pronto hubiera terminado los asuntos que le llevaron a Roma, volviese a su lado, pues no eran convenientes unas ausencias tan largas. Únicamente le insinuaba algunas quejas contra su madre; diciéndole, sin embargo, que en cuanto él llegara lo olvidaría todo, añadiendo todas las manifestaciones de afecto habituales, pues temía que desconfiara y no regresara de Roma, tramando nuevas conjuras contra él.

Antípatro recibió esta carta cuando estaba en Cilicia, en viaje de regreso, habiendo ya recibido otras de Tarento, por las que se enteró de la muerte de Feroras, que le impresionaron en gran manera, no tanto por el afecto que le tuviera, sino porque no había envenenado a su padre, como le había prometido.

Cuando llegó a Calenderis, que es una ciudad de Cilicia, empezó a dudar entre continuar, o no, su viaje.

Lamentaba en gran manera la afrenta de su madre, al ser expulsada de palacio, y las opiniones de los amigos que le acompañaban eran contradictorias. Unos creían que lo mejor era esperar los acontecimientos, mientras que los otros opinaban que convenía regresar cuanto antes, para neutralizar, con su presencia, la libertad de acción de que disfrutaban sus enemigos mientras él estaba ausente.

Antípatro se adhirió a este último criterio, y continuó la navegación hasta Sebaste, el espléndido puerto que Herodes había mandado construir con gran dispendio, y al que habían dado este nombre en honor a Augusto.

Por aquellos mismos días, Quintilio VARO, que había sucedido a Saturnino como Gobernador de Siria, había ido a Jerusalén para saludar a Herodes y tener consejo con él.

Como Antípatro desconocía la gravedad de la situación, se presentó a la puerta de palacio vestido de púrpura, como acostumbraba; al abrirle, le dejaron pasar a él, pero no a los de su comitiva.

Hasta entonces no se había dado cuenta del peligro en que se encontraba, y lo vio con evidencia cuando al ir a besar a Herodes, éste lo rechazó, echándole en cara la muerte de sus hermanos, y que no contento con ello quería añadir un parricidio; pero que mañana sería juzgado por Varo.

Se retiró completamente abatido. Tanto su madre como su esposa (que era hija de Antígono, el último rey de los judíos que precedió a Herodes) le informaron de todo lo que pasaba, y se preparó para ser juzgado.

Al día siguiente Herodes convocó una gran Asamblea, presidida por Varo. Se hallaba presente Herodes con sus parientes y amigos, con su hermana Salomé. Se hizo comparecer a los que habían descubierto la conspiración, a los que habían sido sometidos al tormento, algunos servidores de la madre de Antípatro, que habían sido detenidos poco antes de su regreso, portadores de cartas en las que se le decía que sus planes se habían descubierto y que tratara de volver atrás para no caer en manos de su padre, ya que su única esperanza era ir a Roma y ponerse bajo la protección de Augusto.

Antípatro se postró a los pies de Herodes, pidiéndole que no lo condenara sin oírle y dejarle justificar. Herodes lo mandó levantar, y

dijo:

“-Es muy triste haber engendrado un hijo así, para caer en sus manos en mi ancianidad. No he descuidado nada de cuanto pudiera perfeccionar su educación: toda clase de beneficios y de privilegios me han parecido pocos para él. Tantos testimonios de afecto y de buena voluntad no han podido impedir que atentara contra mi vida, para obtener, mediante un crimen tan terrible, un reino que era suyo tanto por el derecho que le otorga la naturaleza, como por la voluntad de su padre. No comprendo que ventajas podía imaginar que obtendría con la ejecución de un designio tan detestable, ya que yo lo había designado como sucesor en mi testamento, y que incluso en estos últimos tiempos compartía conmigo la autoridad real, dándole cada año cincuenta talentos para sus gastos, habiéndole dado últimamente trescientos para su viaje a Roma. Me ha acusado en todas partes de la muerte de sus hermanos, de los que él fue el acusador, y de los cuales ahora es el imitador, si fueron culpables, y el calumniador y el asesino si fueron inocentes, ya que yo no tenía otras pruebas en contra de ellos más que las que éste me dio, y los condené por su consejo. Ahora veo, sin embargo, que los justifica, al ser él mismo reo del crimen de que los acusó”.

Al pronunciar Herodes estas palabras, las lágrimas le brotaron tan abundantes que no pudo continuar. Rogó a Nicolás, de Damasco, al que tenía gran afecto y confianza, y que estaba muy al corriente de todo este asunto, que expusiera el contenido de las declaraciones de todos los testigos, que constituían las pruebas.

Antípatro pidió la palabra para defender el mismo su causa. Para su defensa utilizó los mismos argumentos que habían servido a Herodes paya acusarle, diciendo que el gran afecto que su padre le tenía era una recompensa a su piedad filial, y una prueba de que no había faltado a ninguno de sus deberes. Que era absurdo pensar que después de los beneficios recibidos se hubiera comprometido en un crimen semejante que destruiría su reputación. Que una cosa así, carecía de todo sentido después de que su padre le había nombrado su sucesor, y de haberle hecho participar en todo el poder y los honores inherentes a la corona, no era cosa de esperar a ser rey, sino que ya lo era de hecho, sin que nadie se opusiera. Que el castigo sufrido por dos de sus hermanos por

haber intentado, un crimen semejante, hacía todo esto todavía menos verosímil. Que no era necesaria una prueba mayor de amor a su padre que el hecho de que él fue el que los delató, y que no se arrepentía; ya que no podía dar mayor testimonio de su piedad filial que siendo el vengador de aquella impiedad. Que de su actuación en Roma tenía como testigo al mismo Augusto, al que era tan inútil querer engañar como al mismo Dios. Que él podía presentar cartas propias, a las que había que dar más fe que a los viles calumniadores cuyo único designio era provocar discordias en la familia real aprovechando la ocasión de su ausencia. Que en cuanto a los testimonios que se presentaban no se les podía dar fe, pues eran declaraciones forzadas por los tormentos, y que él mismo se ofrecía a ser sometido a la tortura como prueba de la verdad de sus palabras.

Al terminar Antípato de hablar, prorrumpió en un gran llanto, y se golpeaba el rostro de tal manera que era capaz de inspirar lástima a sus enemigos, y no podía menos de emocionar toda la Asamblea. El mismo Herodes estaba emocionado, aunque hacía esfuerzos para disimularlo.

Entonces Nicolás tomó la palabra para continuar la acusación que el rey había empezado. Habló largamente, con serenidad y fríamente, no a base de erectos oratorios, sino de hechos probados y comprobados, que, para daño de Antípato, eran demasiado numerosos.

Tomó Varo la palabra para decir al acusado que le daba libertad para decir todo lo que quisiera, si tenía algo que alegar en su defensa, ya que el rey su padre, y él mismo, lo que más deseaban era que fuese inocente.

Antípato, en lugar de contestar, se postró con el rostro al suelo, clamando a Dios que manifestase con alguna señal su inocencia, y cuán lejos de su voluntad estaba el hacer nada contra su padre. Es así cómo los perversos actúan como último recurso; mientras se enredan en sus crímenes y se abandonan a sus malas pasiones, no se acuerdan de Dios; y cuando ven inminente su castigo, entonces le invocan, y lo toman como testigo de su inocencia, diciendo que se abandonan completamente a su santa voluntad. Esto es lo que hizo Antípato.

Viendo Varo que no contestaba a las preguntas que le hacía, y que continuaba únicamente invocando a Dios, mandó que se trajese

el veneno de que se había hablado en el proceso para experimentar su virulencia. Lo trajeron y se hizo que lo tomara un condenado a muerte el cual sobrevivió pocos momentos después de haberlo ingerido.

Disolvió la Asamblea, regresando en seguida a Antioquía, que era su residencia habitual.

Herodes mandó encarcelar a Antípato, sin que se supiera la resolución que había tomado con Varo, pues todos estaban convencidos de que Herodes no haría nada en este asunto sin el consejo de Varo.

Le faltó tiempo para escribir a Augusto, encargando a los portadores de la carta que le informaran verbalmente de todos los crímenes cometidos por su hijo mayor.

En aquellos mismos días se interceptó una carta de Antífilo, escrita desde Egipto a Antípato. Herodes la mandó abrir y decía así:

“Te he mandado una carta de Acme en la que me juego la vida, pues no puedes dudar de que si se conociera su contenido me valdría un odio mortal de dos familias poderosísimas. A tí corresponde el dar las órdenes convenientes para que el negocio llegue a buen término.”

Herodes hizo buscar la carta a que aquí se hace referencia, y no se pudo encontrar, asegurando el portador que él no había recibido otra. Mientras estaban en este interrogatorio, uno de los amigos del rey observó una costura, algo irregular en el manto del mensajero, y pensó que quizá allí se escondía la carta que se buscaba. No fue un supuesto falso, ya que allí estaba, y venía escrita en estos términos:

“Acme a Antípato:

“Ya he escrito al rey vuestro padre en los términos que vos deseáis, adjuntándole una copia de la supuesta carta escrita por Salomé a mi señora la Emperatriz. Estoy segura de que con solo leerla la castigará como culpable de haber querido atentar contra su vida”.

La substancia de la falsa carta atribuida a Salomé había sido dictada por Antípato, pero éste la había entregado a Acme para que ésta lo expresase según su manera peculiar de escribir. La carta de Acme a Herodes decía así:

“Majestad:

“Habiendo encontrado una carta escrita por Salomé a mi señora la Emperatriz en la que le suplicaba que hiciera lo posible para que pudiera casarse con Sileo, el cuidado que tengo obligada a observar en

todo lo que se refiere a vuestro servicio, me ha impulsado a copiarla y mandároslo. Me haréis el gran favor de quemarla, pues en ella expongo mi vida”.

Esta carta, junto con la otra, mostraba bien a las claras la trama urdida por Antípato para deshacerse de su tía Salomé. Acmé era judía, y estaba al servicio de la Emperatriz; a Antípato lo hizo pagar muy caro el entrar como cómplice de su maquinación.

Herodes se dio cuenta, con todo esto, de que la maldad de su hijo era tan grande, que no se satisfacía con atentar contra su padre, perder a Salomé, y haber llenado toda la familia de confusión y angustia, sino que llevaba la corrupción a la misma corte de Augusto.

Todos estos crímenes, descubiertos en tan poco tiempo, fueron golpes muy duros para Herodes, que quebrantaron su salud. Salomé ayudaba a exasperarlo, dando gritos y golpeándose el pecho, diciendo que estaba dispuesta a morir si se descubría que le había faltado a la fidelidad en lo más mínimo.

Herodes hizo comparecer de nuevo a Antípato ante su presencia, mandándole que le dijera sin miedo todo lo que quisiera en su defensa, y no pudo obtener ninguna respuesta; entonces le dijo que, al menos, le diera los nombres de sus cómplices. Antípato indicó a Antifilo, y a nadie más.

Entonces Herodes tuvo la idea de mandarlo a Roma para que fuese juzgado por Augusto, pero temió que los amigos de Antípato lo librasen durante el viaje. Así fue que lo volvió al calabozo, bien guardado, y escribió de nuevo a Augusto, para informarle de este nuevo crimen, encargando a sus embajadores que le contaran el soborno de Acmé, enseñándole las copias de las cartas que ella había escrito.

LOS SUCEOS DEL ÁGUILA DE ORO.

Poco después que los embajadores salieron para Roma, Herodes cayó enfermo, y rehizo su testamento, nombrando heredero a Antipas, el menor de sus hijos ya que con el asunto de Antípato se había disgustado también con los otros dos: Arquelao y Filipo, que se hallaban en Roma.

Temiendo que esta enfermedad sería la última, pues ya tenía

setenta años, le entró tal tristeza y mal genio que ni él mismo podía tolerarse. El pensar que sus súbditos le despreciaban y se alegraban de sus aflicciones, era la causa principal de su furor; lo que acabó de confirmarle estas aprensiones fue una sedición promovida por aquellos días por un grupo de personas que tenían gran prestigio. La cosa ocurrió como sigue:

Judas, hijo de Sarifeo, y Matías, hijo de Margalot, eran considerados en gran manera por el pueblo, que los tenía por los más elocuentes de todos los judíos, y los más sabios en entender las Sagradas Escrituras, instruyendo a los jóvenes y no olvidando nada para conducirlos por el camino de la virtud.

Cuando estos dos hombres se enteraron de que la enfermedad del rey era incurable, exhortaron a la juventud, que los respetaba como a sus maestros, a destruir las obras que Herodes había mandado hacer, despreciando las costumbres heredadas de los antepasados, diciéndoles que nada hay más glorioso que defender la propia religión, y que todas las desgracias que se abatían sobre la familia de Herodes procedían, sin duda alguna, por haber violado unas leyes que debía tener por inviolables, y pisotear las antiguas ordenaciones para implantar otras nuevas. Al decir estas cosas, los dos doctores no hacían otra cosa que expresar lo que tenían en el corazón.

Entre las profanaciones cometidas por Herodes se destacaba la de haber hecho poner y consagrar un Águila de Oro de un tamaño extraordinario y de un gran precio encima del portal principal del Templo de Jerusalén, a pesar de que nuestras leyes prohíben muy expresamente el representar ninguna clase de figuras de animales. Por esto, aquellos dos hombres tan celosos por la observancia de la disciplina de nuestros antepasados, excitaron a sus discípulos para que arrancaran aquel Águila, diciéndoles:

-”Que aunque la empresa era peligrosa, no por ello debían emprenderla con menor ardor, ya que una muerte honrosa es preferible a la vida, por agradable que sea, cuando se trata de mantener las leyes del propio país y de conquistar una reputación inmortal; que cuando les llega la hora igual encuentran la muerte los cobardes que los valientes; que siendo la muerte inevitable a todos los hombres, los que acaban su vida en empresas grandes tienen el consuelo de dejar a su posteridad

una gloria que durará siempre.”

Estas palabras animaron en tan alto grado a aquellos jóvenes, al mismo tiempo que se corría la voz de que el rey había muerto, que en pleno mediodía subieron donde estaba el Águila, la arrancaron echándola al suelo, destrozándola a hachazos, delante una gran muchedumbre del pueblo, que se había congregado en el Templo.

El comandante de los soldados del rey, en cuanto, se enteró, temiendo que se tratara del principio de una gran sedición, acudió con mucha tropa bien armada, pero se encontró únicamente con una multitud informe, reunida tumultuosamente, a la que dispersó con la mayor facilidad. Únicamente unos cuarenta jóvenes se atrevieron a oponer resistencia, los prendieron y los llevaron al rey, junto con Judas y Matías, que estimaron vergonzoso para ellos el huir.

Cuando Herodes les preguntó por qué habían sido tan temerarios de arrancar una figura que había sido consagrada, le respondieron:

-”Hace tiempo que habíamos tomado esta resolución, y habríamos traicionado nuestra voluntad si no la hubiéramos ejecutado. Hemos querido vengar la ofensa hecha a Dios, y mantener el honor de la ley que acatamos. ¿Puede pareceros extraño el que habiéndola recibido de manos de Moisés, a quien se la dictó el mismo Dios, nosotros le demos la preferencia cuando no se compagina con vuestras leyes? ¿Y pensáis, quizá, que nos espantará la muerte, la cual en vez de ser el castigo de un crimen, será la recompensa de nuestra virtud y de nuestra piedad?”

Estas palabras fueron pronunciadas con tanto aplomo, que nadie pudo dudar de que lo que expresaba la boca era lo que sentía el corazón; y que tendrían tanta constancia en padecer las consecuencias cómo fue grande su decisión al llevarlo a cabo.

Herodes los envió atados a Jericó, convocando allí a los más notables entre los judíos; haciéndose conducir él en una litera a causa de su enfermedad. Cuando estuvieron reunidos, Herodes recordó los trabajos y las obras que había llevado a buen término para bien del pueblo, añadiendo que para la gloria de Dios había hecho reconstruir totalmente el Templo, gastando sin contar (cosa que no pudieron hacer los reyes de la familia de los Asmoneos en los tiempos que habían reinado) habiéndolo adornado con riquísimos presentes que había

mandado consagrar. Que había esperado que esto se lo agradecerían, incluso, después de su muerte, y que se honraría su memoria. Sin embargo, un horrible atentado ponía de manifiesto que en vez de la gratitud que él esperaba, no se había temido, viviendo todavía, hacerle una ofensa tan grande, yendo en pleno día, y a la vista de todos, a arrancar un objeto que él había consagrado a Dios, que en esto había de sentirse más ofendido que el mismo rey.

Los principales de la Asamblea, habiéndole oído hablar de esta manera y temerosos de que en su furor no descargase sobre ellos su cólera, le dijeron que ellos no tenían nada que ver con aquellos hechos, y que opinaban que tal acción era merecedora de un castigo.

Estas palabras le tranquilizaron, y no se enfadó contra los que había convocado, contentándose con desposeer al Sumo Sacerdote, por creerlo en convenio con los sediciosos, nombrando para este cargo a Joazar, que era cuñado del rey. Después de esto, mandó quemar vivos a todos los jóvenes detenidos en la sedición junto con sus dos mentores; aquella noche hubo un eclipse de luna.

Parece que Dios quería hacer sufrir a Herodes la pena debida a su impiedad, pues su enfermedad se iba agravando día tras día. Un calor abrasador, que no daba señales externas, le quemaba y le devoraba por dentro; tenía un hambre tan violenta que nada era bastante a saciarla; tenía los intestinos plagados de úlceras, con cólicos violentísimos que le hacían padecer horriblemente; los pies se le habían hinchado de manera monstruosa; las partes del cuerpo que la decencia manda tener tapadas, estaban tan corrompidas que se veían correr los gusanos; a duras penas podía respirar, y su aliento era tan pestilente que era un tormento para los que tenían que aproximarse a él.

Todas las personas piadosas que consideraban el estado en que se encontraba este desdichado rey, veían claramente que era un castigo de Dios por sus crueldades y por su impiedad. La opinión de todos los que estaban a su alrededor era de que no curaría, pero él creía que sí, y mantenía viva esta esperanza.

Hizo llamar a médicos de todas partes, y por su consejo fue, más allá del Jordán, a las aguas termales de Caliroe, que se remansan en un lago bituminoso, y que no solamente son medicinales, sino también muy agradables para beber. También lo metieron en un baño de aceite, y

se puso tan malo que todos creían que se moría.

Los gritos y el llanto de los servidores le hicieron volver en sí, y fue entonces cuando se dio cuenta de que su mal era incurable.

Mandó distribuir a sus soldados cuarenta dracmas a cada uno, y grandes regalos a los que tenían mando, y se hizo conducir nuevamente a Jericó, donde su crueldad aumentó todavía en tal grado, que le hizo concebir el designio mas terrible que jamás haya entrado en la mente de un hombre.

Mediante un edicto ordenó que todos los principales de los judíos acudiesen a Jericó, bajo pena de muerte para los que no obedeciesen: y cuando llegaban allí los hacía encerrar en el Hipódromo, sin discriminación de buenos ni de malos.

Entonces hizo llamar a su hermana Salomé y a su marido Alexas, y les dijo que sufría tanto que veía claramente que la vida se le acababa, pero que no podía quejarse, ya que este tributo todos hemos de pagarlo a la naturaleza. Pero que no podía sufrir el pensamiento de verse privado de un duelo público, tal como debe tributarse a un rey. Que sabía que el odio que le tenían los judíos era tan grande que no disimularían su alegría al saber su muerte, ya que aún en vida no habían temido el levantarse contra él y el ultrajarlo; y que esperaba del afecto y de la solicitud de dos personas tan próximas y tan queridas como ellos dos, que consentirían en aliviarle de esta pena.

Podrían hacerlo ejecutando las órdenes que iba a darles, con lo cual sus funerales serían más magníficos y más agradables a sus cenizas, que los que nunca había tenido ni tendría ningún rey, ya que no habría nadie que no llorara con lágrimas de verdadero dolor. Que lo que tenían que hacer, para serle fieles, era que en cuanto él diera el último suspiro, hicieran rodear el Hipódromo por sus soldados (sin enterar todavía a nadie de su muerte) y mandarles, de parte del rey, que mataran a flechazos a todos los que estaban encerrados. Que si ejecutaban esta orden él les estaría doblemente agradecidos por una parte por haber accedido a su ruego, y por otra el haber provocado un duelo en sus funerales como jamás se había visto.

Este rey criminal acompañó sus palabras con lágrimas, y les conjuró, por el afecto que le tenían y por todo lo que hay de más sagrado, que por nada del mundo dejasen de rendir este homenaje a su

memoria; y ellos le prometieron el cumplir fielmente sus órdenes.

Si alguien quisiera excusar a Herodes de sus crueldades con las personas que le estaban más unidas por la sangre, con el pretexto de que lo hizo para conservar la vida que los otros le querían quitar, por esta última acción vendría obligado a reconocer que nunca se vio una inhumanidad más espantosa que la suya, al querer, cuando ya estaba a punto de abandonar esta vida, que no hubiera ninguna familia en la que alguno de sus jefes más respetables no sufriera la muerte por orden suya; y así todo el reino sentiría un verdadero duelo, sin perdonar a los que ningún agravio le habían hecho, y de los que no tenía ningún motivo de queja. Todo lo contrario de lo que hace cualquier persona que, ante la muerte, perdona incluso a sus enemigos.

AUGUSTO AUTORIZA A HERODES PARA QUE HAGA LO QUE QUIERA CON ANTÍPATRO.

Después de haber dado estas órdenes tan crueles a su hermana y a su cuñado, Herodes se enteró por sus embajadores en Roma, de que Augusto había hecho morir a Acme por haberse dejado sobornar por Antípato, y que le dejaba en libertad de acción para hacer lo quisiera con este hijo tan pérfido, ya lo condenara al destierro, o a la muerte.

Estas noticias le alegraron, pero los dolores seguían atormentándole sin interrupción; y eran tan intolerables que, pretextando hambre, pidió una manzana y un cuchillo para mondarla, ya que tenía la costumbre de hacerlo él mismo. Pero lo que quería era quitarse la vida con el cuchillo, creyéndose sólo; y lo habría hecho si su nieto Achiab no le hubiera sujetado el brazo, mientras daba un gran grito.

Todo el palacio entró por segunda vez en gran confusión y desorden, por la creencia de que el rey había muerto. Este rumor se extendió rápidamente, y llegó hasta Antípato en su prisión. Por el deseo que de ello tenía, se lo creyó enseguida, y no solamente concibió la esperanza de salir de la prisión, sino que estaba seguro de que reinaría; empezando por hacer las promesas más deslumbradoras a su carcelero, si le dejaba en libertad.

Éste, en vez de darle crédito, fue a contarle al rey. El rey, que

tanta animadversión sentía por Antípatro, empezó a gritar y a darse golpes en la cabeza; con un grande esfuerzo se incorporó, mandando a uno de sus guardas, que fuese a matarlo en aquel mismo momento, y que su cuerpo se enterrase sin ninguna ceremonia, en el Castillo de Hircanio.

MUERTE DE HERODES Y PRIMEROS HECHOS DE ARQUELAO.

Lo primero que hizo Herodes después de haber mandado quitar la vida a Antípatro, fue cambiar su testamento. Ya que así como antes había designado a Antipas como a su sucesor, ahora le dejaba solamente la tetarquía de la Galilea y la Perea, dejando el reino a Arquelao; a Filipo le dejó la Traconite, la Gaulanite, y la Batanea, que erigió en tetarquía. A su hermana Salomé le dejó Jamnia, Azot y Fazael, y cincuenta mil piezas de plata. Dispuso asimismo espléndidas herencias a todos los demás parientes, tanto en dinero como en rentas. A Augusto le legó, además de su vajilla de oro y plata, y de muchos muebles preciosos, diez millones de piezas de plata, y cinco millones a la emperatriz y a sus amigos.

No sobrevivió a Antípatro más que cinco días, habiendo reinado treinta y cuatro años después de destronar a Antígono; y treinta y siete después de haber sido coronado en Roma como rey de los judíos; no habiéndose conocido un rey más furioso, más injusto, más cruel, ni más favorecido por la suerte.

Habiendo nacido como simple ciudadano, llegó al solio real, corriendo innumerables peligros, y alcanzando una dilatada vida. En relación con los disgustos domésticos, aunque las conspiraciones de sus hijos le hicieron muy desgraciado según lo que yo pienso, también encontró satisfacciones dentro de su mentalidad, ya que no considerándolos como hijos, sino como enemigos, los castigó y se vengó de ellos.

Antes de que la noticia de su muerte trascendiera, Salomé y Alexas pusieron en libertad a todos los personajes notables que estaban recluidos en el Hipódromo, diciéndoles que lo hacían por orden del rey, lo que provocó un movimiento general de simpatía en el pueblo judío.

Cuando la noticia fue del dominio público, se mandó reunir en el gran Anfiteatro de Jericó a toda la gente de armas para comunicarles el contenido de una carta que para ellos dejó escrita el difunto rey. Se leyó públicamente, y en ella Herodes les daba las gracias por el afecto y la fidelidad que siempre le habían testimoniado, y les rogaba que siguieran la misma conducta con Arquelao, su sucesor. Ptolomeo, que era el custodio del sello real, leyó el testamento de Herodes, en el que se consignaba que no podía tener efectividad hasta que Augusto lo hubiera confirmado.

En seguida salió de la boca de todos un grito unánime de ¡Viva el Rey Arquelao!, y todos los hombres de armas y sus jefes prometieron servirle con la misma fidelidad que a su padre, deseándole un feliz reinado.

El príncipe heredero cuidó de preparar a su padre unos funerales grandiosos, queriendo estar presente en todas las ceremonias. Se vistió al cadáver con los mejores ornamentos reales, con la corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano, puesto en una litera de oro, adornada con pedrerías de gran valor.

Los hijos del difunto y los parientes más próximos iban detrás de dicha litera, yendo los soldados a continuación, agrupados por naciones: los de la Tracia, los de la Germania y los de la Galia abrían la marcha, seguidos por todos los demás, mandados por sus jefes y armados como para entrar en batalla. Quinientos oficiales domésticos del rey difunto llevaban los perfumes, y cerraban esta comitiva tan magnífica. Recorrieron con este orden los ocho estadios que separan Jericó del castillo de Herodión, donde Herodes quiso que se le enterrara.

Después de que el nuevo rey, siguiendo una costumbre de nuestra nación, hubo celebrado el duelo por su padre, dio un festín al pueblo y subió al Templo. En su paso era aclamado por grandes voces de: ¡Viva el rey! y cuando se sentó en el solio real, de oro, las aclamaciones y los gritos resonaban por todas partes, augurándose un reinado de grandes prosperidades.

Arquelao recibió estas manifestaciones con semblante bondadoso, testimoniando su gratitud por que no le manifestaban ninguna señal de desafecto en recuerdo de la mano dura con que su padre los había tratado, asegurándoles que les daría pruebas palpables

de agradecimiento, diciéndoles que no tomaría el nombre de rey hasta tanto que Augusto no hubiese aprobado el testamento de su padre, ya que por esta misma razón había rehusado la diadema que todo el ejército le había ofrecido en Jericó. Pero que tan pronto como la hubiera recibido de manos de Augusto, que era el único que tenía poder para dársela, sus actos demostrarían que su único deseo era de hacerse amar por su pueblo, esforzándose para que fuesen más dichosos de lo que habían sido durante el reinado de su padre.

Como ya es una costumbre que los pueblos crean en la sinceridad de sus príncipes cuando, llegan a reyes, este discurso de Arquelao que les era tan favorable, hizo redoblar las aclamaciones. Le hicieron grandes elogios y se tomaron la libertad de pedirle diversas gracias: unos la reducción de los tributos, otros la libertad de los presos políticos, algunos de los cuales llevaban años encarcelados, otros la supresión de determinados “consumos” y tasas impuestas a ciertas mercancías. El nuevo rey, que lo único que quería era consolidar la dominación que acababa de iniciar, se creyó en el deber de no rehusarles nada de todo lo que le pedían. Y cuando los sacrificios y las ceremonias del Templo hubieron terminado, obsequió a sus amigos con un espléndido banquete.

NUEVAS SEDICIONES Y VIAJE DE LOS HEREDEROS A ROMA.

Bastantes judíos, que buscaban una ocasión para vengarse de la cruel condena de Matías y de los que con él fueron quemados vivos a causa del Águila de Oro arrancada del portal del Templo, aprovecharon el desorden y la confusión consiguientes a la muerte de Herodes, para reunirse y para planear sus designios. El terror que tenían a Herodes les hizo permanecer quietos mientras éste vivió; pero una vez hubo muerto, se desahogaron en improperios contra él, como si los agravios que hacían a su memoria pudieran llevar alguna satisfacción a los que ya no eran de este mundo.

Presionaron a Arquelao para que vengase aquella gran injusticia haciendo morir a algunos de los amigos de Herodes, a los que señalaban como culpables de haber aconsejado al rey, y que desposeyera del Sumo

Sacerdocio al que recibió la investidura con ocasión de aquellos hechos, para honrar con este cargo a quien, por su virtud, fuera digno de ello.

Arquelao, que se estaba preparando para el viaje a Roma a que Augusto lo confirmara como rey, se sintió muy ofendido con aquella demanda; pero pensó que para apaciguar el tumulto lo mejor eran las buenas palabras. Envió el principal oficial de sus tropas a decirles que no debían dejarse llevar por sentimientos de venganza, sino que debían considerar que el castigo se impuso de acuerdo con las leyes vigentes; que su petición menoscababa la autoridad del rey; que no era cosa de entretenerse en asuntos de tan poca monta; que lo único que importaba era la paz y la unión hasta que volviera con plena autoridad, una vez coronado en Roma; que entonces se resolverían todos los asuntos con madura reflexión y buscando el consentimiento general; que mientras tanto lo que importaba era mantenerse tranquilos y esperar, sin pensar en una cosa tan criminal como es una sedición.

Los amotinados, en lugar de amansarse con semejantes explicaciones, ni pensar que ponían sus vidas en peligro, alborotaron con más fuerza que antes, ya que la pasión les había hecho perder el respeto a las autoridades, y les hacía creer que era una cosa insoportable el no poder obtener la venganza que reclamaba la sangre de sus amigos.

Sucedió, pues, que en lugar de apaciguarse se exasperaron aún más, y era fácil prever que la proximidad de la Pascua hiciera aumentar el número de los sediciosos, con la llegada de los forasteros.

Durante este tiempo, los sediciosos que lloraban la muerte de Judas y Matías no se movían del Templo, ni se avergonzaban de pedir limosna para subsistir. Arquelao temió que aquella testarudez se hiciera contagiosa y el motín tomara proporciones excesivas; y este temor le impulsó a mandar un destacamento de soldados con un oficial para dispersarlos, dando orden de encarcelar a todos los que ofreciesen resistencia.

Cuando los amotinados se dieron cuenta de que los soldados iban contra ellos, excitaron de tal manera al pueblo con sus gritos y sus exhortaciones, que se abalanzaron contra los soldados, matándolos a casi todos. A duras penas el oficial, herido y maltrecho, pudo escapar con los pocos que salvaron la vida. Los revoltosos siguieron, como antes, celebrando sus sacrificios en el Templo.

Entonces Arquelao se dio cuenta de la importancia que tomaba la sedición, y de lo peligroso que era para él el dejarla impune. Mandó contra ellos todos los soldados de que disponía, con orden a la caballería de matar a todos los que quisieran escapar del Templo, y de impedir que nadie les llevase ayuda y socorro desde fuera. Murieron unos tres mil hombres, y el resto huyó a las montañas vecinas.

Después de esta represión, Arquelao dejó a su hermano Filipo para que cuidara de los asuntos domésticos y los del reino; y emprendió el viaje a Roma.

Le acompañaban su madre, con Nicolás, Ptolomeo y bastantes amigos suyos. También fue con él su tía Salomé con toda su familia, junto con muchos otros parientes, que con el pretexto de servirle para que pudiera obtener la confirmación del reino, lo que querían era impedirlo, acusándole, entre otras cosas, del exterminio que acababa de hacer en el mismo Templo.

En Cesarea se encontraron con Sabino, el intendente que Augusto tenía en Siria, que iba a Judea para hacerse cargo de la herencia de Herodes. Pero Varo, que había sido requerido por Arquelao con este mismo objeto, no dejó que Sabino siguiera adelante. Y en vez de ocupar las fortalezas y poner el sello en los tesoros, lo dejó todo a la discreción de Arquelao hasta que Augusto determinase lo que había de hacerse.

Tan pronto como Arquelao se embarcó para Roma, Varo regresó a Antioquía, pero Sabino marchó a Jerusalén, alojándose en el palacio real, haciendo que los tesoreros generales le rindieran cuentas, y mandando a los gobernadores de las fortalezas que las pusieran bajo su mando. Estos últimos, que tenían orden contraria de Arquelao, rehusaron entregarlas, alegando que quien debía disponer de ellas era el Emperador.

Antipas, el hijo menor de Herodes, también fue por este tiempo a Roma, aconsejado por Salomé, con el designio de obtener la corona con preferencia a Arquelao, ya que había sido designado por Herodes como sucesor suyo en el anterior testamento, que Antipas decía que era más válido que el último. Con él fue su madre, con Ireneo, que era hombre muy elocuente, y que durante muchos años había sido empleado por Herodes en los asuntos de Estado.

Cuando Antipas llegó a Roma, se le juntaron una gran parte de los que acompañaron a Arquelao, no tanto por amor a él cuanto por odio a Arquelao. Sabino también escribió a Augusto contra Arquelao.

(Flavio Josefo describe con todo detalle las maniobras de todos estos personajes en Roma, hasta que Augusto convocó una Asamblea, en la que todos expusieron sus derechos y sus agravios, al final de la cual Augusto dejó para más adelante el tomar una decisión.)

GRAVE REVUELTA EN JUDEA. SOLUCIÓN DE AUGUSTO.

Poco después de la Asamblea descrita antes, la madre de Arquelao, Maltace, cayó enferma y murió.

Augusto recibió noticias de Varo, Gobernador de la Siria, enterándole de que después de la salida de Arquelao habían, ocurrido disturbios en la Judea; que él acudió enseguida con tropas y que había podido castigar a los autores, regresando después a Antioquía. Añadía que había dejado una legión en Jerusalén para evitar que volvieran a insurreccionarse.

Todo hacía suponer que no habría más novedades, pero no fue así. Sabino, cuando se vio al frente de las tropas dejadas por Varo, se empeñó en hacerse dueño de las fortalezas, y nada fue capaz de hacer retroceder su gran avaricia para apoderarse de los tesoros de Herodes.

Esto irritó de tal manera a los judíos, que aprovechando la proximidad de la fiesta de Pentecostés, acudieron a Jerusalén en gran número, de la Judea, la Galilea, la Idumea, de Jericó y del otro lado del Jordán, tanto por motivos de piedad como para vengarse de Sabino.

Se distribuyeron en tres grupos: uno de ellos ocupó el Hipódromo; el segundo rodeó el Templo por las partes de Oriente y del Norte; y el tercero ocupó la parte de Occidente, donde estaba el palacio real. De esta manera los romanos quedaron rodeados por todas partes, y entonces se prepararon para atacarles.

Sabino quedó sorprendido al verlos tan animosos, y dispuestos a vencer o a morir. Escribió a Varo urgiéndole que acudiese en socorro de la legión que le había confiado, ya que en caso contrario corría el riesgo de quedar totalmente aniquilada.

Después Sabino subió a la torre más alta del castillo que

Herodes había mandado construir, a la que dio el nombre de Fazael, en honor y memoria de su hermano muerto por los partos, y desde lo alto hizo una seña a la legión romana para que hiciera una salida; haciendo de esta manera que los soldados se expusieran al peligro a que los había conducido la avaricia de su jefe, mientras él no se atrevía a tomar parte en la lucha.

El combate fue muy encarnizado, muriendo bastantes judíos, pero esto aún los enardeció más y más.

Una buena parte de ellos subió encima de los pórticos del recinto exterior del Templo, desde donde lanzaban piedras a los romanos, unos con la mano, otros con hondas, y otros los combatían con flechas, mientras que los romanos, que estaban en la parte de abajo, podían hacer muy poco contra ellos. Esto iba durando demasiado, hasta que los romanos, no pudiendo sufrir esta ventaja que los enemigos tenían sobre ellos, decidieron pegar fuego a los pórticos, poniendo gran cantidad de leña, sin que los judíos se dieran cuenta. Las llamas subieron pronto a la cubierta, y como en ella había bastante alquitrán y cera que había servido para las aplicaciones de ornamentos y de dorados, el conjunto se inflamó fácilmente. Esta magnífica construcción fue reducida a cenizas en poco tiempo, y los que se hallaban encima, sorprendidos por un fuego tan súbito, murieron casi todos. Unos cayeron desde lo alto, otros por las flechas que les lanzaban los romanos; muchos se suicidaron lanzándose a las llamas. Los que quisieron bajar por donde habían subido, cayeron en manos de los romanos, que con facilidad los mataron, ya que no estaban armados; y por valientes que fuesen, la lucha era demasiado desigual. Puede decirse, en verdad, que no se salvó ni uno de los que subieron a los pórticos.

Entonces, con toda prisa, los romanos pasaron por entre el fuego para ir al lugar donde estaban los tesoros consagrados a Dios, llevándose una buena parte los soldados; Sabino retiró para él cuatrocientos talentos.

Este saqueo del tesoro sagrado, y la muerte de gran número de los principales judíos, afligió mucho a los supervivientes, pero no los desanimó. Un grupo de los más valientes rodeó el palacio real, amenazando con pegarle fuego y matar a todos los que estaban dentro, si no salían enseguida; prometiéndoles que si salían y se retiraban, no

les harían ningún daño, ni a Sabino ni a los que estaban con él, entre los cuales se hallaba la mayor parte de los hombres de la Corte, con Rufo y Grato, que mandaban a tres mil de los mejores soldados de Herodes, y que habían tomado partido por los romanos, reforzando considerablemente su contingente.

Con gran entusiasmo los judíos minaron el palacio, exhortando constantemente a los romanos para que no se opusieran a su designio de recobrar la libertad.

De buena gana Sabino se habría retirado con sus fuerzas, pero los agravios que había hecho a los judíos no le permitían fiarse de sus palabras. Las condiciones que le ofrecían eran demasiado ventajosas, y decidió esperar los refuerzos de Varo.

Mientras esto ocurría en Jerusalén, las revueltas proliferaron por toda la Judea; una con afán de venganza, y otras, simplemente, por el pillaje.

Dos mil de los mejores soldados que había tenido Herodes, y que habían sido licenciados, se juntaron para atacar a las tropas del rey, mandadas por Achiab, sobrino de Herodes. Como eran soldados veteranos y muy bien instruidos para la guerra, Achiab no se atrevió a enfrentarse con ellos en campo raso, y se retiró con sus hombres a lugares fortificados, de difícil acceso.

En otro lugar, un hombre llamado Judas, hijo de Ezequías, jefe de las bandas de ladrones que en otros tiempos Herodes había aniquilado con tantas penas y trabajos, reunió en un ciudad galilea llamada Seforis, una gran tropa de gente decidida, y entrando en las tierras del rey se apoderó del arsenal, armando así a sus hombres, apoderándose de los dineros reales y pillando cuanto podía, haciéndose temer en todo el país. Su osadía era tan grande que pensó incluso en erigirse rey; no porque se sintiera con las cualidades que se requieren para aspirar a un honor tan alto, sino porque la licencia de su mal vivir le daba la libertad de no pararse ante ningún obstáculo.

Otro, llamado Simón, al que Herodes había ocupado en asuntos de importancia, muy alto, forzudo y de buen tipo, que se destacaba y sobresalía entre todos, fue tan osado que creyó que la corona le iría muy bien a su cabeza. No solamente lo siguió una gran muchedumbre, sino que el pueblo ya le saludaba por todas partes con el título de rey;

y como él tenía tan buena opinión de sí mismo, llegó a persuadirse de que ningún otro podría merecerlo con más méritos. Lo primero que hizo fue prender fuego al palacio real de Jericó, y así fue haciendo con los demás que Herodes se había hecho construir, dejando que su gente los saqueara previamente, ya que él se reservaba para cosas de más monta... si no hubiera encontrado pronto quién lo derribara de las alturas de su fantasía. Este fue Grato, jefe supremo de los soldados del rey, que, como ya hemos visto se había juntado a los romanos. Fue contra él, librándose una gran batalla, en la que los partidarios de Simón mostraron mucho más valor que orden y disciplina, quedando completamente deshechos; el mismo Simón, pensando escapar, fue hecho prisionero y mandado ahorcar por Grato.

Una banda de gente parecida a la que había seguido a Simón, por aquellas fechas prendieron fuego al palacio real de Amata, edificado a orillas del Jordán; viéndose por toda la Judea un furor desatado, tanto por la carencia de un rey cuyas virtudes mantuvieran al pueblo en orden, cuanto porque los romanos, en vez de atacar el mal castigando a los facciosos, lo agravaban con su brutal manera de obrar y por su avaricia insaciable.

Un tal Atronge, de nacimiento tan bajo que antes era un simple pastor, y cuyo único mérito consistía en ser de gran talla y tener mucha fuerza, llevó también su audacia a querer erigirse rey, para tener poder con que dañar a todos. Tenía cuatro hermanos, todos altos y fornidos como él, cada uno de los cuales mandaba un destacamento de gente armada, persuadidos de que para llegar a la tiranía lo único que hace falta es no espantarse ante nada. Una gran muchedumbre se juntó a estos cinco hermanos, y Atronge, que era el mayor, se servía de los otros cuatro como lugartenientes para hacer incursiones por todas partes, mientras él con la corona en la cabeza deliberaba sobre todos los asuntos, y daba órdenes con una autoridad soberana. Esto duró bastante tiempo, y en cierta manera podía decirse que no llevaba en vano el nombre de rey, ya que nada de lo que mandaba dejaba de ejecutarse.

Sus mayores esfuerzos los dirigía contra los romanos y contra los soldados de Herodes a todos los cuales detestaba con un odio semejante: a los primeros por el mal que hacían, y a los segundos por el mal que habían hecho. A los que hacía prisioneros los descuartizaba,

y de día en día la guerra se hacía más cruel, ya sea por la esperanza de hacerse poderosos, o bien porque las ventajas conseguidas les endurecían el corazón.

Un destacamento de soldados romanos que conducían trigo y armas, cayó en una emboscada cerca de Emaús, muriendo casi todos; Grato llegó oportunamente, pudiendo salvar la impedimenta. Estos cinco hermanos continuaron mucho tiempo atacando a los soldados romanos y aumentando el mal de su propia nación. Hasta que uno de ellos fue vencido y capturado por Grato, y otro por Ptolomeo. Atronge cayó más tarde bajo el poder de Arquelao. Algún tiempo después el último de todos, impresionado por el triste fin de sus hermanos, y viendo muy oscuro su porvenir, a causa de la fatiga y las enfermedades que habían diezmado sus tropas, se rindió al tío de Arquelao, con la condición de que le conservaría la vida.

En una confusión tan grande que llenaba toda la Judea de crímenes y de robos, tan pronto como uno cualquiera podía juntar un grupo de sediciosos, enseguida tomaba el título de rey. El Estado se encontraba desintegrado por todas partes y el mal menor caía sobre los romanos, ya que los judíos, en vez de unirse para hacerles frente todos juntos, se combatían y se mataban los unos a los otros.

Tan pronto como Varo se informó, por la carta de Sabino, de lo que pasaba, y del gran peligro en que se encontraba la legión que dejó en Jerusalén, tomó las dos legiones de que disponía en la Siria, con cuatro compañías de caballería, y las tropas auxiliares que pudo reunir de los reyes y tetrarcas tributarios, para ir con toda diligencia en socorro de los suyos, designando Ptolemaida como lugar de concentración. Los de Berite añadieron cinco mil quinientos hombres cuando pasó por dicha ciudad. Aretas, rey de la Pétreá, que por el odio que tenía a Herodes había hecho alianza con los romanos, le mandó también un cuerpo considerable de caballería y de soldados a pie.

Cuando Varo tuvo todas estas fuerzas reunidas en Ptolemaida, dio a su hijo el mando de una parte, asistido por uno de sus amigos, con orden de ocupar la Galilea, que está cerca de Ptolemaida. El hijo de Varo cumplió bien su encargo dispersando a los que intentaban resistirle, y apoderándose de la ciudad de Seforis la incendió, haciendo vender en la subasta como esclavos a todos sus habitantes.

Por su parte Varo en persona mandó el resto de las fuerzas, dirigiéndose a Samaria, sin hacerles ningún mal, ya que los de esta región no habían tomado parte en ninguna revuelta, acampando cerca de una población llamada Arus, dominada por Ptolomeo. Los partos, sin embargo, la incendiaron, porque el odio que profesaban a Herodes era tan grande, que se hacía extensivo a sus amigos.

El ejército avanzó enseguida hasta Samfo, y aunque se trataba de una posición fortificada, los partos la tomaron, la saquearon y le prendieron fuego como a las demás. No perdonaban nada ni nadie de lo que encontraban en su camino pasándolo todo a sangre y fuego. En cuanto a la ciudad de Emaús, que había sido abandonada por sus habitantes, Varo mandó incendiarla, en venganza de los soldados romanos que allí encontraron la muerte.

Cuando los judíos que asediaban la legión romana de Jerusalén se enteraron de que Varo se acercaba con su gran ejército, levantaron el cerco. Entonces los sitiados, junto con los principales de la ciudad, y José, nieto de Herodes, salieron a recibirlos! menos Sabino, que salió secretamente en dirección al mar.

Varo reprendió severamente, a los habitantes de Jerusalén, pero estos se excusaron diciendo que no tenían parte alguna en esta sedición, que era obra de la multitud innumerable que habían acudido de todas partes con ocasión de la Pascua de Pentecostés, y que no podían sitiar a los romanos cuando ellos mismos estaban sitiados por los forasteros.

Este general envió enseguida una parte de su ejército por todo el reino para que abrieran una información exacta referente a los autores de la revuelta. Fueron crucificados dos mil, y a los demás se les dejó en libertad.

Pensando que ya no era necesario que sus soldados siguiesen ocupando el país, por una parte porque parecía que todo estaba pacificado, y por otra parte porque los excesos tan difícilmente evitables que los soldados cometían por su afán de enriquecerse, no fueran causa de nuevos desórdenes, decidió hacerlos regresar a Siria, cuando se enteró de que se habían juntado diez mil judíos en una actitud poco tranquilizadora.

Inmediatamente se puso en marcha para combatirlos, pero estos no se atrevieron a ofrecer resistencia, y se rindieron a discreción a

Aquiab. Varo se contentó con mandar los cabecillas a Augusto, dejando en libertad a los demás. Augusto los perdonó a todos, haciendo castigar únicamente a los parientes de Herodes que estaban entre ellos, porque ni las consideraciones a la propia sangre ni a la justicia les habían hecho ser fieles a su deber.

Habiendo así Varo pacificado la Judea, restableciendo la calma, dejó en la fortaleza de Jerusalén la misma legión que había antes, y regresó a Antioquía.

Mientras todos estos hechos ocurrían en la Judea, Arquelao en Roma encontró nuevas dificultades en sus pretensiones, a causa de los hechos que ahora contaré:

(Flavio Josefo describe prolijamente las incidencias de LAS INTRIGAS en que todos andaban metidos, interesando destacar una embajada de cincuenta notables judíos que pidió a Augusto que los librara de los hijos de Herodes y pusiera la Judea bajo el mando de un Gobernador romano como la Siria)

AUGUSTO CONFIRMA EL TESTAMENTO DE HERODES.

Cuando Augusto hubo dado audiencia a todos, levantó la Asamblea, y pocos días después dio a Arquelao, no toda la Judea, sino sólo la mitad, con el título de ETNARQUÍA, diciéndole que le nombraría rey cuando se hubiera hecho digno de ello por su virtud. La otra mitad la repartió entre Filipo y Antipas, los otros dos hijos de Herodes que habían ido a Roma a disputarle el reino a Arquelao.

A Antipas le tocó la Galilea, con la región que queda al otro lado del río, con unos ingresos anuales de doscientos talentos. Filipo heredó la Betanea, la Triconítide y la Auranita, con una parte de lo que había sido de Zenodoro, y las rentas de todo esto le representaban unos cien talentos.

A Arquelao le correspondió la Judea, la Idumea y la Samaría (a los samaritanos Augusto les rebajó una cuarta parte de los impuestos que pagaban antes como premio por haberse mantenido en paz cuando los otros se habían sublevado).

Las fortalezas de Estratón, de Sebaste, de Joppe y de Jerusalén quedaban dentro del patrimonio de Arquelao. En total sus rentas anuales ascendían a doscientos talentos.

En cuanto a Salomé, hermana de Herodes, además de las ciudades de Jama, Azot y Fazaélida, y del medio millón de monedas de plata que Herodes le había consignado, Augusto añadió un palacio en Ascalón. Las rentas eran de sesenta talentos, y su estancia se hallaba en el país sometido a Arquelao.

El Emperador confirmó asimismo a los demás parientes de Herodes las mandas consignadas en su testamento; y además de lo que había dejado a las dos hijas que todavía eran solteras, les dio por su cuenta a cada una doscientas cincuenta mil monedas de plata, y las hizo casar con los dos hijos de Feroras.

La magnificencia de este gran Príncipe llegó todavía mucho más lejos, ya que repartió entre los hijos de Herodes los mil quinientos talentos que éste le había legado, contentándose con guardar algunos de los muebles y vasos preciosos que le correspondían, no tanto por su valor, sino como una prueba y testimonio de que quería guardarlo como recuerdo de la buena memoria de un rey que tanto había querido.

REINADO DE ARQUELAO.

Cuando Arquelao regresó a la Judea y hubo tomado posesión de su etnarquía, lo primero que hizo fue destituir al Sumo Sacerdote Joazar, acusándolo de haber favorecido el partido de los sediciosos, y nombró a Eleazar, hermano de Joazar.

Hizo reconstruir el palacio de Jericó, quedando con mayor magnificencia que antes; mandó conducir a un gran bosque de palmeras que había debajo la mitad del agua que pasa por el poblado de Neara. También hizo construir un nuevo pueblo, al que dio el nombre de Arqueláida, en honor suyo.

No tuvo para nada en cuenta nuestras leyes, y tomó por mujer a Glafira, viuda de su hermano Alejandro, con el que había tenido hijos. Eleazar duró poco tiempo en el Sumo Sacerdocio, nombrando a Jesús, hijo de Sías.

El año décimo de su gobierno, los principales de los judíos

y de los samaritanos, no pudiendo sufrir por más tiempo su tiránico dominio, lo acusaron ante Augusto, exponiéndole con tanta mayor decisión sus quejas, por cuanto sabían que el Emperador le había recomendado expresamente que gobernase a sus súbditos con toda clase de miramientos y con justicia.

Esto indignó de tal manera a Augusto contra Arquelao, que sin dignarse escribirle, mandó al representante de Arquelao en Roma que marchara enseguida a Judea, y que le mandara comparecer ante él. Al llegar a Judea encontró a su señor que estaba celebrando un gran festín con sus amigos. Le expuso las órdenes que tenía, y le acompañó a Roma, donde Augusto, después de escuchar a sus acusadores y a su defensa, mandó confiscarle todos sus bienes y lo mandó desterrado a Vienne, que es una ciudad de la Galia.

Por lo que se refiere a los estados que gobernaba Arquelao, Augusto los unió a la Siria, encargando a Cirenio que había sido cónsul, que hiciera el censo y el inventario, y que vendiera el palacio que se había mandado construir Arquelao.

GUERRA CIVIL.

Cirenio, senador romano, era un hombre de grandes cualidades, y después de haber ocupado muchos cargos honrosos fue elevado a la dignidad de Cónsul, recibiendo entonces (cómo he dicho antes) el cargo de Gobernador de la Siria, con la misión de hacer el inventario de los bienes que poseían los particulares; y éste designó como Gobernador de la Judea a Coponio, que mandaba un cuerpo de ejército de caballería.

Pero como esta provincia acababa de ser incorporada a la Siria, no fue Coponio quién llevó a término el inventario, sino el mismo Cirenio, quién se hizo cargo del dinero y de toda clase de bienes que pertenecían a Arquelao.

Entre los judíos cayó malísimamente la noticia de que se iba a hacer un inventario de todo lo que poseían. El Sumo Sacerdote Joazar, hijo de Boeto, pudo persuadirlos de que no opusieran resistencia.

Pero pasado algún tiempo, un tal Judas, que era gaulanita, de la ciudad de Gamala, junto con un fariseo llamado Sadoc, excitaron al pueblo para que se sublevara, diciendo que tal inventario no era

sino una prueba patente de que se les quería reducir a la condición de esclavos; y para exhortarles a conservar la libertad les decían que si su revuelta tenía éxito, obtendrían, junto con la gloria de una empresa tan sublime, la tranquila posesión de todos sus bienes; pero que no podían esperar que Dios les fuera propicio si ellos, por su parte, no hacían nada de lo que estaba en su mano.

Todo esto cayó tan a punto en el pueblo, que la revuelta general se produjo en seguida. Es inconcebible el alboroto que estos dos hombres armaron por todas partes. Los robos y los asesinatos se multiplicaban; bajo pretexto de defender la libertad pública, se saqueaba a los amigos y a los enemigos; se mataba a las personas mas acomodadas únicamente para repartirse sus despojos. La ferocidad que desbordaba por todas partes llegó a su punto máximo con un hambre terrible que sobrevino a causa de las malas cosechas, lo que no era obstáculo para seguir saqueando pueblos y ciudades, y para seguir vertiendo la sangre de los hijos de la propia nación, llegándose a pasar a sangre y fuego el Templo de Dios, viéndose bien a las claras hasta qué punto es peligroso el querer transformar las costumbres y las leyes.

La vanidad se apoderó de Judas y de Sadoc, hasta el punto de que se creyeron predestinados a formar y dirigir una cuarta secta: y este gran mal se vio estimulado por el gran número de los que siempre y en todo lugar se sienten atraídos por las novedades. La perturbación que provocaron, no solamente afectó a toda la Judea, sino que esta mala semilla se esparció y siguió produciendo frutos amargos durante mucho tiempo.

Y a propósito de esto, creo que es interesante indicar algo referente a las creencias de esta secta y de las otras.

LAS CUATRO SECTAS DE LOS JUDÍOS.

Los judíos que tomaban seriamente la Ley de Moisés, y querían perfeccionarse en la sabiduría y en el conocimiento de la Ley, estaban divididos, desde hacía mucho tiempo, en tres Sectas: los Esenios, los Saduceos, y los Fariseos, de los que me creo obligado a indicar algo en este lugar de mi narración.

La manera de vivir de los fariseos no es ni regalada ni llena

de delicias, sino que buscan principalmente la simplicidad. Aquellas verdades que se creen en el deber de aceptar, las llevan hasta las últimas consecuencias. Por ejemplo: el honrar a los ancianos lo llevan hasta tal punto que no se atreven ni a contradecirlos. Todo lo que sucede lo atribuyen al destino, sin negar al hombre la facultad de consentir, o no, de manera que aunque todo se haga por querer de Dios, dependo de la voluntad del hombre el caer en el vicio, o el practicar la virtud. Creen en la existencia inmortal del alma, que es juzgada en otro mundo, siendo premiadas, o castigadas, según que en esta vida hayan sido virtuosas, o pecadoras, quedando unas retenidas eternamente prisioneras en la otra vida, y las otras vuelven a vivir en este mundo. Por su conocimiento de la Ley y por su prestigio, gozan de una gran autoridad entre el pueblo, que sigue sus enseñanzas en todo cuanto hace referencia al culto y a las plegarias en las solemnidades religiosas, siendo muchas las ciudades enteras que sienten gran veneración por su virtud, por su manera de vivir, y por la elocuencia de sus disertaciones.

Los Saduceos, al contrario de los Fariseos, opinan que las almas mueren juntamente con los cuerpos, y que la única cosa a que venimos obligados es a la observancia de la Ley; y que es una muestra de virtud el no querer quedar rezagados respecto de los que nos enseñan el conocimiento y la sabiduría de la Ley. Los de esta Secta no son muy numerosos, pero casi todos ellos son personas de la condición más elevada. Casi nada se hace sin que se consulte su opinión. Cuando son elevados a cargos y honores, que ellos no solicitan nunca, vienen obligados a conformarse con las costumbres de los Fariseos por la gran influencia que estos tienen en el pueblo, el cual no toleraría que se obrara de otra manera.

Los Esenios son la tercera Secta, los cuales todo lo atribuyen y todo lo remiten a la Providencia de Dios. Creen que las almas son inmortales, y que hay que aplicarse con todas las propias fuerzas a practicar la justicia; se contentan con enviar sus ofrendas al Templo, sin ir a él personalmente, pues dicen que ellos ya lo hacen privadamente, con ceremonias todavía más esplendorosas, Son muy exigentes en sus costumbres, y su única ocupación es el cultivo de la tierra. Su virtud es tan admirable que sobrepasa con mucho la de todos los griegos y de las otras naciones, a causa de que hacen de ella el objeto único de

sus estudios, aplicándose a ello sin descanso. Todos los bienes que tienen los poseen en común, sin que los ricos tengan mayor parte que los menesterosos; siendo su número de unos cuatro mil. No tienen mujeres ni criados, pues están persuadidos de que las mujeres no ayudan a llevar una vida serena y reposada, y por lo que se refiere a los servidores, creen que es hacer una ofensa a la naturaleza que ha hecho iguales a todos los hombres el pretender que unos estén sometidos a otros. Todos se sirven mutuamente los unos a los otros, y escogen personas honorables de entre los levitas para que recojan todo lo que ellos obtienen como fruto de su trabajo, y se encarguen de distribuirlo a todos. Esta manera de vivir es muy semejante a la que observan los denominados Plistes, en la Dacia.

Judas del que se ha hablado antes, fue el iniciador de la cuarta Secta. Sus creencias son en todo semejantes a las de los Fariseos, excepto en un punto; y es que sostienen que únicamente a Dios hay que reconocer como Amo y Señor; y tienen un amor tan ardiente por la libertad que no hay tormentos que no estén dispuestos a sufrir, y dejar que sufran las personas que más aman, antes que dar a cualquier hombre, sea el que sea, el título de Señor, o de Amo. Ya no diré nada más referente a esta Secta, pues son cosas conocidas de todos; temo únicamente no haber podido expresar hasta qué límites llega su increíble paciencia, y su menosprecio por los sufrimientos.

MUERTE DE AUGUSTO Y PRIMEROS TIEMPOS DE TIBERIO.

Después que Cirenio hubo vendido los bienes procedentes de la confiscación de Arquelao, y terminado el inventario, los judíos se levantaron contra el Sumo Sacerdote Joafar y Cirenio lo destituyó, dando el cargo a Anas, hijo de Seth.

Ya hemos visto de qué manera Herodes Antipas y Filipino quedaron confirmados por Augusto en las tetarquías que su padre, Herodes el Grande, les había dejado en su testamento; estos dos príncipes hicieron todo lo que pudieron para establecerse en ellas de la manera más ventajosa para ellos. Herodes Antipas rodeó con murallas la ciudad de Seforis, que se convirtió así en el principal lugar fortificado

de toda la Galilea. También fortificó la ciudad de Baratampta, cambiándole el nombre por el de Juliada, en honor de la Emperatriz.

Filipo, por su parte, hizo embellecer en gran manera Peneade, que está cerca de las fuentes del Jordán y le puso el nombre de Cesárea. También amplió en gran manera la aldea de Betsaida, a orillas del lago de Genesaret, hasta el punto que parecía una ciudad, poblándola, enriqueciéndola, y dándole también el nombre de Juliada, en honor a la hija adoptiva de Augusto.

Mientras Coponio gobernaba la Judea ocurrió que el día de la fiesta de los Azimos, que nosotros llamamos Pascua, los sacerdotes, como de costumbre, abrieron las puertas del Templo a media noche, y algunos samaritanos, que habían entrado secretamente, esparcieron huesos de muerto por las galerías y lo restante del Templo, lo que hizo que los sacerdotes anduvieran con más cuidado de allí en adelante.

Poco después, Coponio regresó a Roma, sucediéndole Marco Ambivio como Gobernador de la Judea, por los mismos días en que murió Salomé, la hermana de Herodes el Grande, dejando a su hija Julia todos los bienes y tierras que poseía.

Al cabo de poco tiempo Annio Rufo sucedió a Ambivio como Gobernador, y fue entonces cuando murió Augusto en Roma, a los setenta y siete años. Este príncipe, que fue el segundo Emperador de los romanos, reinó cincuenta y siete años, menos diez días, incluyendo los catorce años que reinó junto con Marco Antonio.

Su yerno Tiberio le sucedió en el Imperio, y nombró a Valerio Grato para ocupar el lugar de Rufo en el gobierno de la Judea. Valerio destituyó a Anás, dando el cargo de Sumo Sacerdote a Ismael, hijo de Fabo, que pronto también fue desposeído, poniéndose en su lugar a Eleazar, hijo de Anás, que duró solamente un año, pasando a ocupar el Sumo Sacerdocio José, llamado también Caifás.

Grato, después de haber gobernado la Judea durante once años, cedió el cargo a Poncio Pilato.

Herodes Antipas, el tetrarca, supo hacerse grato al Emperador Tiberio, mandó edificar una ciudad a la que dio el nombre de Tiberiades, en su honor. Para ello buscó uno de los lugares más fértiles de toda la Galilea, junto al lago de Genesaret, cerca de las aguas termales de Emaús. La pobló con una parte de extranjeros y otra parte de galileos,

parte de los cuales fueron forzados; sin embargo, las personas de más relieve fueron allí por su gusto.

Movido por el deseo de que dicha ciudad llegara a ser muy populosa, admitió en ella a todos los que se presentaran, cualquiera que fuese su condición, y que afluyeron de todas partes, entre los que había que nadie estaba seguro de que no fuesen esclavos. Otorgó muchos privilegios, concediendo beneficios en gran número, dando tierras a unos y casas a otros, para asegurar su estabilidad, ya que el lugar donde está situada la ciudad está lleno de sepulcros, y nuestras leyes declaran impuro durante siete días a cualquiera que se haya acercado a tales lugares.

Por estos tiempos Fraate, rey de los partos, fue asesinado por su hijo Fraatace de la manera que ahora contaré.

Fraate, que tenía bastantes hijos legítimos, se enamoró locamente de una italiana que el Emperador le había enviado, junto con otros regalos, y que era hermosa en extremo. Al principio la tuvo únicamente como una más entre sus concubinas, pero se fue enamorando de ella de tal manera que se casó, cuando ya había tenido con ella un hijo llamado Fraatace.

Como ella lo dominaba de una manera absoluta, pasando el tiempo, concibió el designio de hacer pasar el imperio de los partos a manos de su hijo, empezando por hacer alejar a Roma a los hijos legítimos, para que allí se educaran, a lo que convino el rey fácilmente. Así Fraatace era el único hijo que permanecía con su padre. Éste, cansado de esperar la muerte natural del rey, lo hizo matar por consejo de su madre, con la que todos estaban persuadidos que vivía de manera abominable.

El horror que provocó este parricidio, junto con el incesto, excitó contra él un odio tan grande y tan general que fue expulsado y murió antes de poder consolidar su dominación criminal.

Entonces, toda la nobleza, que por una parte reconocía que era necesario un rey a la nación, pero que no lo quería de la familia Fraate, por considerarla manchada con la impudicia monstruosa de la italiana, escogieron a Herodes Antipas para nombrarlo rey, al que mandaron una embajada, el cual aceptó la proposición

Pero este príncipe era de un natural tan colérico, tan cruel, y de

acceso tan difícil que sus súbditos no pudieron sufrirlo, decidiéndose a conspirar contra él. Como entre los partos es costumbre llevar siempre sus espadas consigo, lo mataron en un banquete. Aunque otras referencias indican que fue en una partida de caza.

PONCIO PILATO.

Pilato, Gobernador de la Judea, envió una buena parte de sus soldados a pasar el invierno en Jerusalén, llevando en sus enseñas la imagen del Emperador, lo que es absolutamente contrario a nuestras leyes, y que ningún Gobernador se había nunca atrevido a hacer.

Las tropas entraron de noche, de manera que el pueblo no se dio cuenta hasta la mañana siguiente. En seguida se trasladaron a Cesarea un gran número de judíos para entrevistarse con el Gobernador, conjurándole durante varios días para que mandase trasladar los guiones y estandartes a otro lugar. Pilato se negó resueltamente, diciendo que ello sería una injuria al Emperador. Pero como ellos seguían insistiendo, el día séptimo mandó a sus soldados que estuvieran sobre las armas, escondidos, dispuestos para actuar a la primera señal.

Entonces subió al tribunal que había mandado levantar adrede en el lugar donde se celebraban los juegos públicos, y que era más adecuado que cualquier otro para tener a los soldados escondidos. Los judíos continuaron con la misma petición, y entonces Pilato hizo la señal a los soldados, que rodearon a los judíos por todas partes, amenazándolos con hacerlos morir si persistían en su actitud, y no regresaban cada uno a su casa.

Al oír estas palabras todos se postraron en tierra, desgarrando las vestiduras y ofreciendo su cuello, para que Pilato comprendiera que la observancia de las propias leyes tenía para ellos más valor que la vida. Este celo tan ardiente por su religión provocó una admiración tan grande en el Gobernador, que dio la orden de que fueran traídas a Cesarea las enseñas y estandartes que estaban en Jerusalén.

Después Pilato quiso hacer una conducción de aguas a Jerusalén mediante acueductos, trayéndolas de unas fuentes que estaban a una distancia de unos doscientos estadios; y para sufragar los gastos quiso disponer del tesoro del Templo. Esto causó gran emoción entre

el pueblo, que se reunieron en grupos numerosos para protestar, y rogarle que no siguiera por este camino, y algunos le dirigieron palabras injuriosas, como suele ocurrir cuando el pueblo se reúne tumultuosamente.

Pilato había mandado a sus soldados que escondieran sus porras bajo sus túnicas, y que rodeasen aquella multitud, y cuando empezaron a insultarle, les hizo una señal para que ejecutaran sus órdenes. No solamente obedecieron, sino que fueron más lejos de lo que Pilato quería, pues golpearon sin discriminación a los sediciosos y a los que no lo eran. Y como aquellos judíos no llevaban ninguna clase de armas, hubo numerosos muertos y heridos, y la sedición quedó apaciguada.

Por aquellos tiempos se manifestó Jesús, que fue un hombre sabio, si es que únicamente se le ha de considerar como un hombre, ya que sus obras fueron admirables.

Enseñaba a los deseosos de conocer la verdad, y fue seguido, no solamente por muchos judíos, sino también por muchos gentiles. Se presentaba como el Cristo.

Habiéndole acusado los principales de nuestra nación ante Pilato, éste lo mandó crucificar.

Los que le habían amado en vida, no le abandonaron después de su muerte, apareciéndoseles vivo y resucitado al tercer día, tal como había sido predicho por los santos Profetas, y haciendo muchos milagros.

Es de éste que han tomado el nombre los llamados cristianos, que aún podemos ver en nuestros días.

(Aquí termina la referencia y la traducción de fragmentos del libro de Flavio Josefo: Historia de los Judíos)

SEGUNDA PARTE

PROEMIO

En las páginas anteriores está lo principal que sabemos del tiempo y el lugar en que vivió San Dimas.

Dimas, el ladrón - Guillermo Rovirosa
Ed. Voz de los sin Voz

Deliberadamente he querido prescindir de lo que cuentan algunos de los “Evangelios Apócrifos”, y de las numerosas “revelaciones” que han querido añadir episodios “edificantes” a lo que sabemos con toda certeza por los Evangelios de San Lucas y de San Juan. Lo he hecho así por la razón sencillísima de que no me hacen ninguna falta para ver su santidad, ya que con la narración evangélica por una parte (absolutamente cierta) y por otra parte con la narración de Flavio Josefo que he transcrito (que siempre se ha reconocido como seria y veraz) tengo bastante para hacerme una idea precisa de esta figura extraordinaria.

Son incontables los que a lo largo y a lo ancho de veinte siglos han dado la vida por Cristo; y los martirios han tomado una enorme variedad de formas, tanto por lo que se refiere a la disposición interna de los mártires, como por las circunstancias exteriores que determinaron un final tan glorioso. Por lo que nos ha transmitido la tradición, las actas, los testimonios, y otros documentos de tiempos pasados, y por lo que acontece todavía en estos tiempos en que nos toca vivir, podemos tener una noción bastante clara de lo que es un martirio cristiano: no se necesita más que la voluntad y el esfuerzo de quererse enterar.

En el catálogo de los Santos que veneramos, hay uno que no dio la vida por Cristo (y por esto no se le considera como mártir) pero murió con Cristo.

Este es un caso radicalmente único, que jamás podrá repetirse. Esta singularidad da al caso de Dimas unas características tales, que obligan a considerarlo aparte de toda norma.

La gesta de Dimas fue posible por la concurrencia de dos elementos: por una parte, él, con su personalidad, que se había ido elaborando a lo largo de su vida, y por otra parte, la muerte redentora de Cristo en el Calvario.

Si él no hubiera sido quien era, la muerte de Cristo en una cruz, a su lado, no habría tenido más categoría que la de cualquier episodio más o menos banal. Como ocurrió, por ejemplo, con el otro ladrón.

Y si, siendo quién era, le hubieran ajusticiado cualquier día que no hubiera sido aquel primer Viernes Santo, no parece temerario afirmar que la vida y la muerte de Dimas habrían caído en el anonimato perfecto: uno de tantos.

-¿Es posible escribir una “vida” de San Dimas? me han preguntado algunas personas que me sabían ocupado en esta tarea.

Ciertamente que si mi propósito hubiera sido contar lo que hizo, y cómo lo hizo, habría tenido que limitarme a copiar las pocas líneas que hablan de él en los Evangelios canónicos; todo lo que se añade a esto, en relación con “hechos” solamente puede salir de una fantasía más o menos desabrochada.

No me he preocupado por los “hechos” de Dimas, sino por su “ser”; no lo que hizo, sino quién fue. El “hacer”, es accidental, y no tiene demasiada importancia; en cambio, el “ser” es más permanente, y es el que califica en verdad a una persona.

Verdad es que no podemos separar el ser del hacer, ya que solamente podemos conocer lo que alguien es por lo que hace y cómo lo hace. Esto, sin embargo, no es tan sencillo como puede parecer a primera vista. Por que no siempre, ni mucho menos, el hacer de los hombres corresponde a su ser; por una parte, la hipocresía, y por otra la educación (que sería mejor llamar; amaestramiento) junto con situaciones de miedo, de afán, de prestigio... que nos impelen a hacer, no lo que sale de dentro (del ser), sino aquello que nos parece que caerá bien fuera, o que dará satisfacción a apetitos más o menos mal ordenados, y que nada tienen que ver con la honorabilidad.

Hay situaciones, sin embargo, en las que el hombre se manifiesta espontáneamente tal como es. A veces, porque no se tiene tiempo, y cuando uno se da cuenta, ya está hecho; otras, porque no vale la pena... También los hay que lo hacen por virtud, por afán de fidelidad con la propia conciencia y con Dios.

Dentro de mi experiencia personal, nunca podré olvidar los meses que pasé en la cárcel, y que me sirvió más que todo el resto de mi vida para conocer a los hombres y a mí mismo. No quiero decir que en la cárcel no hay hipocresía (en las relaciones entre presos y guardianes quizá es donde hay más hipocresía en el mundo) sino que hay muchísima menos que entre los mismos hombres tratándose en libertad.

Estoy segurísimo de que en el caso de Dimas no puede ni siquiera sospecharse en la posibilidad de hipocresía. No; no fue un hombre de dos caras (ni el otro ladrón tampoco) en aquellas últimas

horas de su vida. Si aceptamos esto, no hay duda de que podemos explorar el ser del Buen Ladrón.

Hay otro hecho, de orden personal, que me ha estimulado a escribir algo sobre San Dimas, y es que en los tiempos de mi conversión, cuando tenía treinta y seis años, busqué un Santo protector entre los Bienaventurados, de que entonces tenía noticia. Buscaba uno que me comprendiera, no sólo con la ilustración de que todos gozan en el cielo, sino que por las peripecias de su vida hubiera cierta afinidad que permitiera entendernos con pocas palabras. Y escogí San Dimas, sin que hasta el presente me haya arrepentido de ello.

Como aquí no se trata de mi persona, sino de San Dimas, no hay por que hablar de esto. Lo he expuesto solamente para indicar que estas páginas no han sido escritas ni por encargo, ni por capricho, ni por “tema interesante”. Son la expresión de la necesidad sentida de hacer salir fuera una carga (!dulce carga!) que llevo dentro desde hace años. Y que, sacándola fuera, no me libraré de ella, sino que la llevaré mayor que nunca. Gracias a Dios.

Entre los Evangelios canónicos y los apócrifos se encuentra la misma diferencia que va entre la verdad y la fantasía. Los primeros casi no nos hablan de Jesús y de María antes del Bautismo en el Jordán; lo justo para manifestar el misterio de la Encarnación. Toda la atención se centra en los años de la vida pública. Los apócrifos, en cambio, se entretienen contando, a diestro y a siniestro, milagros y más milagros de la infancia de la Virgen y de Jesús; en el fondo, lo que nos explican es lo que habría hecho cualquier hombre puesto a hacer de Dios. Jesús, sin embargo, no fue un hombre puesto a hacer de Dios, sino que fue Dios puesto a hacer de hombre. Y todo ocurrió al revés de lo que cualquier hombre podía suponer.

Una gran parte de las narraciones escritas de la vida de los Santos parecen salidas de las plumas de los autores de los Evangelios apócrifos. Todo son milagros, milagrazos, milagritos, milagrones y milagrines. Por el derecho y por el revés; sin ton ni son. Esto, dicen, es lo que “edifica” a los “devotos”. ¡Estamos apañados!

A lo largo de la historia de la humanidad, muchas cosas han ido cambiando; esto no puede negarlo nadie. Como tampoco puede negarse que hay cosas que permanecen inmutables. Por ejemplo:

desde los tiempos de Amenofis Primero, el calzado de los hombres ha experimentado muchos cambios, pero los pies siguen iguales.

Lo que pasa con el vestido del cuerpo no es diferente de lo que ocurre con el vestido del alma, formado por lo que se llaman criterios sociológicos. De la misma manera que se acepta como valor indiscutible la forma de vestirse que todos adoptan, y todo lo más que uno se atreve es a escoger el color de la corbata, así también se aceptan como principio y fundamento para que funcionen la memoria, el entendimiento y la voluntad, los criterios con que uno se encuentra en el ambiente en el que le ha tocado nacer y hacerse hombre.

Yo no tengo ganas, aquí, de exprimir este tema. Lo digo solamente para indicar que es peligroso y motivo de muchas confusiones, el extrapolar criterios.

Los criterios que hemos recibido y aceptado de nuestro ambiente sociológico (casi siempre sin análisis alguno) toman un aspecto tal de cosa evidente, natural, y sin vuelta de hoja, que nos resulta impensable que haya quien no piense así, si no es un cretino, o un perverso.

El aceptar los criterios que nos encontramos confeccionados a nuestro alrededor, sin más ni más, solamente porque todos piensan así, es mucho más grave que el vestirse, como todo el mundo. El vestir como todos (particularmente las mujeres) puede ocasionar el trastorno de una mayor, o menor, molestia en la periferia de la bolsa. Pero si solamente pensamos como todos, nos jugamos el alma, ya que ello equivale a dimitir de la propia personalidad.

Si he traducido unos capítulos de Flavio Josefo en la Primera Parte, ha sido para que el lector (y yo) nos podamos hacer cargo de los criterios sociológicos que “se llevaban” en aquella Tierra Santa por la treintena de años que precediera al Calvario. Existen, como es natural, muchos aspectos de la vida que no se precisan ni se indican en la narración transcrita, pero no hay duda de que lo que allí se explica es de una gran ayuda para hacernos una idea del ambiente general en que transcurrieron las vidas de Jesús y de Dimas.

Si tomando como fundamento los criterios de nuestro ambiente, queremos comprender “algo” de las personas que se mueven y reaccionan con criterios diferentes, podemos estar seguros de que no comprenderemos nada. Es lo que pasa cuando personas “acomodadas”

quieren comprender la mentalidad y las reacciones de los infelices de los suburbios. Ni entienden nada, ni pueden entender nada. Todo lo más que pueden hacer (y hacen) es dar palos de ciego.

En las páginas que siguen me he esforzado para no confundir los pies con los zapatos. Quiero decir: entre lo humano permanente y las adherencias circunstanciales; así como entre la inmutable santidad cristiana, y los criterios apócrifos de santidad, que, por desgracia, siguen teniendo un éxito tan esplendoroso que da asco.

No estoy seguro, ni mucho menos, de haberlo conseguido. En todo caso, como aquel pianista del “Far West”, pido a los que leen que no disparen sus pistolas contra mí, porque he hecho todo lo que he podido.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE

La primera incomodidad con que me encuentro, para poder pensar en el hombre que llamamos Dimas es la de no poderle hacer la ficha, con un mínimo de exactitud.

Pensemos en una cualquiera de estas cartulinas, parcialmente impresas y parcialmente en blanco, que son una pieza tan fundamental en el mecanismo montado por esto que denominamos: civilización moderna.

En ninguno de sus espacios blancos puedo poner nada. Empezando por el nombre. ¿Cómo sabemos que el Buen Ladrón se llamaba Dimas? Porque los Evangelios canónicos no nos dicen nada referente a esto...

Y he aquí que yo, que quería desentenderme de los Evangelios apócrifos, empiezo por no tener más remedio que ir a parar a ellos. Ya que únicamente allí es donde se menciona este nombre. Pasa lo mismo que con el nombre de los padres de la Santísima Virgen.

Pero supongamos que ni los padres de la Virgen María se hubieran llamado Joaquín ni Ana, ni el nombre del Buen Ladrón hubiera sido Dimas: ¿y qué?

Si el llevar un nombre, o el llevar otro, fuese algo que

modificara el ser de estos personajes, podríamos estar pesarnos por nuestra falta de seguridad. Pero estamos seguros de que los personajes existieron, y que tuvieron papeles bien definidos en diversos episodios relacionados con la Encarnación y con la Redención. Y los nombres con que los veneramos los localizan en seguida en nuestra mente. ¿Qué más necesitamos?

Pero es que, además de los apócrifos, ahí está la tradición. Yo, pues, por mi parte, no experimento la más leve vacilación en empezar a llenar la ficha, escribiendo en el espacio blanco que viene después de NOMBRE: la palabra Dimas.

Ahora la ficha imposible que estoy tratando de rellenar, continúa así:

HIJO DE..... Y DE y me encuentro atascado del todo.

Estoy segurísimo (me dejaría matar antes de negarlo) de que el Buen Ladrón tuvo “un” padre y “una” madre. Pero mi seguridad termina aquí.

Junto a la seguridad (y bastante más abajo) está la convicción. Yo, personalmente estoy convencido, en la parte negativa, de que los padres de Dimas no fueron como parece que han de ser los padres de los Santos “bien”:

1º- De noble alcurnia.

2º- Piadosos y de buenas costumbres, repartidores de abundantes limosnas.

3º- Cuidando exquisitamente de la educación de sus numerosos hijos.

No es ninguna temeridad, me parece, el suponer que con este Santo todo ocurrió al revés. Lo más probable es que sus padres no estuvieran casados ni “por lo civil”.

Para seguir llenando la ficha, no tengo más remedio que poner: HIJO DE... padres desconocidos. Desconocidos de nosotros ¡naturalmente!

Sigamos adelante. Ahora hay que llenar el pequeño espacio en blanco que hay detrás de la palabra EDAD.....

Me refiero, ¡claro está! a la edad que tenía cuando murió. Creo que no podía tener más de sesenta años ni menos de veinte. Y lo creo, con toda la convicción posible, por el hecho de que los Evangelios no

hacen ninguna referencia a este respecto. Si hubiera sido un chaval o un anciano, seguramente que se habría indicado algo, ya que esta singularidad no habría podido por menos de llamar la atención a San Juan que estaba presente, o a los que se lo contaron con todo detalle a San Lucas.

No digo nada en cuanto al hecho de su conversión en la cruz. Aunque su “manera” no parece propia de la decrepitud ni de la adolescencia, la conversión no viene condicionada por la edad y por aquí no podemos encontrar rastro alguno.

Es posible que entonces hubiera gangsters que llegaran a viejos, como en estos tiempos se ha visto en los Estados Unidos, por ejemplo; pero esto es anormal.

La (digamos) carrera de bandido no se sabe que se nutra de esto que ahora llamamos vocaciones tardías. La “inclinación” empieza de jovencitos, quizá en la infancia. Pero nunca empieza con hazañas que reclaman la intervención del verdugo.

Estas consideraciones, junto con otras que se harán en el Capítulo siguiente, me inducen a atribuir a nuestro héroe: EDAD... unos cuarenta años.

Ahora la ficha indica: NATURAL DE..... ¿Quién podrá saberlo? Porque los ladrones se dan en todas partes...

Pero quizá podamos encontrar algunos indicios, que, aunque incapaces de darnos ninguna seguridad, puedan llevarnos a una convicción.

En primer lugar, es muy natural que el ladrón “trabaje” lejos de los lugares donde es demasiado conocido, particularmente cuando se trata de algo serio y de tal importancia que lo puede llevar al patíbulo, si lo pillan.

Dimas no fue condenado a la cruz por los tribunales judíos, ya que estos no tenían facultad para imponer a nadie la pena capital, como sabemos por los Evangelios. Fue condenado, sin ningún género de duda, por un tribunal romano. Ahora bien, dentro de la especie de “statu quo” que existía en la Judea de aquellos tiempos (como hemos visto en la lección Primera, y tal como se relata en los Evangelios) había una deferencia hacia las autoridades autóctonas, por parte del Gobernador romano. Si examinamos la Ley judaica (que se concentró en el

“Deuteronomio”) veremos que la pena de muerte solamente se aplicaba a los que quebrantaban de manera muy grave los mandamientos primero y segundo, cuarto, quinto y sexto de la ley de Moisés.

El robo, en cambio, no recibía otro castigo que la restitución, con los suplementos que se fijaban según la naturaleza y las circunstancias del hurto. La Ley de Talión, en una palabra. Pero el Derecho romano era implacable con los ladrones, a los que tenía por los principales enemigos del orden establecido.

Si Dimas era un ladrón incircunciso el asunto seguramente que se llevó a término con gran celeridad y sin complicaciones, lo que no es tan seguro que hubiera ocurrido si hubiera formado parte del “pueblo escogido”.

Hemos visto que en los tiempos que precedieron al Calvario, hubo en Palestina revueltas y desórdenes para todos los gustos, lo que constituye un paisaje ideal para los aficionados a pescar en aguas turbias. Los “profesionales” y los “amateurs” debían afluir de todas partes, sin querer decir con esto que los “indígenas” no hicieran un buen papel.

Pero hay otro aspecto que para muchos seguramente carecerá de valor indicativo, mientras que para mí lo tiene muy grande. Se trata de la “conveniencia” de que el primer santo no fuera ningún judío, sino un “gentil”. Y un gentil de lo más averiado.

En los Evangelios se ve cómo el Verbo se hizo hombre-judío; cómo toda su predicación se dirigía a los hijos de Israel, diciendo que el “manjar” que Él traía era para los hijos, y no para los “perros”; cómo los apóstoles y los discípulos los escogió exclusivamente entre los circuncidados. La línea que siguió en este aspecto fue perfectamente definida; y cuando insinuó la posibilidad de que en la mesa de Abraham se sentaran convidados que no llevaran la sangre de Jacob, lo hizo precisando que era por culpa de la infidelidad y del desprecio de los “convidados”. Hasta el último momento llamó sin descanso a las ovejas de Israel; hasta que lo mataron.

Al cabo de unos dos mil años sabemos perfectamente que los seguidores de Cristo procedentes de la circuncisión son escasísimos si se los compara con las multitudes inmensas que han acudido de todos los rincones de la gentilidad.

¿Tiene esto algo que ver con que Dimas fuese, o no fuese, judío? Yo creo que sí: cómo símbolo.

La línea pro-judaica que constantemente siguió Jesús a lo largo de su vida, se quebró en la Cruz, para hacerse pro-humana, abriendo los brazos a todos, sin distinción de pueblos, de razas, de lenguas, ni de nada.

Cristo se dirigía a los judíos, que eran los escogidos, con milagros, con prodigios y con maravillas de todo orden, y no le hicieron caso; mejor dicho: le hicieron caso negativo, pues lo mataron. Ellos, que eran los escogidos, los preparados, los predestinados, y los todo-lo-que-se-quiera.

Pero desde la Cruz (en la que el prodigio inaudito fue la ausencia de todo prodigio) desnudo y humillado, Cristo empezó a dirigirse a todos, y es desde este solio glorioso desde donde sigue y seguirá dirigiéndose a todos, mientras el mundo sea mundo. Su llamada, sin embargo, lleva una preferencia bien patente para los débiles, los pecadores, los oprimidos, los aplastados bajo toda clase de cargas, con tal de que conserven un poco de “buena voluntad”.

Dimas puede ser un símbolo de todo esto. Y para mí, lo es.

Por esto, y sin ninguna aprensión, escribo en su ficha:

NATURAL DE.... la gentilidad. (¡Qué alegría, para mí, si resultara que fue catalán!)

Ahora viene la parte más fácil y más categórica de la ficha.

PROFESION....

Los Evangelios dicen que era un malhechor. La tradición, sin embargo, nunca ha designado a Dimas como el Buen Malhechor (quizá porque esto suena mal en los oídos) sino como el Buen Ladrón.

Como en el Capítulo próximo solamente me ocuparé de la personalidad de Dimas bajo el aspecto de ladrón, pido un pequeño crédito de confianza para poder rellenar, con toda tranquilidad, esta parte de la ficha así: PROFESIÓN... ladrón.

Ahora hemos de fijarnos en la anotación siguiente, que dice: ESTADO.....

No es suponer demasiado el suponer que no pertenecía en activo al estado sacerdotal de ninguna de las múltiples religiones que proliferaban por aquellas tierras en aquellos tiempos.

Hemos de escoger entre casado y soltero.

Se me hace difícil imaginar un salteador con un hogar, en el que están su esposa, sus padres, y sus hijos. Normalmente su vivir no lo permite. La vida azarosa de los ladrones a veces ha sido compartida por mujeres, pero esto ha sido rarísimo, y no tenemos ningún indicio para suponer que tal fue el caso de Dimas.

Claro que tendría mujeres “de segunda mano”, particularmente cuando su “trabajo” le proporcionara buenas cosechas. Los ladrones de aquellos tiempos (y los no-ladrones) en esto de las mujeres no andaban con remilgos. Es posible que los ladrones más “virtuosos” pensaran en tomar estado cuando se retiraran del “negocio”. Pero no podemos afirmar nada de esto por lo que respecta al Buen Ladrón.

Lo más probable, me parece, es que no tuviera ninguna atadura que le estorbara la movilidad que le era indispensable; ni constituyera un “rastro” que facilitara la tarea de los que entonces, como, ahora, se dedicaban a la busca y captura de ladrones.

Por todo esto, y son ciertas reservas, me parece que se puede continuar ampliando la ficha, y poner: ESTADO... soltero.

Veo en la ficha que estoy rellenando una última anotación:

INDICACIONES PARTICULARES

Esta parte me parece bastante importante, y por ello voy a dedicarle todo lo que queda de este Capítulo.

¿Cuál era el ambiente general que se respiraba por aquellas tierras en los tiempos de San Dimas?

Eran una multitud de pueblos que durante siglos mantenían su personalidad, haciéndose unos a otros la guerra sin piedad y sin descanso (con el mínimo descanso para reponerse y volver a empezar). En buena parte, la guerra era el principal “negocio”, ya que el que ganaba se apoderaba de los bienes del vencido, al que esclavizaba; hasta que en la edición siguiente se cambiaban (a veces) los papeles; y después se volvía a empezar. No era concebible una generación viviendo en paz y tranquilidad. El pretexto para hacer la guerra a los que tenían algo para perder era lo de menos; bastaba con tener “ganas”, y como éstas no escaseaban...

Pero vino un momento (que duró poco) en que los griegos se apoderaron de todos aquellos países, convirtiéndolos en colonias.

Después, los romanos; aunque de otra manera. Los reyes que se sometían, continuaban reinando como feudatarios, con fuertes tributos; los que se resistían quedaban reducidos a colonias, esclavas de Roma.

Los Macabeos pudieron estabilizar durante cierto tiempo su monarquía en Israel, a base de alianzas, hasta que murió Antígono, el último rey de sangre de Jacob, viniendo entonces impuesto por Roma el idumeo Herodes como rey de Israel.

Esta situación debió disgustar mucho a los judíos, por estar sometidos a un rey que no era de su sangre; pero era un mal menor, ya que se mantenía la nación independiente, aunque tributaria de Roma.

En aquellos tiempos, y en muchos otros, los reyes reinaban de manera arbitraria y despótica, mirando únicamente su provecho y beneficio. Los miramientos que a veces tenían con los súbditos, venían dictados por la prudencia de no matar la gallina de los huevos de oro. Cuando el rey era “de casa” esta situación no resultaba demasiado intolerable, pues todo quedaba “en casa”, ya que a la sombra del rey engordaban todos los parientes, amigos, y conocidos. El caso era ser de la banda.

Pero con Herodes el Grande las cosas tomaron otro cariz, ya que los “peces gordos” no eran hebreos, sino forasteros, despreciados desde siempre por los escogidos. Por esto aparece cargada de lógica la gestión que hicieron a la muerte de Herodes con Augusto, prefiriendo, con toda buena fe, la situación de colonia romana bajo un Gobernador, a estar sometidos a otro rey idumeo. Ya hemos visto que Arquelao les dio la razón con su proceder, y Roma entonces les concedió lo que habían pedido; al menos para la Judea y la Samaría.

Esto, sin embargo, no era (ni podía ser) una solución para un pueblo con la mentalidad que tenían los judíos de dominadores y de escogidos por Dios, y la cosa terminó con la destrucción y la dispersión de los israelitas como nación cuarenta años después de la Redención en el Calvario. Pero como estos cuarenta años no tienen nada que ver con Dimas, no insisto en ellos, fijándome únicamente en el tercio de siglo anterior a la muerte de Cristo.

Lo único, que solía estar bien organizado, y no para un orden general, sino para un orden particular, eran los consumidores y los soldados.

Los consumidores tenían a su cargo la extorsión pacífica, y los soldados la extorsión violenta. Todos eran mercenarios, y tenían parte en el negocio.

Había consumidores destacados en todos los pueblos, y tenían por misión el exprimir todo lo que pudieran a los que no eran soldados ni consumidores. Con carta blanca. Los consumidores más odiados por el pueblo eran los más apreciados por el rey... si no caían en la tentación de quedarse con la parte del rey.

A los consumidores (en los Evangelios se les llamas publicanos) les bastaba con la fuerza moral (!) para sus exacciones, pues todos sabían que cualquier “controversia.” con ellos reclamaba automáticamente la intervención de los soldados, y estos dejaban la tierra calcinada por donde pasaban.

Los soldados estaban concentrados en puntos estratégicos, dispuestos a establecer el orden funerario donde fuese preciso. Jugaban a cara o cruz. Quiero decir que si perdían, allí los enterraban, y así terminaba la divertida historieta que empezó con su nacimiento; pero si ganaban (que era lo más probable) se quedaban con TODO lo que tenían los que habían perdido, menos la parte reservada al rey.

Esto iba así, con pocas variantes en más o en menos.

No se necesita demasiada imaginación para hacerse cargo de cómo debía andar la honradez. No había más remedio que mentir sin descanso, estando a la que salta para aprovechar cualquier “ganga”, y desgraciado del distraído, o del “buenazo”. Con ser grande la brutalidad de los soldados y de los consumidores, me parece que lo peor era su corrupción; en todos sentidos.

Con estas perspectivas,, es natural que cualquier ciudadano, en pleno siglo XX, se pregunte: -¿Quién trabajaba, pues, y cómo podían vivir en una situación así?

La solución eran los esclavos. Esta institución era la pieza maestra de aquella civilización; y de tantas otras. Lo que pasa es que entonces la cosa se llevaba con la máxima brutalidad.

La esclavitud era una amenaza permanente para todos; y mientras eran amos todo les parecía lícito y recomendable con tal de conservar el orden establecido. De lo que se trataba era de que los esclavos continuaran siéndolo (y cuantos más, mejor) y que los otros

continuaran con la sartén bien agarrada por el mango.

Si podemos hacernos una idea de dicha mentalidad y de aquellas condiciones de vida, no podremos extrañarnos demasiado de los hechos que nos cuentan las historias.

La esclavitud de aquellos tiempos tenía algunos aspectos destacadamente diferentes de los de la última versión que conocemos: la esclavitud de los negros en los Estados Unidos de América.

Había una parte semejante, y es la que se refiere a los no-esclavos. Su signo es la prosperidad, pues se hacen amos de numerosos bienes obtenidos sin gasto alguno, ya que las necesidades de los esclavos han de cubrirse con el trabajo de los mismos esclavos. Entonces los “señores” pueden dedicarse a las tareas más nobles, la primera de las cuales es la de incrementar el poder, principalmente el poder económico, con métodos suficientemente conocidos; después las carreras de las armas y de las leyes, destinadas a sostener la “situación” mediante la fuerza y el derecho. La religión (cualquier religión) será aceptada o combatida, según sea un soporte, o un tropiezo, para la “situación”.

Todo esto constituye una especie de constante histórica, de signo precristiano. Quiero decir que no tiene nada que ver con el mensaje evangélico, aunque tales cosas ocurran en países que se pretenden cristianos.

Por lo que se refiere a los esclavos, existe una gran diferencia entre los negros americanos y los esclavos de los tiempos mesiánicos.

Para los negros de América la esclavitud era algo fatal, que iba adscrito al color de la epidermis. Se nacía y se moría esclavo, inexorablemente. Y no sentían demasiadas ganas de insurreccionarse, por poco que los “señores” no llevaban su crueldad hasta el paroxismo. ¿Qué harían, con la piel negra, cuando se vieran libres? Por esto, cuando después de la guerra de Secesión se impuso por los vencedores la libertad de los esclavos, fueron muchísimos los negros que la rehusaron, pidiendo continuar igual que antes, cambiando únicamente el nombre.

En los tiempos de Dimas los esclavos eran raramente negros, y por esto los marcaban con un hierro candente, como a las bestias. No eran cosa corriente los esclavos hijos de esclavos y nietos de esclavos,

como en América. Aparte de que la “cría” de esclavos no ofrecía interés económico (no era “rentable”, que decimos ahora) pues era mejor para el bien común hacer una “razzia” y cogerlos fuertes, sanos y vigorosos. Y cuando su “productividad” disminuía, se los metía cuidadosamente bajo tierra, o bajo el agua. Y después se iba al mercado, a renovar las existencias. Todo esto estaba perfectamente resuelto, y constituía la base principal para que pudiera ir avanzando la civilización.

Se comprende que los esclavos no estuvieran entusiasmados con esta situación. No porque les desagradara el sistema, sino porque les había tocado el mal papel. Pasaba lo mismo que ocurre ahora con los llamados proletarios, que en general son entusiastas del sistema capitalista, si pudieran ser de los que cortan cupones. Pero así como ahora la literatura “estimulante” cuenta lo que hizo el limpiabotas que llegó a millonario (de dólares), entonces la cosa corriente entre esclavos era su deseo de “dar la vuelta”, no solamente para dejar de ser esclavos, sino para poderlos tener.

Ya se comprende que esto no era cosa fácil, y colectivamente, me parece que solamente una vez se salieron con la suya, pero por muy poco tiempo. Individualmente la cosa era diferente; son innumerables las referencias de esclavos “libertos” por sus amos, y debieron ser mucho mas numerosos los esclavos que se “liberaban” a sí mismos, por medio de la fuga. Me parece que estos tales no tenían otra “salida” que el bandolerismo, a causa de la marca de su frente, que los hacía indeseables en cualquier parte donde quisieran llevar vida normal.

Muchos, seguramente, no dudaban en escaparse, porque ¿qué podían perder? ¿la vida? ¿y qué valor tenía la vida que llevaban? El bandolerismo era su única liberación. Liberación muy relativa, es cierto, ya que la persecución y el exterminio de los bandoleros es seguramente la tarea a la que se ha dado más importancia en los países cuya organización se basa en el respeto a la propiedad privada. Y la técnica ha ido mejorando de siglo en siglo, hasta llegar a los tiempos modernos en que podemos decir que en casi todos los países se ha extinguido la raza de los bandoleros. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que ya no hay ladrones. Lo que quiero decir es que ya no hay bandoleros.

Los bandoleros “trabajaban” en partidas más o menos numerosas, o solos. Tengo mis razones para suponer que Dimas .era un

“solitario”. Las expondré en el Capítulo siguiente. El hecho de que lo ajusticiaran con otro no quiere decir necesariamente que habían hecho sociedad. Sus reacciones, diametralmente opuestas, frente al mismo hecho de la muerte propia y la de Jesús, indican bien a las claras que su manera de ser respectiva no era la más adecuada para ir de acuerdo.

El catálogo que los verdugos de entonces podían ofrecer, como sistemas bien acreditados para hacer pasar de la vida a la muerte a los “clientes” (de los “clientes”) era bastante extenso. El Antiguo Testamento muestra una preferencia por las pedradas (lapidación). El nudo corredizo, el hacha, las flechas, el fuego, la espada, los venenos... eran suficientemente conocidos y utilizados.

La cruz, sin embargo, se reservaba a los esclavos; y para afrentar a Jesús hasta el máximo le aplicaron aquella clase de suplicio.

Pero a Dimas y al otro seguramente que no les aplicaron esta forma de suplicio por razón de celos, envidias, odios, ni otros sentimientos más o menos complicados. No. Les aplicaron la pena de muerte propia de los esclavos porque eran esclavos.

Al llegar aquí creo que ya se puede poner algo después de cada indicación de la ficha. Que, en conjunto, queda así:

Nombre DIMAS. Hijo de PADRES DESCONOCIDOS.

Edad: UNOS 40 AÑOS. Estado SOLTERO.

Natural de: LA GENTILIDAD. Profesión: LADRÓN

Indicaciones particulares:

ANTIGUO ESCLAVO FUGADO.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL LADRÓN

Todos los Evangelios, al referirse a los dos que fueron ajusticiados con Jesús, dicen de ellos solamente que eran unos malhechores. Y cuando se aduce el testimonio de los profetas, también se recuerda el versículo mesiánico que dice: será contado entre los malhechores.

Malhechor es todo aquel que realiza maldades. Y maldad es toda

transgresión de la Ley de Dios, o de las leyes justas de los hombres, tanto por acción como por omisión.

Para el pueblo hebreo, pueblo teocrático, cuya ley civil coincidía exactamente con la ley religiosa, las maldades eran tanto más abominables cuanto más baja era la numeración del Mandamiento de Moisés que infringían.

Por esto, el pecado más grave era el que entraba de lleno dentro del Primer Mandamiento, cuando se ofrecían sacrificios a los ídolos y se dejaba a Yahve para adorar dioses falsos; después venía la blasfemia. La acusación más grave contra Jesús se fundamentó en la blasfemia que, según sus jueces, Jesús profirió cuando afirmó que Él era Dios, e Hijo de Dios. Precisamente, en todos los tiempos, antes de Cristo y después, hasta ahora, circula entre los judíos un aforismo, que para ellos tiene carácter dogmático, cuando afirman que Dios no tiene mujer ni hijos.

Siguen en importancia las violaciones del Día del Señor, y después las transgresiones a la piedad filial. Venía luego el homicidio, que cuando no era en actos de guerra, o de legítima defensa, se juzgaba por la Ley de Talión; a continuación las fornicaciones, que aunque hoy nos parezcan de una manga muy ancha, eran ciertamente unas prescripciones muy rígidas si se comparan con los criterios que entonces “se llevaban” en todas partes en lo tocante a estas cuestiones.

Al robar, al mentir, al codiciar... se daba menos importancia, comparado con lo anterior. Se comprende que con el régimen de propiedad estabilizada que Yahve había impuesto al pueblo escogido, los robos no debían pasar nunca (o casi nunca) de “menor cuantía”. El apoderarse de los bienes de los enemigos, no solamente no era un delito, sino que estaba mandado. Y canto mas, mejor.

En el Derecho Romano, en cambio, el panorama era muy diferente. El delito máximo era atentar contra la vida y los bienes de los que mandaban, y después el atentar contra la vida y los bienes de los que tenían bienes, siendo el delito tanto mayor cuanto más “pez gordo” fuese la víctima.

El seguir unos dioses u otros, o no tener ninguno, así como el trabajar (o no trabajar) en determinados días, no tenían la menor importancia como delitos punibles. Estos hechos, todo lo más que podían considerarse era como cosa de mal gusto. Lo mismo puede

decirse con respecto a los delitos contra la piedad filial, que no tomaban dimensión si no se acompañaban del atentado, o del robo.

En lo que toca a la sexualidad ya no puede decirse que la manga era ancha, sino que, de hecho, no existía manga alguna. Lo mismo que el mentir y el codiciar, que solamente se tenían en cuenta cuando afectaban a los referidos “peces gordos”.

Cuando se salió del régimen patriarcal y fueron apareciendo las naciones, los soberanos se atribuían el culto, la reverencia y la sumisión que corresponden a Dios. Los que estaban a su alrededor participaban, como dioses menores y en grados diferentes, en este “imperio” sobre la plebe. Ciertamente que esto no era uniforme, y se exageraba más en unos sitios que en otros. Pero todos padecían del mismo mal. La cosa llegó a su máxima perfección en el Imperio Romano, donde, descaradamente, se divinizó a los jefes supremos, y no solamente de hecho, sino también de derecho, lo cual es mucho más grave. Esta idea básica del Derecho Romano contaminó los “Derechos” que han aparecido después; y todavía hoy existen reminiscencias donde menos podría pensarse.

La gran novedad del judaísmo fue precisamente la de referir al Dios Único todo el honor, todo el culto, toda la reverencia, todo el temor, toda la dignidad... Véase lo que Yahve mandó decir a Samuel cuando las ranas (quiero decir: los israelitas) pidieron rey. En la primera parte de estas notas ya hemos visto lo que Flavio Josefo cuenta de la “Cuarta Secta”.

El cristianismo vendría a dar el empujón decisivo, al mandar a los que mandan que se hagan servidores de “los demás”, especialmente de los más desvalidos, ya que los bienestantes pueden defenderse solos. La ética del Cristianismo es la exaltación de los pequeños, mientras que la ética del Derecho Romano es la exaltación de los grandes. La oposición es radical y manifiesta, y en el orden sociológico hasta ahora ha prevalecido el Derecho Romano. Y prevalece. Los soviets han querido dar la batalla a los criterios del Derecho Romano, pero, de hecho, están consiguiendo todo lo contrario de lo que se proponían; no hay más que fijarse en el endiosamiento de sus “peces gordos”, mayor que en casi todos los demás países. Pero éste no es lugar a propósito para tratar de estos asuntos, sino como leve referencia.

Lo único a lo que quiero referirme ahora es a lo siguiente:

Movimiento Cultural Cristiano

Avda. Monforte de Lemos 162 28029 Madrid www.solidaridad.net

Unas instituciones y unas ordenaciones sociales que conspiran a que esta tierra se convierta en un paraíso para los que tienen “poder” en cualquiera de sus formas (particularmente poder económico), y todo se ordena a consolidar el poder de los poderosos, es muy natural que obtenga, no sólo la adhesión, sino el entusiasmo de los que se benefician de ello; y que traten de montar el “tinglado” cada vez más firme en su parte jurídica, y hasta en la filosófica, y que se llame bien común al bien de los que tienen bienes. Pero también es muy natural que los que llevan la carga encuentren muchas dificultades para poder compartir los criterios de los otros, aunque deseen de todo corazón el poder ingresar en la cofradía de los “beati possidentes”.

Esta (digamos) promoción se hace constantemente en ambos sentidos, aunque a escala reducida. Por una parte, los manirroto dilapidan lo que tienen y caen en la región tenebrosa de la plebe; y por el otro lado, los que suben de la nada hasta la opulencia. Pero esto último es muy difícil, y exige aptitudes muy especiales que ordinariamente nada tienen que ver con la honesta laboriosidad. Yo no llegaré a decir, cómo San Jerónimo, que todos los ricos son ladrones o hijos de ladrones. Y no porque yo pretenda desautorizarlo, sino porque estas afirmaciones universales me parecen (por lo menos) sospechas. Como si alguien dijera que todos los ricos son unos santitos, o hijos de santitos.

El hecho es que existen pocas, muy pocas, esperanzas de llegar a ser rico para el que no tiene nada, Cuando las leyes no estaban codificadas con la perfección que alcanzó el Derecho Romano, había más posibilidades para encontrar un camino que llevara a la opulencia.

La noción primitiva de los “cambios” fue impuesta por la exigencia natural de satisfacer las propias necesidades, y mientras el intercambio se hacía a base de objetos útiles debió ser muy difícil hacerse potentado.

La introducción de este elemento maravilloso que es el dinero (no se olvide que tiene cara y cruz) cambió la situación radicalmente, aunque la evolución debió durar muchísimos años. No es éste lugar a propósito para meternos en estas historias. Quiero decir únicamente que el intercambio ya no tenía únicamente como finalidad el hacer pasar a mi poder unos objetos que otros tenían y que a mí me hacían

falta, sino el hacer pasar a mi bolsillo unos dineros que estaban en los bolsillos de los demás. La tendencia de ver el propio bolsillo rebosante de signos monetarios la llevamos todos (y aquí sí que no me cuesta nada universalizar y escribir TODOS), ya que ésta es una tendencia innata en el hombre, que los “técnicos” designan con la expresión: Concupiscencia de los Ojos.

El Derecho Romano codificó esta tendencia a su manera, distinguiendo marcadamente la dirección de abajo a arriba, y la de arriba a abajo. Arriba están, naturalmente, las clases altas, y abajo las clases bajas. Así es como todavía se habla; unos dos mil años después de Cristo. Todo está bien ordenado para que las monedas pasen sin dificultad de los múltiples bolsillos exhaustos a los pocos bolsillos espléndidos; y todo son restricciones para la dirección contraria.

Para que el dinero pase del bolsillo de los de arriba al de los de abajo, estos han de entregar objetos que han elaborado, o servicios. Y los de abajo no tienen otro camino, normalmente, para poderse ver dueños de un poco de “calderilla” siempre escasa y siempre sometida a la Ley de Bronce. Esto es lo que pasa ahora; en tiempos de Dimas la cosa era mucho más dura, a causa de la esclavitud.

En cambio, el Derecho Romano codificaba una serie de derechos de los de arriba para hacer pasar a su bolsillo el dinero de los bolsillos de los de abajo, sin obligación de dar nada tangible como contrapartidas ahí están los tributos, los diezmos, los censos, los permisos, los arrendamientos, los consumos... y un poco más abajo estaba el comercio. Así el pueblo quedaba organizado en dos estamentos: el de los productores, que casi no consumen; y el de los consumidores, que casi no producen. Y como estos últimos son los que han ido haciendo las leyes, y son los que disponen de la fuerza, desde el Derecho Romano para acá...

Yo no quiero ir a favor ni en contra de todo esto en estas páginas. Yo solo quiero indicar que esto podría ir bien si el Derecho Romano fuese capaz de extirpar la concupiscencia de los ojos de los de abajo. Y no creo que haya ningún entusiasta del Derecho Romano que llegue a afirmar esto...

Siempre se ha intentado lo que se llama la educación del pueblo, a base de ciudadanía, patriotismo, cumplimiento de los propios deberes,

civismo, buena educación, resignación... pero la concupiscencia de los ojos de los de abajo sigue intacta, exacerbada por el espectáculo concupiscente de los de arriba.

El Derecho Romano da esto, y no puede dar más que esto. Con todas las variantes y versiones que nos ofrece la historia en los diversos países que han mantenido estas normas que regulan el paso de los signos monetarios de unos bolsillos a otros.

Siendo la naturaleza humana como es, la aparición del ladrón en las sociedades más o menos tocadas por el Derecho Romano, no puede considerarse como un monstruo, sino como un hijo natural y legítimo. Sale, ha de salir, espontáneamente. Si los de arriba exigen dinero para que los de abajo puedan conservar la nacionalidad, albergarse (como sea) en una casa, poder trabajar (como sea), tener cierto orden en la calle... la tentación es demasiado fuerte para que algunos de abajo piensen (en el caso-límite) en enfrentarse con alguno de los de arriba, presentándole el dilema de: la bolsa o la vida.

Ésta es la forma más elemental y primaria. El número de variantes y de matices es incalculable; lo mismo que pasa con los procedimientos para que los de arriba puedan hacer pasar a su bolsillo los dineros de los bolsillos de los de ABAJO. La única diferencia es que los de arriba están siempre perfectamente dentro de las leyes (que ellos mismos han hecho) y son declarados bienhechores del pueblo, impulsores del progreso, creadores de riqueza, fuerzas vivas, etc., etc. y los otros son declarados ladrones, y perseguidos, y capturados por todos los medios que puedan resultar eficaces.

Lo que califica un robo como tal robo, no es simplemente el hecho de apoderarse de bienes ajenos sin contrapartida; lo que escandaliza y hace movilizar todo lo movilizable es cuando uno de más abajo se apropia bienes de uno de más arriba.

Si un necesitado se apropia de unos quilos de patatas de otro necesitado vecino suyo, la máquina de la justicia se negará a ponerse en marcha si este último presenta una denuncia; le dirán que esté al tanto, que así no lo sucederán estos contratiempos, que vigile, etc., etc. Pero si las patatas han sido sustraídas a un tendero, la cosa ya es seria, y no puede quedar sin castigo ¿dónde iríamos a parar? Pero la cosa es grave, gravísima, si ha entrado en la casa de un potentado para llevarse

un puñado de patatas, aunque no haya encontrado ninguna. No importa; aquí concurren todas las agravantes, y el castigo necesariamente ha de ser ejemplar; muy ejemplar. Para el bien común, naturalmente...

Y basta ya de todo esto; que únicamente lo he presentado como preludeo de un intento de análisis de las diversas clases de ladrones (siempre de abajo a arriba) para intentar aclarar, si ello es posible, qué clase de ladrón era Dimas.

Los ladrones más criminales son los que sistemáticamente matan para robar. Quizá pretenden con ello aumentar la seguridad de no ser descubiertos...

La psicología de estos delincuentes, que hasta tal punto desprecian la vida ajena, tiene que ser de una elementalidad selvática total. La ferocidad y el egoísmo han de ser sus dos principales características inevitables.

No voy a entretenerme más en esta variedad de ladrones, para poder afirmar categóricamente que Dimas no era ninguno de estos. Su comportamiento en la cruz es ampliamente suficiente para afirmarlo con seguridad. Metafísicamente no puedo negar que tales ladrones también pueden convertirse, pues la Sangre de Cristo da para esto y para mucho más. Lo que digo es que, en tal caso, lo del Calvario habría ido de otra manera.

Nada tengo que decir de los que mataban para robar en las guerras. Esto no era ningún delito, sino que entraba de lleno dentro de la regla del juego. Esto lo hacían todos, con una admirable tranquilidad de conciencia, y si Dimas hubiera sido uno de estos, no le habrían condenado a muerte.

Hay ladrones que únicamente quieren robar, y les repugna el homicidio; pero que lo cometen cuando creen que lo exige su propia defensa. Y van provistos de armas apropiadas, por si acaso...

La ley inglesa supone que todos los que entran en una casa que no es la suya, sin que los habitantes les hayan abierto la puerta, son ladrones de esta especie; y si los cogen terminan con el lazo corredizo en la garganta. No importa que hayan realizado su "obra artística" con toda tranquilidad, sin molestar ni ser molestados por nadie; los jueces están seguros de que no han asesinado por falta de ocasión, pero no por falta de ganas, pues iban provistos con las herramientas necesarias para

matar. Y un hombre así, dicen, no puede vivir entre los demás, ya que si no la hizo hoy, la hará mañana. Y... ¡a la horca!

Por esto los “chorizos” ingleses, (o que “trabajan” en Inglaterra) en variedades de “espadistas”, “palquistas”, etc. antes de operar se cachean meticulosamente a sí mismos, para no llevar encima ningún objeto que de cerca ni de lejos pueda servir de arma mortífera; ni siquiera una hoja de afeitar. Entonces, si los pillan, han de ser creídos cuando afirman que únicamente querían robar. Y el simple robo no lleva nunca consigo la pena de muerte.

Parece que esta clase de ladrones que no matan si no es en casos extremos, pero no por sistema, ha sido siempre la más numerosa; y cuando se habla de bandoleros se piensa en estos en hombres que se dedican al robo en despoblado, y que no sienten demasiados escrúpulos en maltratar, y aún matar, cuando su víctima es poco “cómoda”.

Nuestro Señor, en la parábola llamada del Buen Samaritano, pone en escena a un grupo de ladrones de estos, que robaron al desventurado viandante, y lo maltrataron, dejándolo medio muerto en la vera del camino. Pero no lo mataron del todo, sino que quedó medio vivo; por esto el samaritano pudo neutralizar la fechoría de los ladrones; y por esto Jesús pudo contarnos este hecho tan sencillo y tan cargado de sentido.

Analizando este hecho según la jurisprudencia de los países que se basan en el Derecho Romano, no hay duda de que si los ladrones hubieran sido detenidos, se les habría acusado de robo en despoblado, con la agravante de lesiones. Pero si no hubiera pasado el samaritano, el mismo hecho hubiera venido agravado, no por lesiones, sino por homicidio. Su delito era idéntico que en el caso del viandante restablecido, pero el castigo habría sido diferente.

Aquí quizá sea interesante traer a colación la diferencia de criterio que existe entre los países germánicos y los que se basan en el Derecho Romano. Para estos últimos la brutalidad es una agravante del hurto, mientras que la “finura” es un atenuante; y si el hacer pasar al propio bolsillo los dineros de los bolsillos ajenos se hace según ley, el que esto hace no solamente no es considerado como un malhechor, sino que se hace digno de la admiración y la envidia de casi todos.

El criterio germánico es todo lo contrario. Un robo en el que

ha habido lucha, y ha ganado el ladrón, tiene muchas atenuantes, pues puede considerarse como un “match” en el que gana se lleva el premio; se puede ver cierta nobleza en el atacar de frente, y con riesgo propio. En cambio, los robos con fraude, engaño, abuso de confianza, y cualquier otra forma de traición, creen que son los que reclaman la máxima severidad, de la ley, ya que el dejar que gente así anden sueltos por la calle es una auténtica calamidad para el pueblo.

Yo no quiero tomar partido por los unos ni por los otros; el que lee que tome el partido que le parezca. Y tanto si prefiere lo uno, como si es partidario de lo otro, siempre encontrará argumentos grandilocuentes para defender su posición, en los que podrá “meter” los grandes vocablos de: grandeza de la patria, progreso, defensa del orden, libertad, justicia, etc., etc.

Nótese, de paso, que las lesiones, incluso en el caso extremo del homicidio, no son una cosa muy grave cuando no van acompañados de robo, en los países influenciados por el Derecho Romano. Los crímenes llamados pasionales, derivados de relaciones torcidas entre hombres y mujeres; las venganzas, las riñas, los odios y rencores... encuentran siempre “comprensión”, por no decir simpatías y justificaciones. Las mismas lesiones, en cambio, se hacen intolerables, y llevan la criminalidad al grado sumo cuando hay pesetas por medio. La cosa es así, pero no se acostumbra a presentar así. Quiero decir que cuando hay robo con violencia el acento no se pone en el robo, sino en la violencia, exigiéndose para el violento la pena máxima de la ley; y parece que “la gente” se estremece de la maldad del violento mucho más que por su apetencia de los bienes ajenos.

La benevolencia popular por el asesino-no-ladrón quedó bien patente en la Pasión de Nuestro Señor, en el episodio de Barrabás. Éste estaba preso por homicidio y sedición; y nadie sintió ningún escalofrío al pensar que Barrabás circularía de nuevo libremente por la calle.

En cambio, si entre las maldades de Dimas hubiera figurado algún homicidio, es segurísimo que su calificación no habría sido de malhechor, sino de asesino. Quizá alguien se extrañe de que solamente por robar lo hubieran mandado al patíbulo; la ley de Talión no permitía cosa semejante... Ya he dicho antes que esta ley estaba en vigor entre los judíos y otros pueblos orientales, pero que el Derecho Romano la había

perfeccionado mucho, en cierto sentido.

Todas estas consideraciones me hacen tener, la seguridad moral (que desgraciadamente no puedo “traspasar” al que lee) de que Dimas no fue asesino, ni siquiera de manera accidental. Me ha bastado tener en cuenta los hechos, los criterios, y los usos y costumbres de entonces. Que no eran excesivamente diferentes de los de ahora.

Si hasta aquí hemos llegado a la conclusión de que Dimas no pertenecía a la categoría de los ladrones violentos, ahora nos conviene explorar algo en el compartimento de la no-violencia, en sus diversas modalidades sustractivas.

Ya he dicho antes que el robar lo poco que tienen a los que tienen poco no se consideraba antes (ni ahora) como algo que merezca la pena de “molestar a los hombres encargados de la “justicia”. Tales hechos no ponen en peligro nada de lo que se considera más santo y más sagrado; y ya se entiende que santo y sagrado con minúsculas es lo que se refiere al culto del Becerro de Oro. Aquí puede pensarse en lo revulsivo que es el mensaje evangélico en relación con los criterios corrientes, recordando la escena del óbolo de la viuda. Si el que dio más fue que dio menos, pero lo dio todo, a quién se roba más es a quién se roba menos, si se le roba todo.

Los pequeños comerciantes, los pequeños industriales, el pequeño pueblo, que espabilen y no duerman, que estos incidentes les son muy útiles para aprender a vivir, si no saben. Estaríamos apañados si por cosas que no van ni vienen hubiera que poner en marcha la gigantesca y complicada maquinaria del bien común. Ya que el bien común ha de ser el bien de los que tienen bienes; los que no tienen bienes, o tienen muy pocos, que vigilen por su cuenta, y que se arreglen como puedan, pero cuidando muy mucho de no molestar a los peces gordos.

Si Dimas se hubiera, “especializado” en robar a los minus habens, ni con fundamentos del Derecho Romano, ni con cualquier otro Derecho elaborado por hombres, habría merecido la pena de muerte. Esto parece evidéntísimo.

La técnica. Todas las técnicas progresan, y no podía ser una excepción el ramo de los que intentan hacer pasar a su propio bolsillo los signos monetarios que están en otros bolsillos.

Ya he dicho antes que este desplazamiento sólo es delictivo cuando se hace pasar de los bolsillos repletos a los bolsillos exhaustos. En la otra dirección todo se justifica, en el sentido estricto de la palabra. En cierta ocasión me presentaron a un “señor” que era todo un caso. Ya murió, y que Dios le haya perdonado. En la región más olivarera de España era fabricante de aceite, para lo cual compraba aceitunas a los “pequeños” olivareros. Esto no tiene nada de particular; lo bueno viene ahora. La báscula estaba mal afinada, a su favor, ¡naturalmente! Él no se recataba de ello y decía a los infelices que habían sudado aceitunas:

-A tí dos o tres pesetas de menos no te hacen ir mejor ni peor; no valen la pena. Pero para mí, con los millares de pesadas que hago, fíjate si tienen importancia. Así, sacrificándose cada uno un poco, es cómo pueden hacerse cosas grandes, o incluso grandiosas.

Respecto a la técnica de rellenar bolsillos llenos, no quiero decir más de lo que he dicho: que ha avanzado mucho, y que no pueden extrapolarse los métodos de ahora, tan científicos (!) a los tiempos mesiánicos, tan elementales y primarios.

La técnica de dar consistencia a los bolsillos mustios, a base de trabajo honesto y dentro de la legalidad, ha cambiado muy poco, como es natural; ya que entonces como ahora y siempre, los que estructuran la “legalidad” siguen siendo, en términos generales, los de los magníficos bolsillos.

En cambio, ha dado un gran avance la técnica de los partidarios de la transferencia directa y sin intermediarios, de los bolsillos llenos a los bolsillos vacíos. Este adelanto, precisamente, ha dado origen a un nuevo género literario desconocido, no solamente en tiempos de Dimas, sino hace escasamente cien años: la novela policíaca.

Creo que sería una verdadera miopía intentar presentar a Dimas como un “genio” de la sustracción, que, avanzándose a su tiempo (como todos los verdaderos genios) intuyen aquello que exigirá muchos años para llegar a ser del dominio público.

No. Yo estoy plenamente convencido de que Dimas fue un hombre de su tiempo, sin ser un genio ni un atontado. Uno de tantos.

Hay otro aspecto en el que se pueden observar diferencias notables entre aquellos tiempos y estos: los bienes del común. No es que entonces no hubiera bienes comunales, no. Precisamente los

bienes fueron todos comunales antes de que se inventara el hacerlos particulares. Entonces, como ahora, eran comunales las calles, las carreteras, los templos, las fuentes públicas,... cosas todas que no es menester, guardarlas para evitar que los ladrones se las lleven. Pero ahora hay una cosa que antes no existía, llamada presupuesto, que son una cantidades enormes de dinero, que en teoría son de todos, pero que en la práctica...

El presupuesto se halla situado entre los de arriba y los de abajo. Todo son facilidades para que los dineros del presupuesto vayan de abajo a arriba, siguiendo la regla del juego de los países llamados civilizados. Para que los dineros del presupuesto vayan a los bolsillos de los de abajo, estos han de entregar siempre mercancía o trabajo, como contrapartida. Cuando los de abajo quieren “pringar” sin este requisito, lo acostumbran a pagar carísimo, en nombre de los sagrados intereses de la patria, de la moralidad pública, del bien común, etc.

El asalto bien hecho al presupuesto no se hace nunca individualmente, ni con violencia, sino en cuadrilla y con toda legalidad y honorabilidad. El ir a Misa, por ejemplo, no está nunca de más. A veces en la cuadrilla se precisa gente de abajo, que se contentará con las migajas si la cosa va bien, pero que serán las cabezas de turco que pagarán el “pato” si van mal dadas.

Estas cosas tan corrientes, que todos sabemos de memoria, hasta creer que son naturales, no las podemos aplicar veinte siglos atrás, porque entonces las cosas iban muy diferentes. Es cierto que entonces se pagaban contribuciones, tributos, diezmos, tercias, alcabalas y cargas de todas clases, por el estilo de ahora, pero todo esto no iba a parar al fondo común, sino al fondo del rey, que era una persona concreta, una de cuyas principales funciones era la de hacerse con mucho dinero, y otra el hacer las leyes para tenerlos, y evitar que nadie se los quitara.

En los hechos que cuenta Flavio Josefo, y que han podido leerse en la Sección Primera, se ve bastante bien que la cosa iba así, aunque faltan detalles de cómo funcionaba todo esto. Porque da vértigo pensar en las cantidades descomunales que gastaba y que guardaba el rey Herodes el Grande, estrujando un país reducido y árido casi todo él.

Ésta es, pues, la gran diferencia entre aquellos tiempos y estos. Entonces los bienes del rey se encontraban en una situación

de privilegio en relación con los bienes de otras personas; y el atender contra ellos no era solamente un robo, sino un crimen de lesa majestad. Se podría hacer una escala de valores (o de anti-valores) de robo. El máximo delito era el hincar las uñas en los bienes del rey, e inmediatamente después en los bienes de su familia y de su alrededor, que eran como su prolongación. A continuación los de los delegados y representantes del rey, tales como los que mandaban soldados y los que gobernaban regiones, ciudades, o pueblos. Después los de los ricos, en proporción a su riqueza. Los pequeños en esto (y en bastantes otras cosas) quedaban fuera de serie. En cuanto a los esclavos, para carecer de otros derechos, no tenían siquiera derecho a la vida.

Con estas consideraciones, me parece que no puede extrañar a nadie que un ladrón-no-violento hubiera sido condenado a muerte. Todo dependía, no de lo que hubiera robado, ni de cómo lo hubiera robado, sino de a quien lo hubiera robado.

Los ladrones de hoy sienten una preferencia irresistible por el papel-moneda. También cogen joyas, aunque saben muy bien que llevan muchas complicaciones (si no son especialistas). Además, ¡dan cada gato por liebre! En cuanto a robar objetos de valor no intrínseco, como objetos artísticos, históricos, o arqueológicos, etc. ya no suele ser tarea de ladrones profesionales (a no ser que “trabajen” por encargo), sino de aficionados o de maniáticos.

En los tiempos en que Dimas operaba, ni siquiera habían soñado con los billetes de Banco, y supongo que su atención se concentraba en primer lugar en el oro y la plata acuñados, después en los objetos hechos con estos metales, y finalmente, ciertas joyas. Me parece que todo lo demás, en general, lo dejaban donde estaba.

Actualmente, para la tranquilidad de los beati possidentes, existen las cajas fuertes domésticas y las cajas acorazadas de los Bancos, que suelen funcionar bien.

En aquellos tiempos se desconocían estas maravillas de la mecánica, y los que tenían bienes también tenían canguelo. Hemos visto, por el testimonio de Flavio Josefo, que los reyes tenían sus tesoros en lugares determinados, guardados por soldados, que seguramente estaban muy seleccionados. Los ricachones debían confiar su custodia a esclavos “de categoría” con buenos puños, y de probada

fidelidad. Y no me cabe duda de que una gran parte de los tesoros se confiaban a buenos escondrijos.

Estos eran los puntos fuertes, que no debían fallar demasiado mientras los tesoros estaban inmovilizados. El punto débil aparecía cuando había que transportarlos de una parte a otra, para que pudieran cumplir su misión específica.

Los optimistas debían aventurarse solos, quizá malamente vestidos, para despistar, como es posible que le ocurriera al desdichado de la Parábola. Con frecuencia debían ir en grupos a los mercados y ferias, para defenderse mutuamente. Y cuando la cosa era importante, los soldados, o esclavos armados, debían responder del feliz viaje.

Pero en todos estos casos el peligro estaba en los descampados, más o menos desérticos, expuestos a un ataque súbito, en los que únicamente podía contarse con las propias fuerzas para defenderse. Sin telégrafo ni teléfono, con medios de transporte paralíticos, todas las ventajas eran para los bandoleros; ventajas que hoy ya no existen, y que seguramente han determinado su extinción, derivando hacia el gangsterismo y otras formas más civilizadas.

Los bandoleros tenían a su favor la iniciativa, ya que no daban el golpe si no lo veían claro. También sacaban partido de los efectos de la sorpresa, ya que cuando los “portadores” volvían en sí, ya estaban plumados. Claro está que, a veces, la sorpresa debía ser para los ladrones, si creyeron que se trataba de un grupo pacífico y asustadizo, y se encontraban con soldados camuflados. Ya se comprende que esta aventura, como todas, podía tener su cara y su cruz.

También se comprende, por aquello de la ejemplaridad, que a los que pillasen no los trataran con demasiadas consideraciones. El método más sencillo, expeditivo y barato era “liquidarlos”. Y cuanto antes, mejor.

He dicho, al hacer la ficha de Dimas, que no creía que fuera salteador de caminos, primero porque iba solo, y después porque no se habla para nada de homicidio; y esto me hace descartarlo de esta categoría.

Queda otra variedad de ladrones que no emplean nunca la violencia, y son los que desentierran tesoros escondidos. A estos se refería el Señor cuando recomendaba a los suyos que no enterraran

tesoros, que el orín corroe, y los ladrones descubren y se llevan.

En esta categoría hay que distinguir, más que en ninguna otra, los que son profesionales, de los que son ladrones por casualidad. Ya que muchas veces ocurre que se encuentran cosas sin buscarlas. ¿Y qué hay que hacer, sino aprovechar la “ganga”? También puede darse el abuso de confianza, haciendo que sea otro el que cargue con el mochuelo. Cada caso es cada caso, y no tengo intención de meterme por estos derroteros, que no me llevarían a ninguna parte. Lo que quiero es fijarme en los profesionales de esta clase de hurtos, que quizá sería mejor llamarlos apropiaciones.

El esconder objetos y el encontrarlos constituye la base de innumerables juegos infantiles, que se han practicado en todos los tiempos y en todas partes. A veces lo que se esconde no es ningún objeto, sino el mismo niño; y a esto se llama jugar al escondite. Y no creo que en ninguna parte se haya levantado ningún moralista a denunciar estos juegos, culpándolos de socavar los cimientos de la sociedad. Se trata, simplemente, de una competición entre unos que ponen en juego sus aptitudes de “ocultadores” y otros que presumen de “descubridores”. Y nada más. Es muy natural que el que gane se llevé el premio, que muchas veces es el mismo objeto escondido; caramelos, juguetes, monedas, etc.

Ocurre con esto como en otras aptitudes humanas; que unos están mejor dotados que otros. Hasta los casos extremos, en que unos son verdaderamente geniales, y otros son una pura birria.

Si pasamos de los juegos infantiles a las tareas de los adultos, nos daremos cuenta de que los policías que hacen registros, ya sea en las Aduanas, o en los domicilios particulares, hacen en serio aquello mismo que los niños hacen para jugar. En estos casos también se trata de una competición entre unos que buscan y otros que han escondido.

Existen otros buscadores de cosas escondidas, que se diferencian de los anteriores en que las cosas que buscan no las ha escondido nadie. Son los famosos “buscadores de oro” en todas sus versiones posibles. Y estos no son considerados como malhechores, sino todo lo contrario. En muchas naciones, una buena parte de su riqueza proviene de hallazgos afortunados de estos aventureros.

Tanto en unos casos como en otros, la técnica constituye una

ayuda muy valiosa a las aptitudes naturales. La técnica psicológica, particularmente el conocer los reflejos espontáneos ante situaciones precisas, ayuda en gran manera a los policías en su tarea. Por ejemplo: cuando registran una casa en presencia del habitante, saben bien que cuando éste no se siente observado mira instintivamente hacia el lugar donde se oculta el objeto de la pesquisa. Por esto hacen como que buscan, pero en realidad lo único que les interesa son los ojos “del otro”. También saben que cuando un ahogado aparece descalzo, hay muchas probabilidades de que se trate de un suicidio; pero si está calzado, es casi, seguro de que se trata de un accidente o de un atentado. No tengo por que hablar más de estas cosas; lo he dicho solamente para destacar la importancia que tiene la psicología como auxiliar de los que buscan objetos (o hechos) escondidos.

Para los que buscan tesoros naturales, la técnica geológica junto con ciertos aparatos (por ejemplos el contador Geigy para los que buscan minerales radioactivos) les son de una gran utilidad, si no quieren ir a ciegas. En todo lo que estoy diciendo, tanto en los juegos de niños como en las investigaciones de los adultos, no hay nada que sea punible, sino todo lo contrario.

Ahora quiero hablar más extensamente de la variante que consiste en ocultar los propios caudales por una parte, y el buscarlos para apoderarse de ellos por otra. Lo haré con una gran libertad de espíritu, por el hecho de que esta práctica ha caído en desuso después de que los metales preciosos ya no se utilizan como moneda corriente, siendo sustituidos por papeles y por otros metales, que no me atrevo a llamar viles, porque no lo son. A estas horas ya no se le ocurre a nadie el esconder billetes de Banco bajo tierra, o por las paredes, en primer lugar por el gran riesgo de que se pudran, y después, que para esto están los Bancos.

Por estas razones, no temo que nadie se escandalice por lo que voy a decir. Cono se trata de cosas que ya no pueden pasar...

El hombre que ocultaba dinero en un escondrijo que él sólo conocía, declaraba con este hecho que tenía a todos los demás por ladrones en potencia. Cuando escribo estas líneas, hace poco que he leído el hecho siguiente, ocurrido en Escocia:

Hace bastantes años que un hombre tenía escondida una buena

suma de dinero, y así lo manifestó a su hijo, añadiendo que no le diría el lugar hasta que fuera a morir. Pero entre las aptitudes de los escoceses no figura la de poder hacer planes válidos para la hora de la muerte, y este escocés murió sin decir donde estaba el “paquete”. Su hijo lo revolvió todo, y murió de viejo sin haberlo encontrado. Y ahora el nieto, ya entrado en años, y cuando ya hacía bastantes que no buscaba, al hacer obras para abrir una ventana, se encontró con el tesoro del abuelo dentro de la pared.

Todos conocemos historias por el estilo para que haga falta insistir más. Pero quiero remarcar el movimiento espontáneo de antipatía que se siente ante los ocultadores de dinero, que no se fían de nadie, ni del hijo, como el escocés del hecho referido. Uno siente que ante esta desconfianza universal también entro yo y, verdaderamente, no me hace ninguna gracia.

Cuando alguien se encuentra con que aquel (o aquellos) en quien había depositado su confianza, le ha traicionado, todos sentimos espontáneamente un movimiento de repulsión hacia el traidor y de simpatía para la víctima, junto con el deseo de que aquel sea castigado y de que éste quede indemnizado. En cambio, cuando el contratiempo llega a aquel que desconfiaba de todos, lo primero que nos viene a la boca es decir: -Le está muy bien.

Por otra parte, cuando alguien ocultaba dinero, tanto en los tiempos apostólicos como después, mientras esto se ha hecho, puede decirse que sin palabras, pero con los hechos, el que esto hacía desafiaba a toda la humanidad, diciendo:

-Tengo unos dineros que son bien míos, pero sé que todos los deseáis. Vamos a ver quién es más listo: yo para esconderlos, o vosotros para encontrarlos.

Como en los juegos infantiles, se comprende que muchos no quieren jugar, y no se preocupan de esto para nada. Pero también se comprende que otros se sintieran estimulados al ver que se ponían en duda sus aptitudes detectoras. Y, casi sin darse cuenta, se encontraban enredados en un juego que podía acabar mal.

Ya que en este caso, como en los demás juegos, lo más apasionante es el desenlace. Si el escondite no se descubría, no pasaba nada. Pero en caso contrario, ¿de quién era la “tajada”? Ya sé que

las leyes humanas declaran que era de su amo, y si el “buscador” se quedaba con ello se le declaraba ladrón. Pero, ¿es justo esto?

Lo que no es de nadie pertenece al que lo encuentra, tanto una mina desconocida, como un invento, como un conejo en un monte no acotado.

Para los que encuentran objetos perdidos, u olvidados, la ley de muchos países manda que se depositen en un lugar “ad hoc”, donde estarán a la disposición de quienes los perdieron durante cierto tiempo. Transcurrido éste, pasan a ser propiedad de los que los encontraron. Si después del tiempo establecido por la ley (tiempo de prescripción) se presentan sus dueños, han perdido todos sus derechos. La “cosa”, ahora, ya pertenece totalmente al que la encontró, y la ley le ampara plenamente. Estas cosas todo el mundo las encuentra normales y recomendables, y los moralistas no encuentran ninguna objeción.

Ahora yo pregunto (y me limito estrictamente a preguntar; el lector pondrá la respuesta que más le guste):

-¿No constituye una verdadera proscrición el hecho de abandonar voluntariamente unos dineros en un lugar insólito? ¿Qué más da que se encuentren al cabo de diez minutos que al cabo de diez mil años ? Si la proscrición funciona para los descuidos involuntarios, ¿por qué no ha de ser fulminante para el que esconde voluntariamente lo que sea, en un acto de desconfianza hacia las leyes y hacia los hombres?

Como esta tentación de esconder cosas todos la hemos tenido (me parece) y todos hemos caído en ella más o menos veces, y posiblemente no nos arrepentimos, sino que nos consideramos plenamente justificados porque los demás son malos, es fácil que esta pregunta parezca insólita, si no escandalosa. Pero la respuesta que yo pido no es subjetiva, sino objetiva. Si puede ser...

Queda todavía un aspecto deportivo en todo esto. ¡Qué lástima que en los tiempos de los deportes ya no se entierren tesoros! Se trata de una lucha ingeniosísima entre uno que vive intranquilo y en una desazón constante por el temor de que le quiten lo que tiene (éste es un jugador), y otro que vive intranquilo y en una desazón constante porque no tiene nada (éste es el otro jugador). No se permite ninguna violencia; juego limpio. Empieza el match.

Si gana el que escondió, su premio sera el descanso y la

tranquilidad de saber que “aquello” está fuera de peligro; el que buscó se quedará muy confuso, con el rabo entre piernas, viendo que sus esfuerzos han sido inútiles. El otro era de más categoría. Con esta alternativa todos están conformes. ¿Por qué, pues, no han de estar conformes cuando el de más categoría es el que busca?

El esconder dineros es un arriesgarse a un juego (que si no está prohibido por las leyes, tampoco está recomendado) y ya se sabe que en todos los juegos se puede ganar y se puede perder. Y el buen jugador es el que tan buena cara pone cuando pierde como cuando gana. ¿Por qué en este juego siempre ha de ganar el mismo, y cuando gana el otro se le declara malhechor?

En el ramo de los buscadores los hay que se mueven según arte, y otros según natura. Y los mejores son los que conjugan ambos aspectos. Esto es tan verdad para los que buscan setas como para los que buscan fragmentos escriturarios en el Qumram, así como para los que buscan cosas que no han existido nunca, como es el caso de los inventores del Sputnik nº 1.

Sherlock Holmes sería el caso extremo de los que buscan algo contando únicamente con la técnica y con la lógica, y que siempre gana. Esto solamente pudo existir en la fantasía de Conan Doyle; la verdad es siempre que la técnica ayuda a la naturaleza, pero no al revés... Ni puede la Técnica suplantar los dones naturales.

Esto se ve clarísimo en esta nueva técnica que se llama Radiestesia, y que ahora está en sus balbuceos. Cuando (por ejemplo) una persona cualquiera pasa por encima de una corriente de agua subterránea, en general no sentirá ninguna sensación insólita. Pero cuando un zahorí pasa por el mismo lugar experimenta reacciones especiales, sin que ello sea fruto de una preparación, o de un adiestramiento previo. De una manera natural y espontánea aparece esta sensibilidad en unos, y no hay manera de provocarla en otros. Es muy fácil que muchas personas mueran de vejez sin haberse percatado de facultades que tenían, a falta de una oportunidad que las pusiera de manifiesto.

Se dice que todos los zahoríes son asimétricos, y esto quizá signifique que estas cualidades procedan de defectos de construcción. Quiero decir que es posible que el hombre bien normal (si existe

alguno) sea neutral respecto a todo aquello que escape a sus sentidos; pero que ciertas anormalidades lleven consigo una sensibilidad exacerbada ante determinadas excitaciones. Así podría explicarse la especialización espontánea de los zahoríes. En todo lo que voy diciendo, me refiero únicamente al orden físico; si me enredara en el metafísico me abocaría en el espiritismo, y no tengo ganas de despistarme.

Sea como sea, y opinándose lo que se quiera respecto a la pretendida ciencia de la Radiestesia, nadie puede negar el hecho de los zahoríes en sus diversas modalidades, ni nadie puede negar tampoco que al lado de zahoríes de pacotilla los hay que son verdaderamente extraordinarios.

Me parece captar el pensamiento del lector, que empieza a impacientarse, y se pregunta qué tienen que ver todas estas monsergas con el Buen Ladrón.

Si he hablado de todo esto ha sido para dar consistencia a mi convicción de que Dimas fue precisamente un desenterrador de tesoros escondidos. La pista la encontré al final de su vida (que es lo único que sabemos con certeza) y en estas páginas no he intentado hacer otra cosa que seguirla.

Quisiera ahora poner de manifiesto las tretas que utilizan respectivamente los que ocultan y los que buscan, en este deporte apasionante... que nunca se competirá en las Olimpiadas.

El que esconde se vale fundamentalmente de la técnica. Antes de soltar su “paquete” en un lugar adecuado, se ha pasado muchas horas cavilando. Es seguro que nunca lo hace movido por un primer impulso. Busca, antes que nada, un lugar y una “mise en scène” que deje muy atrás la fantasía de los más alocados; que nada haga suponer que allí debajo o allí dentro pueda haber nada que valga nada. Es casi seguro que el que esconde ganaría siempre si el que busca no dispusiera de otras armas que el cavilar. La razón es sencillísima; el que oculta busca un lugar, y el detector ha de buscar todos los lugares, la desproporción sería demasiado grande. Quizá en un caso el que busca podría tener éxito, empleando la técnica psicológica, si fuese capaz de captar la mentalidad del ocultador, y rehacer su mecanismo mental hasta llegar al hecho. Pero esto exigiría ser “un hacha” de la ciencia psicológica, Y

cuando se es tan sabio se mata el tiempo en otras actividades. Aparte de que la psicología, como ciencia, ha hecho su aparición por las mismas fechas en que han desaparecido del planeta los enterradores de tesoros; esta raza extinguida, de la que deben quedar poquísimos “fósiles” enterrados.

El “buscador” no cavila quieto, sino que se mueve sin descanso. Va de un lado a otro impulsado por una voz interna mal localizable que le va diciendo:... sí... no... quizá... Hasta que le dice: -¡SÍ! Y ya está.

Para mi uso particular, me complace imaginar a Dimas como a un superdotado en el arte de detectar tesoros ocultos.

Es ciertísimo que no lo puedo probar categóricamente. Pero no es menos cierto que nadie puede probar categóricamente que no lo fue. En esto estamos empatados. Pero yo tengo la ventaja de una serie de indicios (que he ido exponiendo en las páginas anteriores, y se continuarán en las páginas siguientes) que lo hacen, no solamente posible, sino probable.

Por lo tanto, al llegar aquí ya me encuentro en condiciones de poder marcar una trayectoria en la vida de Dimas hasta el momento en que lo capturaron y lo metieron en la cárcel de Jerusalén.

PRIMERA FASE: EL DESCUBRIMIENTO.

El descubrir que se poseen ciertas aptitudes casi siempre es fruto de un puro azar. Unas circunstancias especiales que provocan una situación en que “aquello” que se lleva dentro, sale espontáneamente fuera.

La pérdida de un objeto ordinario, que todos buscan y nadie encuentra, y la llegada de Dimas que lo detecta “de golpe”. El hecho que se repite varias veces con idéntico éxito, y que lo erigen en especialista. Pero siempre con objetos de escaso valor.

Esta fama pudo adquirirla antes, o después, de haber sido reducido a la condición de esclavo. Lo mismo me da. Pero siento cierta inclinación a suponer que fue después.

SEGUNDA FASE: LA EXPLOTACIÓN.

Como los esclavos pertenecían en cuerpo y alma a su amo, y todo lo que “sudaran” era en beneficio y provecho de aquel, se comprende (me parece) que el amo de Dimas utilizara estas aptitudes de diversas maneras; incluso para gastar ciertas bromas a los amigos.

Es muy fácil que en alguna ocasión le hiciera “trabajar”, no en cosas de poco más o menos, sino en asuntos de importancia, en los que todo quedaba a favor del amo; siendo la recompensa del esclavo el que aquel día “cobrase” media docena menos de latigazos.

Lanzado por este camino, no hay ningún motivo para suponer que el amo SE DETUVIERA, o que hiciera marcha atrás, sino todo lo contrario; cada vez buscando trucos nuevos para aprovechar la ganga. Un esclavo así debía ser una verdadera mina para su amo.

TERCERA FASE: LA EMANCIPACIÓN.

Debió llegar un momento en que el esclavo pensara que sería mejor el explotar la mina por su cuenta. Había el pequeño inconveniente de la marca que llevaba en la frente. Pero no olvidemos que en aquellos tiempos, y mucho antes, los “Institutos de Belleza” no quedaban atrás respecto de los de ahora, y que ciertas operaciones todavía hoy nadie sabe cómo las hacían. Si ahora en los Estados Unidos destiñen negros, y les dejan unos cabellos estirados como fideos cocidos (de cabello de ángel), nada impide suponer que entonces dispondrían de cosméticos, ungüentos y pomadas capaces de disimular las marcas de los esclavos, si no es que las borraban del todo. El caso era (y es) ponerse de acuerdo en el precio.

Lo que importaba era dar un “golpe” por su cuenta, y huir muy lejos con el “paquete”. Con un poco de suerte... Y tal como lo pensó lo hizo.

-¿Dónde irás, cuitado? debió preguntarse.

Ya hemos visto que entonces en Tierra Santa había mucho “hule”, y un hombre de sus cualidades podía pasar fácilmente inadvertido, para que no le estorbaran demasiado. Y cuando la cosa se ponía turbia en un lugar, porque ya se fijaban excesivamente en su persona, con desplazarse... asunto terminado.

CUARTA FASE: LA VIDA ZA.

No hay duda (si las cosas ocurrieron así) de que al principio Dimas debía andar con mucha circunspección, tanto en el exhibirse como en el “trabajar”.

Pero poco a poco debió ir cobrando confianza, al ver que todo iba bien.

No hay ningún motivo para suponer que tendría una conciencia muy rígida ni mucho menos. Seguramente que se dejó deslizar por la pendiente de la vida fácil y alegre del que dispone de fondos abundantes; que no conduce precisamente a la austeridad, sino a todo lo contrario: cada vez cosas más difíciles y más caras.

QUINTA FASE: LA HECATOMBE

La necesidad de disponer de cantidades cada vez más crecidas le debió empujar a vaciar escondrijos de “peces gordos” cada vez más gordos, hasta llegar al pez máximo, que allí y entonces se llamaba Poncio Pilato.

Esto por una parte. Por otra parte cabe pensar que los éxitos repetidos harían que cada vez tomara menos precauciones. El tropiezo era fatal e inevitable.

¡Quién sabe si lo pillaron en un hecho de poca monta, y que por esto mismo hubiera descuidado las precauciones más elementales! La hecatombe había de producirse en el momento en que, por cualquier causa, los representantes de la ley de Roma se interesaran por su “hoja de servicios”.

Aquí terminaría este Capítulo, si no fuera porque me parece ver la sonrisa burlona de algunos lectores que piensan que todo esto es “cuento”.

También me parece oír a otros que dicen:

-¡Qué lástima que todo esto haya sido tratado de una manera tan desabrochada! Con los elementos que hay, y otros que se hubieran añadido, podía haberse hecho una vida novelada muy interesante.

Finalmente, temo que algunos vociferarán, escandalizados, con reconvenciones como éstas:

-¡Vaya una Vida de Santo para poner en manos de niños, de jóvenes y de personas piadosas, que son los que han de leer esta clase de libros...!

Antes de terminar el Capítulo, quiero contestarles a los tres.

A los que piensan que todo esto es un “cuento” les diré que, según como se mire, tienen razón. Tienen razón en el sentido de que no me baso en ningún documento histórico auténtico que trate precisamente de estos hechos.

Sin ganas, aquí, de hacer ninguna digresión sobre el valor auténtico de los documentos históricos auténticos (tan escasos) y fieles (tan rarísimos) quiero referirme a la diferencia radical que va de la imaginación a la fantasía.

En primera aproximación puede decirse que la imaginación es la función propia del hombre despierto, y la fantasía la del hombre dormido.

El valor de la imaginación depende del equilibrio a que se pueda llegar entre la intuición y la técnica; cuando esto se produce, la humanidad progresa. Desde la Teología hasta el pocker.

Las “cosas” que uno recuerda, o que uno ve, a veces sugieren y hacen surgir en la mente otras cosas que la mente desconocía. Primer paso: intuitivo. El paso, siguiente consiste en someter la “cosa” intuida a las leyes generales que uno sabe que regulan este orden de cosas. Con frecuencia se ve enseguida que aquella pseudo-intuición no era más que pura fantasía; no hay que pensar más en ello.

Otras veces (pocas) la “cosa” intuida aparece categóricamente como cierta al ser confrontada con la técnica adecuada a ella (de orden físico, o metafísico; es igual). Pero en general se llega a una indecisión, que si se puede convertir en duda metódica, y llevar después a la experimentación, conducirá a poder afirmar, o negar, aquella “cosa”.

Cuando la imaginación funciona bien, lo mismo sirve para crear hechos futuros inéditos, que para re-crear hechos pasados. Cuentan del gran Cuvier que en cierta ocasión encontró una vértebra fósil de una especie animal desconocida. La imaginación (¡no la fantasía!) le permitió dibujar las vértebras anterior y posterior a la que tenía delante de los ojos; y así, paso a paso, reconstruyó todo el esqueleto de aquel animal, del cual solamente conocía un hueso. Descubrimientos

posteriores permitieron comprobar la solidez de la imaginación de Cuvier.

Todos los descubrimientos (digo TODOS) se deben a la imaginación, aún aquellos que parecen hijos del azar, como la famosa rana de Volta, por ejemplo. Si Volta no hubiera tenido imaginación y se hubiera limitado a hacer de profesor, repitiendo y enseñando a repetir lo que está escrito en ciertos libros, nada sabríamos de él; y los conocimientos y la utilización de la electricidad seguramente que se habrían retrasado unos cuantos años.

También puede decirse (me parece) que la imaginación es la que produce la música clásica, y la fantasía el “rock and roll”.

En el terreno de los actos ordinarios de la vida cotidiana, la imaginación tendría que dar constantemente la pauta, y, por poco que nos fijemos, veremos que su funcionamiento es casi nulo. La regla (si a esto se puede llamar regla) no es otra que la rutina, que viene a ser una especie de salto atrás; como si se sintiera la nostalgia del instinto de los animales. Da la impresión de que hemos dejado a la imaginación tirada, como inservible, en el cuarto trastero.

Pues bien; en estas páginas me he esforzado en hacer funcionar la imaginación de que dispongo. Que el funcionamiento haya sido correcto, o no, es otra historia.

A los que habrían preferido una vida novelada, con unos “buenos” muy buenos, y unos “malos” muy malos (si son personas atrasadas), o con unos “buenos” muy malos y unos “malos” muy buenos (si son de la nueva generación), con muchas preguntas y respuestas en el primer caso, y con mucha “problemática” en el segundo, les puedo contestar con las líneas anteriores.

Prefieren la fantasía (que puede ser excelente en ciertos aspectos, como la poesía, los cuentos de hadas, la “libido”, o los dibujos de Walt Disney) como alimento habitual; y yo creo que la fantasía puede ser un postre excelente en una comida de imaginación.

No pretendo imponer a nadie lo que yo pienso (Dios me libre) pero si se me permite, voy a expresar mi convencimiento de que de otra manera estarían los hombres y los pueblos si los esfuerzos que se hacen para imponer y fomentar rutinas y fantasías, se aplicaran al cultivo de la imaginación, dejando la fantasía para los asuetos y los descansos

momentáneos de la bienhechora y menospreciada imaginación.

También estoy de acuerdo (a mi manera) con los que se escandalizan por esta “Vida”. ¡Y eso que todavía no he terminado!

Con su protesta vienen a decir que las “Vidas” que circulan por ahí (dejando aparte todas las excepciones que haga falta) no son “aptas” para personas normales.

A los niños y a los jovencitos (y jovencitas) se las hacen “tragar” por fuerza, como el aceite de hígado de bacalao, porque (dicen) esto les edifica. ¡Alabado sea Dios!

También creen que tales “Vidas” edifican a las personas clasificadas como piadosas. ¡Alabado sea Dios otra vez, y por siempre, amén!

No quiero pregonar aquí a clarinazos lo que pienso. Pero sí quiero decir que las verdaderas Vidas de Santos son la bebida más fuerte y más revulsiva que existe bajo el sol. Ningún Santo ha sido imbécil, ni memo, ni cretino, ni tonto.. Ellos, y únicamente ellos, han encarnado al super-hombre, que en vano buscaba Nietzsche, ya que su vivir encarnaba el vivir de Cristo.

Lo que pasa es que, como en casi todo, aquí también se han invertido los términos. Si la Ascética verdadera consiste en una adaptación progresiva de mi vivir a la Vida de Cristo, la falsa ascética (tan extendida) pretende que sea Cristo quien se adapte y justifique mi vivir.

De la misma manera, si las Vidas de los Santos tendrían que servir de estímulo para que los débiles llegaran a ser fuertes, movidos por el ejemplo de los que son campeones (TODOS) de la virtud de Fortaleza, también se han invertido los términos, y se presentan como Santos por fuerza, que no tuvieron más remedio que serlo, ya que los milagros, los prodigios, las visiones y las revelaciones, los perseguían por todas partes: eran unos “predestinados”.

Como el lector de esta prosa nefasta no ve en sí mismo ninguno de estos signos de predestinación, si es joven habrá de decirse: -Se ve que esto no va para mí; es mejor ir por otro camino. Y si es adulto, y no ha dejado nunca su rutina, se refugiará en una rutina todavía mayor, que le asegure salvar su alma, y que no le vengán con más “cuentos”, instalándose en un formalismo puramente externo, que tanto mal hace

a los que miran la Iglesia desde fuera (ya que estos rutinarios son presentados como modelo de “cumplidores”) y que no sé el bien que pueda hacerles a los interesados.

Pero Dios no abandona (ni puede abandonar) a su pueblo; y frente a esta literatura antitética tenemos la Vida de Cristo, el Santo por excelencia, dictada por Su Espíritu a los evangelistas, así como algunos Santos que nos han dejado escrita su propia “Vida”, como San Agustín y Santa Teresa del Niño Jesús, para citar solamente uno antiguo y otro moderno, que bastan y sobran para encontrar el buen camino a los que con corazón limpio quieran buscarlo.

Los que pongan “pegas” a estas páginas, acusándolas de no ser aptas para menores ni para personas piadosas, si también piensan de manera semejante de las CONFESIONES de San Agustín, porque son “escabrosas” para los unos e incomprensibles para las otras, permítanme que les dé las gracias por su elogio.

Nunca habría podido aspirar a semejante honor.

CAPÍTULO TERCERO. EL SANTO

Lo que sabemos con certeza absoluta referente a San Dimas es lo que refiere San Lucas en estos términos:

<<Y con Él llevaban dos malhechores para ser ejecutados.

Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí, y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la IZQUIERDA.

Y Jesús decía: -Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y dividiendo sus vestidos, echaron suertes sobre ellos.

Y el pueblo estaba allí, mirando. Y los príncipes mismos se burlaban, diciendo: -A otros salvó, sálvese a sí mismo si es el Mesías de Dios, el Elegido.

Y le escarnecían también los soldados, que se acercaban a Él ofreciéndole vinagre, y diciendo: -Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había también una inscripción sobre Él: ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.

Uno de los malhechores crucificados le insultaba diciendo: -¿No eres tú el Mesías? Sálvate a tí mismo, y sálvanos a nosotros.

Pero el otro, tomando la palabra, le reprendía, diciendo: ¿Ni tú que estás sufriendo el mismo suplicio temes a Dios? Y nosotros justamente, porque recibimos el digno castigo de nuestras obras; pero éste nada malo ha hecho.

Y decía: -Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino.

Y le dijo: -En verdad te digo: hoy serás conmigo en el paraíso.

Y era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, oscureciéndose el sol, y el velo del Templo se rasgó por medio.

Y Jesús, dando una gran voz, dijo: -Padre, en tus manos entrego mi espíritu. Y diciendo esto, expiró.>>

El evangelista San Juan añade a la narración de San Lucas algunos detalles de mucho interés. He aquí sus palabras:

<<Y los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día del sábado, porque era día grande el de aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen.

Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaban crucificados con Él.

Pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas.

Sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.

Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que vosotros creáis.>>

En esta breve narración está todo lo que sabemos de la conversión, el Bautismo, el testimonio, la muerte y la canonización de San Dimas.

El que guste de seguir leyendo encontrará a continuación todo lo que muchas meditaciones durante bastantes años han aportado a mi escasa imaginación.

Es posible, y así lo espero, que estas consideraciones sugieran otras inéditas en la imaginación del lector, y ello será lo más provechoso. Serán el regalo que le hará San Dimas para corresponder al amor que el lector sienta por él, como expresión del amor de ambos por el crucificado de en medio.

Seguiremos, pues, la trayectoria que he indicado, empezando por:

LA CONVERSIÓN.

Flavio Josefo habla muy poco de Jesús (y hay muchos que dudan que éste muy poco lo hubiera escrito él); únicamente las palabras que he transcrito al fin de la Sección Primera. Pero esto no quiere decir, de ninguna manera, que en aquellas semanas de antes y de después de la Pasión la figura de Jesús ocupase un lugar secundario en la vida de Jerusalén.

Las palabras de los dos discípulos que se encontraron con Jesús resucitado en el camino de Emaús, indican sin lugar a dudas que no se hablaba de otra cosa.

Jesús debió pasar pocos ratos en la prisión, por la celeridad con que todo se llevó a cabo; ésta es al menos la opinión más corriente. Desde hace poco años, y basándose en recientes descubrimientos, hay algunos que sostienen que la Santa Cena no se celebró al atardecer del jueves, sino del martes; y entonces las IDAS Y VENIDAS de la Pasión habrían tenido lugar durante el miércoles, el jueves, y parte del viernes. Esto quizá algún día se ponga en claro; de momento nos atendremos a la creencia tradicional, que nos obliga a suponer que no pudo haber largas conversaciones entre Jesús y los otros presos; aunque esto no excluye que se hubieran dirigido la palabra. Sabemos que Jesús cerró su boca delante de Herodes Antipas, el Tetrarca, pero sabemos también que no negaba su consuelo a los más abatidos.

La permanencia de Dimas en la cárcel no debió ser una cosa tan precipitada como la de Jesús. Su caso era uno de tantos, y es muy posible que llevara días y días condenado a muerte, esperando para crucificarlo que hubiera algunos otros, pues para uno o dos no valía la pena el montar todo el aparato que llevan consigo las ejecuciones

capitales. La misma narración evangélica parece dar a entender que se aprovechó la ejecución de Jesús, exigida sin demora por los judíos, para añadir la de aquellos dos.

Quién haya estado en la prisión sabe muy bien (y puedo dar testimonio de ello) el interés apasionado que se manifiesta entre los reclusos por todo lo que pasa en el exterior. Y no creo que haya ningún motivo para suponer que en la prisión de Jerusalén, entonces, no era válida esta regla general.

Examinemos rápidamente cual era el ambiente general de Palestina en aquellos momentos, en lo que respecta al Mesías libertador, tan deseado.

Fijémonos, en primer lugar, en la religiosidad del pueblo israelita, que seguramente era superior a la que ha habido nunca, desde Moisés hasta hoy.

El Templo reconstruido con una magnificencia mayor que el de Salomón; un servicio religioso asegurado por sacerdotes y levitas con toda pulcritud, como lo pone de manifiesto el pasaje de San Lucas referente a Zacarías, padre del Bautista. La circuncisión se practicaba exactamente el séptimo día; y las purificaciones, las ofrendas, los sacrificios y los holocaustos, así como la celebración de las fiestas señaladas, eran cosa corriente y normal. La ida anual a Jerusalén durante la Pascua, no solamente de los israelitas que habitaban en Palestina, sino también de los que vivían en regiones apartadas, era habitual.

Ya nadie pensaba, en los ídolos de los cananeos, ni se sacrificaba en los “altos”, ni había aseras. En cambio, en todos los poblados, aún en los pequeños, había su sinagoga en la que semanalmente se instruía más y más en la Ley a los descendientes de Jacob. El episodio que cuenta Flavio Josefo de las protestas de los judíos ante Pilato por la cuestión de las enseñas de las legiones romanas en Jerusalén, nos ilustra en gran manera sobre la religiosidad de entonces. No puede hablarse, por lo tanto, de una crisis del sentido religioso, sino de todo lo contrario como lo prueba, además de las numerosas sinagogas, el florecimiento de las escuelas rabínicas, en las que se estudiaba y se profundizaba la Ley.

Todos presentían que se encontraban en momentos importantes respecto al “Libertador de Israel”. Además, lo que decían los profetas

encajaba exactamente en sus sentimientos de pueblo escogido que se encuentra bajo el yugo de unos “perros infieles” que se le hace insoportables y como a señal decisiva, ha visto a unos forasteros sentarse en el trono de David.

Ahora; ahora era el momento.

El “Libertador de Israel” que esperaban era, antes que nada esto: el Libertador. Y cualquiera que hubiese liberado a Israel, venciendo a sus enemigos y esclavizándolos, habría sido aceptado por todos como Mesías y proclamado rey sin necesidad de ninguna otra prueba, ya que ésta era la prueba suprema y decisiva. Mucho mejor si ello hubiera ido acompañado de prodigios como en los tiempos antiguos, pero no eran indispensables si se hubiera realizado el prodigio de traspasar a Jerusalén el poder universal y el imperio que veían en Roma.

Hemos visto que después de la muerte de Herodes el Grande aparecieron numerosos candidatos a rey; la declaración de Mesías habría venido espontáneamente después de las marchas triunfales. Pero todos acababan mal; y ésta era la prueba irrefutable, tanto para los amigos como para los enemigos, de que “aquel” no era el que esperaban.

No había ningún inconveniente en aceptar un Mesías de origen oscuro como David, con tal que llevara la sangre de Jacob. El caso era que libertara Israel primero, y que después alcanzara la hegemonía universal. Como Roma. Esto sería la Edad de Oro. Los más miserables de la circuncisión se transformarían en auténticos potentados; esto era inevitable.

Tal era el criterio universal, compartido por los mismos Apóstoles de Jesús hasta el momento antes de la Ascensión, y puesto crudamente de manifiesto por la mujer de Zebedeo pocos días antes del Calvario.

Ahora comprendemos algo de la trayectoria del Mesías, pero ellos no podían ni soñarla: Treinta años de anonimato, sin ningún signo esplendoroso, si se exceptúan los destellos de Belén, que cayeron en el olvido general, menos de la Madre. Después viene la Manifestación, que fue una contradicción total, según Simeón había predicho, ya que todo sucedió exactamente al contrario de como lo esperaban.

Jesús llama, escogiéndolos uno por uno, a doce compañeros que

eran lo menos idóneo posible para pensar en un Imperio Mesiánico. Menos uno.

En vez de juntar soldados se dedica a predicar cosas que nadie entiende, como si la Ley de Moisés no fuera definitiva, ni se mandara en ella que nada se quite ni nada se añada, sin torcerse ni a la derecha ni a la izquierda.

Hace innumerables prodigios, pero que ninguno tiene la menor utilidad para “libertar” Israel, tal como ellos lo entendían. Un paralítico que anda, un mudo que habla, unos leprosos que quedan limpios, unos posesos que quedan libres del diablo, unos enfermos curados, unas pescas prodigiosas, unos ciegos que ahora ven, unas tempestades apaciguadas, incluso unos muertos resucitados... ¿Es con prodigios así que Israel podrá dominar el mundo?

En vez de buscar numerosos seguidores y adictos, los evita. Cuando la multitud alimentada milagrosamente quiere proclamarlo rey, Él no quiere. ¿Quién puede entenderlo, esto? El mismo Juan Bautista, que sabía más cosas, después del deslumbramiento en el Jordán, ahora ya no sabe a qué carta quedarse, y le manda preguntar que diga si Él es el que esperan, o no. La respuesta de Jesús hoy la encontramos admirable, porque conocemos el desenlace del drama, pero a aquellos debió dejarles en una mayor oscuridad de la que estaban.

Obligaba a que no se dijera de Él que era el Mesías, y se designaba a sí mismo como el Hijo del Hombre. No solamente no hizo nada para atraer a su causa a los ricos y poderosos, sino que durante dos años casi no les hizo ningún caso, guardando para las últimas semanas el enfrentarse con ellos, sin parábolas ni eufemismos, sino crudamente, públicamente, y solemnemente, afirmando de sí mismo, no solamente que era el Mesías (que esperaban todos) sino que era el Hijo de Dios, igual al Padre (y esto sí que no se lo esperaba nadie, ni podían esperarlo).

Si he recordado estas cosas, suficientemente sabidas por todo aquel que conoce, más o menos, los Libros Santos, es únicamente para situarnos un poco en el ambiente de las habladurías que durante aquellos días había por las calles de Jerusalén, y en la cárcel.

Nadie sabía por que mar navegaba. ¡No faltaba más que la resurrección de Lázaro! Los que sentían simpatías por Jesús tenían que

callar cuando se les decía que los Doctores de la Ley aseguraban que no podía ser el Mesías. Y los que le eran contrarios tampoco sabían qué replicar cuando alguien sacaba a relucir las obras prodigiosas que había realizado a la vista de todos, y que nadie había hecho antes que Él.

La contradicción era permanente. ¿Hasta cuando nos tendrás en esta incertidumbre? le dijeron. Después de la apoteosis de los Ramos, la expulsión de los mercaderes del Templo. Nadie sabía qué partido tomar.

Pero había unos cuantos que desde hacía tiempo habían tomado una determinación categórica. Se trataba de los fariseos, que habían decidido eliminarlo. En parte, sencillamente, por el odio que se despertó en su corazón al ver que había quien quería hacer de Mesías sin contar con ellos; y en parte para tranquilizar su conciencia: si no era el Mesías, moriría como un cualquiera, y se habría favorecido al pueblo librándolo de un impostor, y si era el Mesías haría algún prodigio deslumbrador, y entonces lo reconocerían como tal, y se pondrían a su servicio. Esta prueba había sido decisiva cuando se aplicó a los falsos mesías, y no había ninguna razón para no aplicarla en este caso.

No hay nada que haga suponer que Dimas hubiera tenido algún trato con Jesús antes de la Pasión. Lo mismo pudo ser que sí, que que no. Yo, personalmente, me inclino a creer que no.

En la prisión, como en todas partes, había una desorientación total en los días que precedieron a la detención de Jesús. Pero aquella mañana del viernes corrió como la pólvora la noticia más desconcertante: -¡Ha blasfemado!-

Y no de cualquier manera. Aquella era una blasfemia nunca oída; impensable. Se había atrevido a proclamarse Dios. ¿Quién podría tolerarlo? Esta acusación, con excesivos testigos para que nadie pudiera dudar de ella, corría por las calles de la ciudad al mismo tiempo que Jesús, como una piltrafa humana, era exhibido, atado de manos, y llevado y traído de una parte a otra. Y enmudecieron todas las bocas que hasta la víspera aún se atrevían a manifestar sus dudas. Ahora la duda ya no era posible.

El ambiente de la cárcel debía ser muy semejante al de la calle. Las palabras del otro ladrón en la cruz: -¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros, no hacen más que expresar la opinión común en aquellos momentos.

La noción que tenían de la divinidad, tanto los hebreos como los demás pueblos, tenía como fundamento principal el temor. El temor de Dios es el principio de la Sabiduría, se lee bastantes veces en el Antiguo Testamento. Dios se manifiesta siempre con mano fuerte y brazo extendido. Cualquier otra forma de manifestarse no podía tomarse como válida.

Dimas seguramente se hallaba sumergido dentro de esta corriente general. Cuando... de repente se encuentra frente a Él, allí delante, a dos pasos. Debió ser en alguno de los intervalos del juicio de Pilato. Sucio, maltrecho, atado de manos, rostro tumefacto, con asquerosas salivas en las barbas,... ¿Aquello el hijo de Dios?

Mientras Dimas miraba aquello, seguramente que iba moviendo la cabeza de manera muy significativa. Hasta el momento en que aquello miró a Dimas. Y las miradas se encontraron. No hay ningún motivo para suponer que Jesús no mirase con la misma mirada a todos los que en aquellas horas entraron en contacto con Él.

Buscaba, dice el Profeta, quién se apiadara de Él, y no lo encontró.

Por una reacción psicológica muy natural y espontánea, los que hasta entonces habían defendido (más o menos) la causa de Jesús, debían ser los que ahora se sentían más defraudados, y los más exagerados en sus improperios. Los otros, los que siempre le habían sido contrarios, debían estar rebosantes de satisfacción. Y las miradas de Jesús no encontraban eco en aquellos ojos demasiado turbios, que no sabían ver más allá de la corteza.

Pero Dimas, como profesional, sabía que los tesoros siempre se ocultan donde menos puede suponerse, y que bajo una pila de estiércol había encontrado más de una vez un montón de oro.

Aquella mirada... Los ojos tumefactos eran como los de cualquier otro hombre en semejante situación; pero, la mirada... ¿Qué había en aquella mirada? Dimas no hubiera podido explicarlo (ni nadie), pero vio una luz nunca vista. Aquel hombre no era un hombre como los demás...

Así como el Hombre-Dios había decepcionado a todos los que buscaban en Él una superación a todos los héroes humanos, ahora sacudió a Dimas al descubrir una dulzura y una compasión infinitas

en una mirada que, humanamente, tenía que estar embrutecida por el rencor, el miedo, el odio, la ferocidad...

Aquello no era posible, pero no podía negarlo; lo tenía delante. En su experiencia de los hombres nunca se había encontrado con nada semejante.

Después, los azotes... y todo lo demás que tantas veces hemos leído, o que hemos oído comentar en los sermones, o que nosotros mismos hemos meditado. Me parece que no he de repetir lo que todos sabemos que le ocurrió a Jesús. Lo que quiero es considerar la revulsión de Dimas como espectador de estos hechos.

En primer lugar, es ciertísimo que los mismos hechos provocaron reacciones muy diferentes entre los que los presenciaron. ¿De qué pudo depender que Dimas sacara unas consecuencias totalmente opuestas a las que sacaron los demás?

Creo que una de las razones puede ser la sorpresa. Dimas seguramente había hablado y oído hablar de Jesús, como uno de tantos temas de conversación, sin darle demasiada importancia, ni tomar partido a favor ni contra. No podemos olvidar que la conversión viene siempre provocada por el contacto con Cristo; éste, y no otro, es siempre el punto de partida.

Cuando uno se ha dejado influenciar por los que hablan de Cristo, y se decide a seguirle, no es a Cristo a quien sigue, sino a una versión determinada de Cristo. Esto es tan cierto para los partidarios como para los contrarios, y aparecen las dos formas de sectarismo. Todos aquellos contemporáneos del Señor que se fijaban en las exterioridades, a las que daban un sentido absoluto, ya habían tomado partido, y lo tenían por un impostor que abusaba de la credulidad del pueblo, merecedor del desprecio, y hasta de la muerte.

Como no le miraban los ojos, eran incapaces de experimentar la mirada, el contacto con el corazón de Jesús. Esto me parece que pasa constantemente, ya que son muchos (¡demasiados!) los que toman partido contra Jesús por la repugnancia que les provocan ciertas exterioridades de su Iglesia.

El negar a Jesús por apriorismo es un gran mal, al que corresponde otro mal de la misma magnitud, que es el de aceptar a Jesús por apriorismo. San Pablo se quejaba de esto cuando increpaba a

los que se decían de Cefas, de Apolo, de Pablo.

No. No son los hombres los que me pueden convertir a Cristo. El único que me puede convertir a Cristo es el mismo Cristo. Éste me parece que es un gran fallo de los cristianos de hoy y de siempre: que seguimos a unos hombres que nos han adoctrinado, pero no nos han convertido. Y faltando la conversión, que es el contacto con Cristo, ha de tenderse necesariamente a que la religión se adapte a mi vivir, en vez de adaptar mi vivir a la religión.

Creo, pues, que la primera sensación que Dimas experimentó fue la sorpresa que provoca lo insólito, lo inesperado, lo inimaginable. Que le obligó a formularse (seguramente que sin palabras) esta afirmación: -Este hombre es diferente de todos los demás.

Cuando alguien, delante de Cristo, hace esta afirmación plenamente convencido, ya ha dado el primer paso en el camino de su verdadera conversión. Esto todavía no es la conversión, pero es su principio indispensable.

Se nos dice con frecuencia que los otros hombres son nuestros semejantes y esto no puedo negarlo. Lo que niego es que ésta sea la única “nota” que tengo que tener en cuenta al considerar a los otros. Ni siquiera la principal. Estoy plenamente convencido de que lo mas interesante en mis relaciones con los demás es el considerarlos como mis diferentes.

Todos los hombres somos semejantes en cuanto a las primeras materias de que estamos contruidos, y en cuanto a los mecanismos (físicos y psíquicos); todos estamos formados por las mismas piezas, aunque éstas no son nunca idénticas (como en las huellas dactilares). El resultado es que con las mismas piezas el funcionamiento siempre es diferente, incluso en hermanos gemelos.

Piénsese en la mecánica, que con un número muy limitado de mecanismos elementales: ejes que giran, palancas, engranajes, excéntricas, ruedas... y poca cosa más, se obtiene un número de funcionamientos indefinido. Los hombres somos semejantes, como lo son todas las máquinas entre ellas, en cuanto a los materiales y a los mecanismos de que se componen, pero somos diferentes, como las máquinas, en el funcionamiento, que se hace más patente en los hombres por el hecho de poseer inteligencia y voluntad libre.

En todos los demás seres vivos (animales y vegetales) de una misma especie hay un gran predominio de la semejanza sobre la diferencia entre diversos individuos. En los hombres ocurre al revés, y aquí está la raíz de la personalidad. Los animales no son sociales porque todos los de una misma especie son semejantes; los hombres somos sociales porque somos diferentes. Es inconcebible una sociedad humana formada por semejantes.

Éste es un tema interesante que conduce a descubrimientos inesperados. Pero aquí solo me interesa como referencia para ir siguiendo la trayectoria de San Dimas en su conversión.

Dimas había sido condenado a muerte y él lo sabía. Yo no he pasado nunca por una situación semejante, y no me atrevo a hacer exploraciones en su interior. Pero me parece que ello ha de provocar un trastorno total en las perspectivas habituales del vivir ordinario. Todas las preocupaciones anteriores deben ceder el lugar a una especie de obsesión: me matarán... esto se acaba... estoy perdido... ¿qué puedo hacer?...

La sacudida que experimentó Dimas al mirar la mirada de Jesús se lo hizo olvidar todo. Aquello no lo había visto nunca ni podía sospecharlo. Escrutaba en su memoria para encontrar algo que se pareciera a aquello, pero no encontraba nada. ¿Qué clase de hombre podía ser aquel?

El caso era que la principal acusación de que le hacían objeto era de blasfemo, y Dimas tenía cierta experiencia de esto, por haberlas oído de todas clases, y seguramente también por haber lanzado más de una. Pero aquella mirada no tenía nada que ver con las que había captado en los ojos de los blasfemos, y expresaba un estado de ánimo muy diferente del que Dimas sentía en su interior cuando blasfemaba.

Todo aquello era demasiado extraño; lo tenía ante sus ojos, y su única sensación era de asombro. Cierto, ciertísimo, que Jesús no era un hombre como los demás. De esto estaba segurísimo, sin que nadie se lo hubiera tenido que explicar. Pero ... ¿qué clase de hombre era?

Ahora recordaba que la blasfemia de que acusaban a Jesús era tan extraña que ni la había oído nunca, ni nunca la hubiera podido imaginar. Que todo un Emperador de Roma se hiciera adorar, ya lo había oído decir, y no le parecía demasiado extraño. Pero que un infeliz

judío del pueblo hubiese dicho: -Dios y yo somos la misma cosa, le hizo reír de buena gana cuando lo supo, y le hizo exclamar: -¡Está loco! Este pensamiento se fue consolidando cuando lo vio en “la fila”, y por el trato que todos le daban. Hasta el momento en que le miró los ojos y recibió dentro de sí aquella mirada... Aquella mirada que separó netamente su vida en dos: antes y después. Dos vidas que nada tendrían que ver la una con la otra.

Aquel hombre no estaba loco. No podía estar loco. Dimas lo sabía segurísimamente, sin poder dar explicaciones, que no hacían falta porque lo había visto. Había visto aquella mirada y no precisaba nada más.

Pero una cosa era que no fuese loco, y otra cosa que fuese Dios. Y no un dios cualquiera, como los de la mitología griega y romana, que todos habían sido hombres, pero que enseguida se veía que eran unos dioses de poco más o menos, sino el Dios de los hebreos, que era un Dios muy por encima de los dioses de los alrededores. Un Dios único, que había hecho el cielo y la tierra, que premiaba a los buenos y castigaba a los malos... ¿este Dios podía ser una misma cosa con Jesús? Un hombre, que hoy es y mañana no es, con todas las taras y debilidades que lleva encima por fuerte que sea, y el Dios altísimo de Israel, creador de todas las maravillas que existen, cuyo poder, sabiduría y perfección no tienen límites ¿podían ser una misma cosa? ¿Puede un hombre ser Dios? La cabeza le decía que no, que no, y que no. Pero su corazón llevaba la estocada de una mirada que se lo había traspasado.

Esta lucha terrible y grandiosa entre la cabeza y el corazón hay quién la ha llevado dentro de sí durante semanas, meses, y hasta años, como el que escribe estas líneas; para Dimas debió durar muy poco.

La lucha entre la cabeza y el corazón no puede resolverse con la victoria del uno y la derrota del otro, sino con la victoria de los dos.

La razón no ha podido explicar la unidad Dios y Hombre que exista en Jesús, ni la podrá explicar nunca, pues se trata de un misterio que está por encima de la razón. Y estar encima no significa estar contra, ni mucho menos.

La razón pura, erigida en criterio único, se encuentra con misterios por todas partes, que llevan a la situación de angustia suficientemente conocida para que yo tenga que insistir. La razón

experimental es la que hace salir de la angustia para entrar en la región esplendorosa de la seguridad. La razón experimental, cuyos éxitos nadie puede negar en el campo de la técnica material, tiene que jugar un gran papel en el campo religioso, aunque aquí no puede dejarse de lado el corazón. La razón experimental, en nuestro caso, consiste en no negar “a priori” ni la vida ni las palabras de Jesús, y hacer la experiencia de ellas... ¡a ver qué pasa! Y entonces es cuando se comprueba que toda la explicación, y la única explicación de este universo es Cristo; aceptando el misterio divino, desaparecen como sombras todos los misterios humanos. Y entonces se experimenta dentro de sí mismo toda la maravilla de un corazón que calienta y vivifica el cerebro y de un cerebro que controla y hace latir el corazón.

El primer paso de Dimas hacia la conversión fue (repito) el afirmar que Jesús no era un hombre como los demás; lo que le hizo abandonar su actitud de indiferencia y sustituirla por una atención concentrada. Se daba cuenta de que allí pasaba algo muy importante; tan importante que todo quedaba atrás. Incluso la pena de muerte que habían dictado contra él.

Esta situación duraría desde el momento de la primera mirada hasta después que Pilato presentó el “Ecce Homo” al pueblo, y éste reclamó la sangre de Jesús para que expiara su blasfemia, condenándolo decididamente a la cruz. Desde este momento los acontecimientos se desarrollaron a gran velocidad. Bruscamente echaron mano a los otros dos condenados, y todos al Calvario. Pero Dimas solo tenía ojos para Jesús; de lo suyo ni se acordaba.

Y seguía viendo lo mismo: una figura humana deshecha, sucia, escarnecida, maltratada, llena de heridas y de sangre, agotada... No puede imaginarse a un hombre más abatido ni en mayor abyección, tanto en sí mismo como en los improperios de la jauría furiosa que le rodeaba. Pero llevaba dentro una majestad y un poder de Amor tan nunca visto, que había que rendirse a Él, necesariamente.

Ésta fue la razón experimental de Dimas, que no vio ninguna de las maravillas sobrecogedoras que se contaban del Dios del Sinaí, pero que fue testigo del prodigio único, y sin repetición posible, del Dios del Calvario. El gran milagro del Amor Absoluto que se da a sí mismo por los que ama hasta extremos inconcebibles.

Dimas, que encontraba tesoros ocultos donde los demás no sospechaban nada y pasaban de largo, descubrió que en aquel ser humano envilecido y aplastado, habitaba el mismo Dios. Era verdad: Jesús y el Padre eran una sola cosa. Esto no era ninguna blasfemia. ¡No! No solamente era la mayor verdad que se había proclamado desde el principio del mundo, sino que era la Gran Verdad, ya que todas las demás son solamente consecuencias de ésta.

Lo más seguro es que los verdugos empezaron su tarea con Jesús. Mientras Dimas aguardaba su turno, pudo ver nuevamente aquella mirada única, diferente y trastornadora que le manifestaba, con el fulgor de la evidencia, primero la realidad, después el deslumbramiento, y finalmente la infinitud del Dios del Amor. Total: el único Dios desconocido, y el único Dios posible.

La boca de Jesús pronunció entonces aquellas palabras desconcertantes que ningún hombre (que no fuera más que hombre) no hubiera podido proferir nunca: -Padre, perdónalos...

Es muy fácil que la mente de Dimas no expresara nada de todo esto que ahora voy escribiendo poco a poco, después de muchas horas de pensar en ello, ya que la situación en que se encontraba, y la sucesión rápida de los acontecimientos debía atropellar su mente. Tampoco hacía ninguna falta que lo expresara, porque lo vivía plenamente, que es la forma más perfecta del conocimiento.

Después de las últimas palabras de Jesús, la seguridad de que se hallaba delante de Dios, del Dios auténtico, se hizo absoluta. Había descubierto el gran tesoro escondido, el tesoro de los tesoros.

En esto se consumó la conversión de Dimas, y en esto se han consumado después todas las conversiones que ha habido y que habrá hasta el fin del mundo.

Ya que el convertido es siempre (y únicamente) aquel que está tan seguro de que el Crucificado es Dios, que su alegría máxima sería dar la vida como testimonio de su seguridad total y absoluta. Todo lo del mundo es incierto, y puede ocurrir de una manera o de otra; la única afirmación absolutamente cierta es ésta; aquella piltrafa humana clavada en una cruz en el Calvario es el mismo Dios. Por esta afirmación es por la única puerta que se entra en el mundo de la verdad y de la luz; el que la rehúsa sigue viviendo (si esto es vivir) en una caverna mucho más

oscura y tenebrosa que la del mito de Platón

EL BAUTISMO.

Jesús nos dejó dichas estas palabras: El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará.

No hay duda de que Nuestro Señor no podía referirse a creer en cualquier cosa, sino en creer que Él es el Enviado, para usar su propia terminología. Que es lo mismo que acabamos de ver con el nombre de conversión. Creer que Jesús es Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu Santo.

Estamos seguros de que Dimas creía que Jesús era Dios por las palabras que dirigió al otro crucificado: -¿Ni tú, que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios? Esto no puede dejar lugar a ninguna duda; Dios había sido condenado a muerte, y estaba allí, junto a ellos, clavado en unos palos.

Dimas, por lo tanto, creía con la creencia que Jesús exige para la salvación.

Pero faltaba el Bautismo, y no hay ningún indicio de que Dimas hubiera recibido este Sacramento. Al menos de la manera con que se administra entre nosotros. Jesús, sin embargo, lo puso como una condición “sine qua non”. Pido al lector que me acompañe a pensar unos momentos en el Bautismo de Dimas.

Los “técnicos” dicen que hay que distinguir entre la materia y la forma propias de cada Sacramento. Esta terminología, que se pidió prestada a la Física en los tiempos en que no se sabía Física, no me gusta, pero no dispongo de otra; pero si nos entendemos, yo no puedo pedir más.

No es éste lugar adecuado para hacer una exposición de lo que es este Sacramento, que seguramente han recibido todos los que leen estas páginas, y que se explica (con palabra escrita y hablada) en tantos y tantos lugares. Lo que haré sera únicamente recordar algunos de sus aspectos.

Todos sabemos que hay dos clases de Bautismo, que son el Bautismo de Sangre y el Bautismo de Deseo en los que no existe la parte formal, que es el agua y las palabras sacramentales. Los que,

sin estar bautizados, dan la vida por su fe en Cristo, su misma sangre suple con creces todas las “formalidades”; y los que han vivido con recta conciencia pero no han conocido a Cristo (o lo han conocido mal) su honradez suple la parte formal del Bautismo, ya que si no lo han recibido no ha sido por su negativa, sino por su ignorancia no-culpable.

Ciertamente que en el caso de Dimas no puede pensarse en un Bautismo de Deseo, que es la corona final que Cristo pone a toda vida honrada. No sabemos si los antecedentes de Dimas fueron los que yo he supuesto, o si fueron otros más graves. No lo sabemos. Pero sabemos que era un malhechor profesional, y no hace falta más. Tampoco puede pensarse en un Bautismo de Sangre, ya que no murió por haber confesado su fe en Jesús, sino que le mataron por sus fechorías. Las que fuesen; es igual.

Si no fue bautizado de la manera ordinaria, ni de ninguna de las dos maneras extraordinarias, habremos de concluir que Dimas no fue bautizado de ninguna manera. Y según palabras de Jesús hay que estar bautizado de alguna manera para salvarse; y otras palabras de Jesús aseguraron que, en verdad, Dimas estaba salvado. Parece que, de momento, aquí hay una contradicción. Vamos a ver si podemos ponerlo en claro.

En el Bautismo hay tres “actores” principales, dos visibles y uno invisible:

- 1º- La Trinidad Beatísima, que se comunica al bautizado, salvando el abismo del pecado original.
- 2º- El bautizado, que, segurísimo de que Jesús es Dios, acepta gozoso morir con Él para resucitar con Él.
- 3º- El ministro, que realiza los actos visibles que garantizan la realidad invisible, y da fe de ello delante de la Iglesia con documentos válidos.

En la parte que corresponde a la divinidad, sería una blasfemia el suponer siquiera que pudiera haber alguna imperfección.

El papel del ministro es instrumental, y su función principal consiste en realizar correctamente su cometido.

En cuanto al bautizado, ha de creer las verdades de Fe que propone la Iglesia. Esto tiene dos aspectos: uno que se refiere principalmente al entendimiento, al aceptar como verdad central de toda la creación que Jesús es Dios, con todo lo que se deriva de

esta grandiosa afirmación; y el otro que se refiere principalmente a la voluntad, por el que se acepta la muerte (mística) con Jesús, para vivir en Jesús resucitado. Si el pecado original se hace nuestro en el momento de ser engendrados para la vida, la redención empieza cuando aceptamos la muerte mística con Cristo. La vida nos trae la muerte, y la muerte nos trae la vida.

Los no-bautizados son unos vivientes que llevan la muerte como bagaje, y su existir es una agonía permanente. Los bautizados fieles a su Bautismo ya han trascendido la muerte, y se encuentran en la región de la Vida y de la Luz. No pueden morir, porque ya murieron en el Bautismo .

Hoy, el ambiente general entre los cristianos de todas las confesiones es de una desvalorización casi total del Bautismo; y no me parece temerario hacer esta afirmación. Muchos cumplen para ir al cielo; otros por el miedo al infierno; otros para mantenerse dentro de la ley, de lo que está mandado; otros por no desentonar en su ambiente... Me parece que son poquísimos los que cumplen como una exigencia de su Bautismo.

Así como el que vende sus bienes sabe que desde el momento que firmó la escritura ya no puede disponer de ellos para nada, pero puede disponer del dinero de la venta; así el bautizado consciente sabe que ha recibido el tesoro de los tesoros, que es la Gracia, a cambio de su herencia de pecado. Y no se hace como un contrato de compra-venta, que es reversible, sino como un contrato de vida y muerte, ante el cual solo hay dos situaciones posibles: la fidelidad o la traición.

Para el no-bautizado el centro de su Universo es su “yo”; todo lo demás tiene valor en tanto en cuanto puede glorificar o dar satisfacción a este “yo”, mediante la posesión, el disfrute, el acatamiento, la alabanza... El bautizado consciente sabe que el centro del Universo, de la Historia, y de la Eternidad es Cristo, y que todo lo que no tiende hacia Él traiciona su vocación, su razón de ser.

Dicho así, puede parecer que el hombre se degrada al ceder el lugar de honor a otro, aunque sea al mismo Dios. Pero lo que ocurre es todo lo contrario; cuando el hombre se rebaja. Cristo lo eleva hasta Él mismo. Y si la soberbia le llevaba a ocupar un lugar que no era el suyo, y que provocaba la hostilidad de todo el universo visible e invisible, la

humildad que afirma: Cristo lo es todo y yo soy nada le hace entrar en armonía con toda la Creación y con el Creador, que le comunica su Vida si el bautizado acepta su pasión y su muerte.

El bautizado acepta matar su mala inclinación que le llevaba a referirlo todo a sí mismo, para referirlo todo, y él mismo, a Cristo. Entonces todo se le transforma en don de Dios, incluso los mismos pecados, que le servirán para humillarse y estar más cerca de Jesús-Humilde.

Todo esto lo sabemos todos, y si lo recuerdo es para destacar que por parte del bautizado su compromiso consiste en afirmar las verdades de Fe, centradas en que Jesús es Dios, y en la conversión de vida, aceptando la muerte con Cristo como punto de partida para vivir en Cristo.

Esta manera de morir con Cristo, de una manera mística, es la única manera de morir con Cristo que podemos practicar todos los bautizados de todos los tiempos. Sólo ha habido uno que ha aceptado el morir con Cristo... muriendo con Cristo. Y éste fue Dimas, el Buen Ladrón, que murió exactamente con Cristo, de hecho y de deseo.

El otro ladrón también murió con Cristo, pero sin aceptar la muerte con Cristo. Todo él era un puro frenesí de rebeldía, a pesar de estar clavado con hierros al madero. ¡Qué diferencia entre la disposición del uno y la del otro! Dimas empieza por reconocer a Dios en aquel guñapo humano clavado en la cruz infamante, junto a él. Después acepta su propia muerte como exigencia de la justicia: -Esto, y no otra cosa, es lo que merezco. Después pide vivir con Jesús.

Yo no soy quién para afirmar, o negar, que otros bautizados hayan ido al Bautismo con unas disposiciones internas más perfectas, que Dimas. Lo que digo es que en el caso de Dimas, caso único, la disposición interna de morir con Cristo concordaba exactamente con la realidad externa de morir con Cristo.

Me parece que como disposición personal para recibir el Sacramento, no puede negarse que el Buen Ladrón se hallaba en óptimas condiciones. Al menos, en tan buenas condiciones como el eunuco de la reina de Etiopía que el Apóstol Felipe bautizó milagrosamente algún tiempo después.

Si ahora nos fijamos en Jesús, nos daremos cuenta de que en

aquellos momentos de la historia del mundo se estaba creando un nuevo cielo y una nueva tierra. De allí salían todos los tesoros de Gracia que harían posible la maravilla incomprensible de todos los Bautismos que vendrían después, hasta el fin del mundo. Construyó el puente sobre el abismo sin fondo que hasta entonces separaba a los hombres de su Creador.

Esta fuente de agua y sangre, de la que viven todos los que aceptan la muerte con Cristo, estaba allí, casi tocando a Dimas, esplendorosa y plétórica, antes de que la lanzada hubiera escurrido las últimas gotas.

Cristo, que está presente en todos los Bautismos, allí y entonces estaba también presente, pero de una manera especial y única. Y en relación con los Bautismos que se han hecho y que se harán, no puede decirse que la presencia de Cristo fuese menos efectiva en el caso de Dimas, sino que (al menos) era tan efectiva como en los demás; y en ciertos aspectos, mucho más.

Otro aspecto singular de aquel Bautismo único: no había ministro, y sabemos que su presencia y su acción son indispensables cuando no se trata de Bautismos de Sangre o de Deseo.

Pero si nos fijamos un poco, nos daremos cuenta de que en aquel caso insólito, no hacía ninguna falta el ministro. Ya que su papel en éste y en otros sacramentos, es el de asumir la personalidad de Cristo, en cuyo nombre los administra.

Si allí estaba el mismo Cristo en persona, no es posible imaginar cual hubiera podido ser la actuación de un ministro, donde el mismo Cristo era el Ministro.

En cuanto al agua, tampoco era necesaria como figura y símbolo, ya que allí estaba lo que el agua simboliza: la Sangre de Cristo, que manaba a borbotones saliente y palpitante; no simbólica, sino en su plena y sobrecogedora realidad.

¿Y los padrinos? ¿Dónde estaban, y quiénes eran, los padrinos?

En el Bautismo de adultos los padrinos se hacen responsables del pasado (más o menos inmediato) del neófito; en el Bautismo de infantes los padrinos asumen ante la asamblea cristiana (la Iglesia) la responsabilidad del futuro del bautizando, comprometiéndose a hacerle conocer y aceptar las verdades de la Fe, con la aceptación de morir con

Cristo para vivir en Cristo. (Esto, al menos, es lo que debería ser; como éste no es mi tema principal, me contento con esta leve referencia, y que el lector considere si ésta es una cosa que en la iglesia de Cristo se realiza bien, o regular, o mal del todo). Los padrinos, además, tienen el papel de testigos, constando en el Acta sus nombres y estampando sus firmas.

En el Bautismo de Dimas no hacían falta los padrinos que garantizaran ante la asamblea de los fieles la conversión auténtica del neófito, pues allí estaba el Jefe Infinito de la Iglesia que se hacía garante. ¿Qué hubiera podido hacer cualquier padrino nacido de mujer, que perfeccionase la acción personal y directa del mismo Dios? En cuanto al papel de testigos, hubo dos excepcionalísimos, acompañados de unas cuantas personas, pocas, de las que solamente sabemos los nombres de dos o tres. Los testigos fueron la Virgen María y Juan, el Evangelista.

El testimonio de la Virgen María es el que está registrado por San Lucas, y el de Juan es el que él mismo escribió personalmente; y ambos se han reproducido al principio de este Capítulo. Nadie podrá acusarme de exagerado si afirmo que la partida de Bautismo de Dimas, el Ladrón, es la más extraordinaria de todas las que se han hecho y que se harán.

Puede parecer que, con estas líneas, estoy haciendo esfuerzos para hacer entrar dentro del Bautismo que se practica entre los fieles, los hechos que ocurrieron con Dimas, cuando la realidad es que, no solamente fue el primero de los Bautismos cristianos, sino el prototipo de todos los posteriores.

Lo único que faltó fue la materia agua, pero hubo en abundancia (y sobreabundancia) Espíritu, que es lo que constituye la verdadera originalidad del Bautismo Cristiano, y hace de él una cosa única y divina.

Antes de Cristo, y antes de Juan el Bautista, existía esta práctica ritual del agua como signo de purificación, en unos casos con efectos temporales y limitados, como eran las “purificaciones” prescritas por Moisés al pueblo de Israel, y en otras ocasiones como signo de una purificación definitiva. Pero en todas estas formas de bautismo el elemento principal (por no decir el único) era el material, el agua;

faltaba el Espíritu de Amor, que es lo principalísimo en el Bautismo cristiano, que suple con creces al agua cuando ésta no puede intervenir, por las razones que sea.

En el caso de Dimas las circunstancias no permitieron la materialidad del uso del agua; en cambio, el “renacer” en el Espíritu de Amor fue tan esplendoroso en todos los detalles, que me parece que puede considerarse como modelo de todos Bautismos Cristianos que han venido después. Quizá la divina Pedagogía lo dispuso así para que nuestra atención (excesivamente materializada) se fijara fundamentalmente en lo principal, que es el Bautismo en el Espíritu, quedando, como cosa secundaria (aunque muy importante) el Bautismo en el agua.

El hecho es (me parece) que hemos aprendido esta lección al revés, como tantas otras que Cristo nos enseñó; y hoy consideramos como fundamentalísimo el Bautismo en el agua, mientras hacemos poco caso (si es que hacemos alguno) del Bautismo en el Espíritu de Amor. Y éste es el que brilla con una luz radiante y original en el Bautismo de Dimas, en unos hechos tales que lo convierten en un símbolo permanente.

Con los pecados (todos los pecados, y entre ellos el original) pretendemos apoderarnos de los tesoros de Dios, que son toda la creación, para el propio goce y el propio provecho, y nos califican con el título infamante de ladrones de Dios. Dimas se apoderó de los tesoros de los “peces gordos” (que son los dioses menores de la mitología crematística), y éste fue su delito delante de los hombres, que lo condenaron a muerte.

Toda la creación (y el Creador) se revuelve contra los ladrones de Dios (los pecadores), y los condena a muerte, aunque no muerte inmediata, sino diferida. Las leyes de los hombres, sublimadas en el Derecho Romano, condena a muerte-no-diferida a los ladrones de los hombres (ya hablé antes de esto). Y los mata con toda la espectacularidad posible, para que todos se enteren y tomen ejemplo.

Los ajusticiados por los hombres todos mueren a la fuerza, ya que, si pudieran, escaparían. La muerte mística bautismal es una muerte voluntaria, elegida por el amor de Aquel en quien se cree; morir a la vida de ladrón de Dios para resucitar a la vida de hijo de Dios. Quién

quiere vivir como ladrón de Dios encuentra en la muerte eterna su condenación; al que quiere morir como ladrón de Dios (Bautismo en el Espíritu) se le “condena” a la vida eterna.

Los que quieren ser bautizados en el Espíritu de Amor se presentan primero ante la asamblea de los fieles acusándose a sí mismos de ladrones de Dios, expresando su deseo y su voluntad de morir como tales. Piden la ayuda y las oraciones de los que ya murieron místicamente (los bautizados) para poder perseverar adecuadamente, en sus designios. Entonces se les señalan unos padrinos y unos catequistas para que les ayuden a bien morir. Los que perseveran firmes en este deseo llegan al Bautismo, en el que, solemnemente, Cristo (y en su nombre, la Iglesia) aceptan su muerte purificadora de ladrón de Dios, y es el mismo Cristo quien entonces los engendra a nueva vida, infundiéndoles (con la Gracia) su Espíritu de Amor que les permitirá continuar la vida de Cristo en la tierra, amándolo todo y a todos de la misma manera, que lo amó Cristo, juntando su voz al cántico de Cristo en la alabanza universal que toda la creación eleva al Padre.

Si Cristo es el centro de la Historia de la humanidad, que se ha de contar antes y después de Cristo, también es el centro de la historia del hombre, que se ha de contar antes y después de su Bautismo en el Espíritu de Amor, por el que la divinidad dejó de ser externa al hombre, para hacerse interna. Entonces puede pronunciar aquellas palabras de Pablo, diciendo que ya no es él quien vive, sino que es Cristo quien vive en él.

Esto, esta maravilla incomprensible y ciertísima, es lo que es el Bautismo en su radicalidad, y es lo que debería ser si los bautizados nos diéramos cuenta. Si hiciésemos caso del don de Dios, y no nos diera lo mismo el traicionar la confianza que la Iglesia puso en nosotros al bautizarnos infantes; si sintiésemos un santo horror a todo lo que constantemente nos erige (en lo poco y en lo mucho) ladrones de Dios.

En el caso de Dimas se juntó en una sola persona el ladrón de los hombres y el ladrón de Dios. Se juntó en una sola muerte la condena diferida de los ladrones de Dios y la no-diferida de los ladrones de los hombres. Y Dimas descubrió al Dios de Amor, por la evidencia que tuvo de que aquel que se humillaba hasta tales excesos no podía ser el amor de ningún hombre, sino el Amor de Dios.

Y entonces ocurrió el acto heroico de Dimas, aceptando la muerte como acto de justicia. No solamente la muerte mística, que hemos de aceptar en el Bautismo, sino la muerte mística y la muerte física. Su disposición interna para recibir el Espíritu de Amor (anticipándose a Pentecostés) era espléndida, pues no podía estar falseada por rutinas, sugerencias, ilusiones fugaces... ni nada de lo que pueda empañar una sinceridad total.

Sabiendo que en Dios no hay más ni menos, por ser el Infinito, y sabiendo que en cualquier Bautismo es toda la Trinidad Santísima la que interviene, a mi limitada mente le parece que en aquellos momentos tan fuera de serie, en los que Dios-Hijo culminaba su Amor hasta lo imposible, Dios-Padre y Dios-Espíritu de Amor estaban presentes allí de una manera especial (no sé cual, ni me importa), para estrenar la Redención, precisamente con Dimas, con la alegría que lleva siempre consigo el estrenar algo que se deseó ardientemente, y que costó muchos sacrificios.

Todo el cielo se estremecía por el agridulce de un doble sentimiento: por una parte los dolores y oprobios del Hijo de Dios, y por otra parte la alegría exultante por la fecundidad de su obra, que se iniciaba con el hecho impensable de la glorificación de un ladrón culpable condenado a muerte como primer fruto de la crucifixión del condenado a muerte inocente, que pagó por las culpas de todos los que quisieran aceptar su caución, empezando por Dimas, precisamente.

Y en la tierra, la Santísima Virgen compartía el agridulce del cielo, aceptando gozosa aquel primer hijo de la serie inmensa que le ofrendaba la sangre seminal del Hijo de sus entrañas. El primero de todos; ¡cómo debió amarlo en aquellas horas preñadas de infinito! Ninguna madre ha sufrido tanto por sus hijos como la Virgen por nosotros, ya que cada uno le ha costado toda la Sangre de Jesús. Esto es una realidad categórica para todos. Pero en el caso de Dimas se trata del primero, del punto de partida, del cual todos los demás somos una continuación.

La muerte del Justo encontró su primera compensación en la salvación del culpable. Buen número de las parábolas y de las paradojas que nos han transmitido los Evangelios, no parece sino que el Señor las pronunció pensando en aquellos momentos.

A veces se dice que el éxito deslumbrador de Cristo arrancó de su Resurrección, ya que hasta la sepultura no recogió más que incomprendimientos, celos, odios, ingratitudes, abandonos, desprecios, traiciones... todo lo contrario de lo que parecía que debió proponerse. Y, efectivamente, todo esto habría constituido una cadena de fracasos sin la Resurrección. Su Nombre habría caído en el olvido, como uno de tantos pretendientes a Mesías que proliferaron un poco por todas partes en la Palestina de aquel siglo. Pero la Resurrección no sólo fue la prueba decisiva de Su divinidad, sino que cambió en éxitos grandiosos los aparentes fracasos anteriores. Así, la muerte en cruz aparece como Su gran victoria sobre la muerte, y en la que todos hemos encontrado la vida verdadera, en la medida que la aceptamos para nosotros. Y lo mismo puede decirse de cada detalle de su Vida que es norma y ejemplo para sus seguidores, que saben con certeza absoluta que el “mundo” pierde necesariamente cada vez que parece que ha derrotado a los fieles a Cristo, que son los que continúan Su vida en la tierra.

Esta regla general de que todos somos fruto de la Resurrección de Cristo tuvo su excepción en Dimas. No quiero decir que otros no permaneciesen fieles, particularmente la Virgen y algunos otros, con más o menos peripecias. Todas las demás victorias de Cristo vinieron después de la Resurrección, menos la de Dimas. Ahora, que sabemos que Jesús resucitó, y que vemos que Su vida continúa en la historia a través de sus Santos, hay muchos motivos de credibilidad que nos “empujan” a aceptar la divinidad del Crucificado.

Pero Dimas no sabía nada de todo esto. Y aceptó a Jesús como a su Dios sin haberle visto milagros, ni prodigios, ni saber que resucitaría; conociéndole, en cambio, en la situación más oprobiosa, y en el estado más abyecto a que pueda descender la criatura humana. El campeonato de la abyección y de la humillación lo ganó Jesús con tanta ventaja que nadie jamás se lo podrá disputar. Esto es lo que vio Dimas en Jesús. Y algo más: LA MIRADA, ya lo hemos dicho.

El Centurión también se convirtió en el Calvario, al oír el gran grito que lanzó Jesús como último suspiro. Seguramente que este soldado tampoco condenaba “a priori” a Jesús, y miraba, miraba... Y mirando, quizá miró a los ojos y descubrió (como antes Dimas) que en la luz de aquella mirada estaba el mismo Dios. Jesús miraba (y sigue

mirando) a todos, pero me parece que son muy pocos los que le miran a Él escupido, sangrante, deshecho... verdadera imagen de la degradación, para verle los ojos. Porque desde la Pasión, es siempre desde la Cruz desde donde Jesús sigue mirando DE AQUELLA MANERA.

Todo fue excepcional en Dimas, como si Dios hubiera querido hacer simultáneamente la demostración de su Poder: descendiendo Él mismo a lo humano mas abyecto por Amor al Padre, y elevando lo humano más abyecto hasta el Padre, por amor al hombre. Y le infundió el Espíritu de Amor bautizándolo antes de Pentecostés, y le abrió las puertas de la Gloria, antes de Su resurrección.

EL TESTIMONIO.

Estamos seguros de que Jesús llegó al Calvario físicamente deshecho. Todos los Evangelistas nos dan detalles abundantes del trato infame e infamante que recibió.

En cambio, no poseemos ningún indicio que nos haga suponer una decadencia física de los otros dos condenados. Es muy fácil que antes de condenarlos la “policía” los hubiera sometido al “tormento” para hacerles declarar, pero no lo sabemos con certeza; en todo caso, es fácil que ya se hubieran recuperado.

Creo (ya lo he dicho) que Jesús debió ser el primero que clavaron en la cruz, por ser el más importante y por encontrarse más agotado.

Dimas y el otro, bien amarrados, mientras tanto no podían hacer otra cosa que mirar, esperando con desesperación que llegase su turno. El otro seguramente que no pensaba más que en sí mismo, cayendo en un embrutecimiento progresivo, y que se desvanecían como humo sus fantásticas esperanzas de salvación, que es lo último que se pierde.

Dimas, en cambio, no tenía ojos ni pensamientos más que para “Aquel”. No perdía detalle, y todo, todo le confirmaba la seguridad que tenía de que “Aquel” no era un hombre como cualquier otro, y se iba sintiendo sumergido en una atmósfera de paz y de gozo como antes jamás había experimentado. Cada mirada de Jesús era una avalancha de felicidad que le caía encima, al mismo tiempo que le venía a la memoria

toda su vida pasada, tan ruin y miserable. El Cristocentrismo iba desplazando con marcha rápida al egocentrismo. Por momentos Cristo se iba convirtiendo en TODO para él.

Nunca había estado tan seguro de nada como lo estaba ahora de que “Aquel” que acababan de izar en el poste infamante, era el mismo Dios. Estaba segurísimo, no por razonamientos discursivos, ni por explicaciones convincentes, ni por demostraciones filosóficas, ni por nada de todo esto. Sentía un testimonio vivo dentro de él; aquella presencia que ciertos místicos nos explican, y que allí se daba en una forma que jamás se volvería a repetir.

El Espíritu de Amor le penetraba con una dulzura violenta, y él no hacía (ni quería hacer) otra cosa que mirar y mirar a Jesús en la cruz. ¡La sublime, la inenarrable contemplación!

Y cuando le llegó su turno y lo tendieron sobre su cruz, ya no la sintió cómo un instrumento de suplicio, sino como el abrazo más real y definitivo de Jesús. ¡Oh alegría! ¡Yo también... como Él!

Los agujeros que le abrían en las manos y en los pies le dolían mucho, pero ahora experimentaba en su interior una sensación nueva, y es que el dolor físico puede coexistir y venir dominado por el gozo; un gozo nuevo, inédito, que él “estrenaba”, que necesita precisamente del dolor para manifestarse. Dimas no había oído, seguramente, el Sermón del Monte, pero paladeaba y daba testimonio de la gran verdad formulada por la Verdad encarnada cuando dijo: -Bienaventurados los que sufren...

El otro ladrón también sufría por el estilo, y no era bienaventurado, ni mucho menos.. La Bienaventuranza se reserva para los que sufren con Él, en Él, y por Él.

ENTONCES LAS HERIDAS DE DIMAS SE
TRANSFORMARON EN ESTIGMAS.

La mentalidad judaica veía una manifestación de la divinidad en todas las manifestaciones de poder, y tanto mayores cuanto más extraordinarias. La mentalidad helénica asimilaba la idea de Dios a la de Sabiduría,

Y nadie podrá afirmar que estaban equivocados. El error de unos y de otros consistía en querer ajustar a unos moldes hechos por hombres el poder y la sabiduría de Dios. Y cuando Dios manifestó Su

sabiduría, la Suya, abrió la boca y formuló las Bienaventuranzas; y la manifestación más apoteósica de Su poder fue la Pasión y el Calvario, que se levantan victoriosos, invirtiendo el orden de los tiempos sobre la roca granítica de la Resurrección.

Según el Concilio de Trento, la razón natural con sus propias luces puede vislumbrar los atributos principales de Dios: que es uno, que es omnipotente, que es creador, que es remunerador, que es omnisciente y omnipresente, que es eterno... y de todo esto (con mayor o menor claridad, y acentuando unos u otros atributos) ya tenían idea los helenos cultos y los israelitas instruidos. Pero a unos y a otros les faltaba conocer cual es la esencia profunda del Ser de Dios, y a esto no podían llegar ni la razón de los hombres ni la revelación a través de hombres; a lo máximo que pudo llegar la revelación mosaica fue a formular: Dios es el que es. Fórmula que no la vemos “explotada” en ningún pasaje del Antiguo Testamento.

Únicamente la Revelación del mismo Dios encarnado podía darnos la verdad sublime, que excede a toda la sabiduría humana, cuando con la fórmula más sencilla nos reveló la verdad más grande, más alta, más ancha, y más profunda, de la que derivan necesariamente todas las demás verdades que el hombre conoce, y las que todavía desconoce, al decirnos con su Vida y con sus Palabras: Dios es Amor.

Y porque Dios es Amor es Uno y Tres. Y porque Dios es Amor el Verbo se hizo Hombre. Y porque Dios es Amor, Jesús es el Camino del Amor, la Verdad del Amor y la Vida del Amor. Y porque Dios es Amor, la expresión máxima del Amor Sapientísimo son las Bienaventuranzas. Y porque Dios es Amor, la expresión máxima Amor Omnipotente fue la Encarnación, la Pasión y la Muerte del Hombre-Dios. ¡Qué bien se comprende que un poder “así” fuera escándalo para los judíos, y que una sabiduría “así” fuera locura para los griegos!

Una máxima de los hebreos afirmaba que El Temor de Dios es el Principio de la Sabiduría, y esto es una gran verdad. Lo malo consiste, para nosotros, en interpretarlo (desdichadas interpretaciones que tanto mal han hecho y tanto mal hacen) como si dijera El Temor de Dios es TODA la Sabiduría. Antes de Cristo no podía ser de otra manera, pues no podían saber otra cosa de Dios: pero ahora, al cabo de dos mil años, la gran verdad que hay que proclamar y que hay que vivir es ésta: EL

AMOR de Dios es TODA la Sabiduría. El Amor se manifestará de mil maneras: amor reverencial, amor filial, amor temeroso, amor confiado, amor agradecido, amor sacrificado, amor respetuoso... todas como parte de un todo: el Amor Sobrenatural que Jesucristo bajó del Cielo a la tierra. Pero siempre, y nada más que Amor, Amor, y Amor, en sus tres dimensiones características de Pobreza, Humildad, y Sacrificio.

Dimas seguramente no sabía gran cosa del temor de Dios judaico ni de la sabiduría de Dios helénica, lo cual fue una ventaja para él, ya que de lo contrario le hubieran representado un gran estorbo en forma de prejuicios, y le hubieran dificultado el entrar a gran velocidad en el mundo del Amor. Sus perspicaces ojos de ladrón de tesoros ocultos descubrieron el gran tesoro del Amor de Dios, escondido debajo y detrás de la impotencia y del oprobio. Y sin pensar que robaba, llenó con dicho tesoro, no ya sus bolsillos y sus alforjas, sino todo su ser. Y cuanto más tenía, más Amor le daba a Jesús; y cuanto más le daba, más tenía. Esta espiral mística, que es toda la vida del “fiel”, crecía en Dimas a una velocidad vertiginosa.

Se comprende que fuese así, pues en esto también fue Dimas un caso único. Cualquier otro cristiano, después del Calvario, tiene que ir practicando el amor a Cristo en la persona de “los otros”, en los que Le vemos presente por la fe en Sus palabras: Lo que hagáis, o dejéis de hacer, a un necesitado, a Mí me lo hacéis, o me lo negáis. El Mandamiento Nuevo (que es el único Mandamiento en el Reino del Amor) tiende a establecer entre unos hombres y otros una imagen de aquella unidad substancial que hay entre el Padre y el Hijo, como pedía Jesús en la última Cena. Y todos vamos elaborando (o deberíamos ir elaborando) este Cuerpo Místico con nuestra unión con Cristo a través de “los otros”, en los que la fe nos hace ver a Cristo necesitado... de lo que sea.

Solamente Dimas no necesitó de la fe para ver a Cristo en el otro, porque el otro era el mismo Cristo abatido en persona. Tenía bastante con mirar para ver. Y el Espíritu de Amor le invadía por momentos. Con la vista fija en Jesús, veía como la luz de aquellos ojos se extendía a todo su rostro; y ya no solamente el rostro, sino que de las mismas heridas salía un resplandor nunca soñado.

Después vio (no sabía cómo podía ser aquello, pero lo veía

claramente) una doble corriente que iba de Jesús hacia él y le inundaba en una paz, un gozo, y una felicidad desconocidas y siempre nuevas, junto con otra corriente que iba de él a Jesús en la que había todos, TODOS los pecados y maldades que había ido almacenando durante su vida azarosa (los veía todos con toda claridad, aún en sus detalles más minúsculos) que iban saliendo de él, sucios, asquerosos y repelentes, hacia aquella luz cegadora, como si fuera un horno universal, y se quemaban, se fundían en él, y no quedaba nada. Y ya no era él solo, no. Hacia todos los puntos del horizonte, y del pasado y del futuro iba aquel fuego que tenía por foco el Corazón de Cristo, y venía como un mar inmenso, formado por todas las asquerosidades, traiciones, blasfemias, infamias, robos, mentiras... de todos los que le reconocían como Dios y querían seguirle. Y aquel fuego tan luminoso y tan sin medida lo fundía y lo purificaba todo; y aquello tan infecto se transmutaba en aguas vivas que salían de aquella cruz única, y regaban y embellecían toda la tierra y todos los tiempos.

Todo esto lo veía con una claridad inmensa. Sentía en él el gozo y la paz inefables, junto con el dolor agudísimo de sus heridas, todo a un tiempo, con una lucidez inimaginable.

Fue entonces cuando oyó las palabras del otro miserable, que no tenía ojos más que para sí mismo, y no veía nada de la maravilla infinita que se realizaba junto a él. Y se produjo el diálogo conciso, preciso, definitivo, que escuchó la Santísima Virgen y que nos ha transmitido San Lucas. Quiero reproducirlo una vez más:

-¿No eras tú el Cristo? Sálvate a tí mismo y sálvanos a nosotros.

Pero el otro, tomando la palabra, le reprendía diciendo: -¿Ni tú, que estás sufriendo el mismo suplicio temes a Dios? Y nosotros justamente, porque recibimos el digno castigo de nuestras obras, pero éste NINGÚN mal ha hecho.

Y decía: -Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino.

Y le dijo: -En verdad te digo: hoy serás conmigo en el paraíso.

Porque creyó y confesó que Jesús es Dios, y aceptó la muerte como acto de justicia, recibió el Bautismo cristiano, y con él los dones del Espíritu de Amor, que le infundieron la noción de todas las verdades

dogmáticas por la vía extraordinaria que convenía a aquel caso tan extraordinario.

Y Dimas, que seguramente nunca oyó ninguna de las palabras de Jesús que a nosotros nos revelan el misterio del Reino de Dios, lo intuyó como algo exigido y coherente con la maravilla que le tenía arrebatado.

Y escuchó las palabras que Jesús le dirigía. Palabras sencillas y grandiosas; palabras que serían repugnantes en la boca de un hombre-hombre, pero que, dichas por el Hombre-Dios inflamaron a Dimas y siguen inflamando a todos los que queremos acercarnos a la Cruz de Cristo, anhelando poderlo hacer con los sentimientos del corazón del Buen Ladrón.

Sí. Pasaría de muerte a vida. Hoy mismo. ¡Seguro; segurísimo! Mientras tanto era feliz contemplando aquel inmenso faro que se había alumbrado allí, en el Calvario, y que, para siempre, sería la guía, la única guía, capaz de llevar a buen puerto a los naufragos humanos... que somos todos.

De pronto, todo esto que le tenía deslumbrado y que el otro ladrón no percibía, se fue apagando por momentos, y oyó:

-¡Todo está consumado....!

Era al mediodía y oscureció. Oscuridad en la tierra y oscuridad en la Cruz redentora. Dimas tuvo que cerrar los ojos para perseverar en la luz que había recibido, y que ahora conservaba en su corazón.

LA MUERTE.

El agridulce ahora se hacía punzante hasta el paroxismo. Un terror nunca experimentado coexistía con una paz inconmensurable. La oscuridad tenebrosa y la luz cegadora; la ausencia del Amado y una presencia indescriptible: la vida fundida con la muerte. Todos los contradictorios que la mente humana niega que puedan coexistir, y que parecía que allí habían querido juntarse para poner de manifiesto que la mente humana es raquítica y miope.

Las “cosas” de Dios están inmensamente por encima de la minúscula razón humana, que a lo más que puede llegar es a la altura de un Platón o de un Aristóteles... si llega. Y cuando haya llegado, si

no acepta otra luz y otros criterios que los de la propia razón, si mira la Cruz de Cristo no tendrá más camino que repetir la exclamación de los antiguos griegos, cuando se les quería persuadir de que aquel crucificado era Dios?

-¡Están locos!

Y cuando de Dios se aceptan diversos atributos, todos auténticos, poniendo el acento en su Poder, sin querer saber que, por encima de todo, Dios es Amor, como les pasaba a los del pueblo escogido, han de escandalizarse necesariamente si se les dice que aquel derrotado con tanta ignominia es el Dios Todopoderoso.

Desde entonces, los verdaderos locos que, con angustia permanente no dan una en el clavo, son los que aceptan como valor supremo cualquier forma de esto que se llama el “humanismo”, que les lleva a negar a Jesús, o a fabricar un Jesús a su medida, lo que equivale a crucificarle de nuevo sin efectos redentores ni mucho menos. Y a partir de entonces los que escandalizan al mundo sin tregua son los que no aceptan, ni quieren aceptar, en su corazón de piedra, ninguna otra versión de Dios que la elemental del Sinaí, sin querer añadir ni quitar nada, ni desviarse a la derecha o a la izquierda. En esta “fidelidad” estriba su gran infidelidad.

Y sucede así porque Jesús es la Vida del Amor. O el Amor Vivo, si se prefiere. Ya que antes de la Encarnación el amor era “algo”, pero después el Amor es “Alguien”: el Amor es Jesús. Esto desborda de tal manera la sabiduría de los sabios y la prudencia de los que tienen algo que perder, y es tan conveniente que sea así, que en cierta ocasión el Amor encarnado hubo de exclamar:

-Te alabo, oh Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes...

Y si las cosas de la vida (con minúscula) no se conocen verdaderamente más que cuando se han vivido, la cosa sube enormemente de grado cuando se trata de la Vida, con mayúscula.

Por esto, lo más interesante del cristianismo no es el aprenderlo y saberlo, sino el vivirlo. Vivencia que exige solamente “buena voluntad”. Aquí también se han invertido los términos, y hoy todos estamos seguros de que lo principal del cristianismo es el “saberlo”, y lo hemos convertido en una asignatura antipática, tanto para los niños

del Catecismo, como para los adolescentes de los institutos y escuelas profesionales, lo mismo que para los jóvenes universitarios. Si se ha aprobado la Religión (y esto todos lo aprueban) ya no hay por qué preocuparse más de este asunto.

Si saco esto a colación no es con el designio de hacer crítica negativa (como dicen ahora) sino para centrar los fundamentos del cristianismo de Cristo, y así poder captar alguno de los aspectos del primer justo del Nuevo Testamento.

Dimas no pasó por ninguna escuela de sabios y prudentes para conocer a Cristo, sino por la misma Escuela de Cristo. Pero esta “Escuela” tuvo dos fases bien destacadas, que conviene distinguir.

Cristo abrió una primera “Escuela” en la que enseñó a los Apóstoles y discípulos, a base de doctrina celestial y de prodigios maravillosos. Los resultados son suficientemente conocidos, para que sea menester insistir. Los evangelistas consignan taxativamente que los “alumnos” no comprendían nada, y que los prodigios no los tomaban como señales del Reino de Dios, sino como muestra de lo que iba a hacer el rey de Israel. Esta Escuela cerró sus puertas cuando el Maestro fue detenido en el Huerto de los Olivos, y los alumnos se dispersaron.

En aquel mismo momento abrió la cátedra universal, espectacular, delante de todo el mundo, y desde allí nos dio la esencia de sus lecciones, con poquísimas palabras y sin ningún milagro aparente.

A la primera escuela solamente llamó a unos cuantos, pero a la segunda llamó a TODOS. Se abrían de par en par las compuertas de las Aguas Vivas, para que todos los sedientos de Amor pudieran saciarse.

Ambas escuelas continúan abiertas. El Nuevo Testamento contiene la primera escuela: la del adoctrinamiento; la segunda es la del sacrificio, que actualiza perennemente la Pasión y la Cruz. Ambas confirmadas, consolidadas, y consagradas como “Escuela Divina”, por la Resurrección del Maestro.

Cuando uno se encuentra en buena posición es muy difícil, pero no imposible, que ingrese en la Escuela Divina. ¡Si la arreglaran a la medida de mis gustos...! Los de la mala posición es muy difícil, pero no imposible, que ingresen en la Escuela Divina. ¡Si me resolvieran primero mis problemas...!

Pero Cristo clama y sigue clamando sin cesar, con voz estentórea que los sordos no percibimos. Clama desde el Nuevo Testamento y clama desde la Cruz. Y la prueba de su inmenso poder es que no fuerza a nadie. Va diciéndome sin parar y en todas partes (a mí y a cada uno):

-¿No lo ves que te amo? ¿Todavía no te has dado cuenta? ¿Qué más podía hacer de lo que he hecho para demostrarte Mi Amor ? ¿No quieres dejarte amar? ¿Crees que ha existido ni pueda existir un amor semejante a Mi Amor? Mírame en la Cruz; fijamente; mírame bien. Cuando exhalé el último suspiro estaba pensando en ti, en ti mismo, tal como eres, y pensaba: -A ver si cuando Rovirosa se entere de que todo, todo, desde la Encarnación hasta ahora, lo he hecho para demostrarle que le amo... Dime: ¿No te parece que merezco tu amor?

Todo consiste en no pasar de largo, moviendo la cabeza, delante de Cristo en la Cruz, y en no pretender adaptar las enseñanzas del Nuevo Testamento a las propias conveniencias. Estremecimiento y desconcierto al constatar que cuando el Todopoderoso se me acerca no me manda nada; solo me pide que le ame, porque Él me amó primero.

Los primeros “matriculados” en la primera Escuela de Cristo fueron cerca de un centenar, y quedaron desconcertados aquel primer Viernes Santo al ver que las cosas iban tan al revés de lo que ellos querían. Todos, quién más, quien menos, quedaron desconcertados, y no sabían qué hacer ni donde ir. Menos uno, uno sólo, que lo dio todo por definitivamente perdido, y se ahorcó.

Los que pasaron por la segunda Escuela de Cristo fueron todos los miles y miles que en aquella fecha se hallaban en Jerusalén, y pasaron de largo. Ya sé, ya sé que hubo el Cirineo, la Verónica, las piadosas mujeres, el Centurión, la mujer de Pilato... pero ninguno de estos murió con Cristo aceptando gozoso la muerte, ni nada sabemos de cómo murieron.

Estamos seguros de que entre los escogidos hubo un solo traidor total; y estamos seguros de que entre los otros hubo un solo fiel total.

Tres muertes casi simultáneas, pletóricas de sentido: la muerte de Jesús por los demás; la muerte de Dimas que la acepta como justa por el amor de Cristo; y la muerte de Judas que se mató a sí mismo por su traición al amor de Cristo.

Y después, el número inmenso de los que no se preocupan, que no tienen tiempo para ocuparse de estas cosas... ¡Ah! Si no hubiera sido por la Resurrección...

Ahí está la Escuela del Dolor aceptado por el amor de Cristo. Algunos casos he conocido, y son una pura maravilla de la Gracia, que parece que se toca y se respira. Se comprende que el diálogo ha de ser mucho más fácil y directo entre el Gran Crucificado y otro que también está clavado en una cruz, que entre Cristo en la Cruz y un interlocutor sentado cómodamente.

Dimas ya hacía rato que había perdido la noción del tiempo. El dolor tendía a hacer inacabables los minutos y los segundos, mientras el gozo inefable los hacía pasar velocísimos. Sentía unos sufrimientos insoportables, y una paz y una beatitud inmensas, inenarrables. Todo a la vez.

La capacidad de sufrimiento es limitada, y cuando se ha llegado al máximo, se entra en un abotargamiento que va insensibilizando por grados, especialmente si existe una pérdida progresiva de sangre. Entonces aparece la sed, cada vez más abrasadora. Pero la sed física de Dimas también fue simultánea con una inundación de Agua Viva, de la que había brotado del Corazón de Cristo. Y cuanto mayor era la una, tanto mayor era la otra.

Dimas veía a su lado a Jesús muerto, deshecho... Si su primer contacto con Jesús se hubiera producido entonces, cuando los divinos ojos se hallaban apagados, seguramente que no habría podido reconocer en “aquello”, más que una piltrafa humana. Pero él ahora sabía, con la máxima certeza que pueda alcanzar un hombre, y mucho más allá, ya que era una certeza de otro orden, sabía, que aquel muerto era la Vida.

No sabemos, ni exacta, ni aproximadamente, entre la muerte de Jesús y la de Dimas. Ni hace ninguna falta. Lo que sabemos con certeza es que cuando los “rematadores” llegaron al Calvario encontraron muerto a Jesús, y solamente pudieron ejercer su profesión con los otros dos.

Supongo que lo de romperles las piernas debía ser una manera de hablar, pues sé bien por experiencia propia y ajena que la simple fractura de los huesos de las piernas influye poco en la vida y en la muerte físicas. Debía tratarse de abrirles las piernas, que por la posición

de los reos, debía provocar un rápido desangramiento. Quizá también les rompían los huesos, pero lo que aceleraba su muerte debía ser la hemorragia intensa.

El dolor físico de aquella “operación” poco debió añadir a los vivísimos dolores que Dimas sentía. La rápida pérdida de su sangre le produjo una sensación semejante a la que tantas veces había experimentado al quedarse dormido.

Semejante solo en apariencia. En realidad era absolutamente diferente, ya que al dormirnos pasamos del mundo real al mundo de la fantasía y de la incoherencia, mientras que al morir se pasa de la realidad creada y fugaz a la región del Absoluto. Y el Absoluto, para nosotros, se llama Jesucristo. Pero Dimas ya hacía rato que estaba en la región del Absoluto. No del todo, ciertamente; pero ya lo ESTABA PALADEANDO.

Existe otro Santo, entre los que veneramos en la Iglesia de Cristo, que también murió con Jesús, aunque no conocemos ningún detalle de cómo ni cuando ocurrió tal hecho. Se trata de San José, que murió con Jesús y con María a su lado. Por esto se nos propone como patrón de la Buena Muerte.

Yo no sé si he meditado sobre San José mas o menos tiempo que sobre San Dimas; lo que sé es que su figura me aparece con una grandiosidad tal, que no puedo referirme a él en sólo unas cuantas líneas. Quizá algún día pueda ordenar mis meditaciones sobre el Santo de la Mansedumbre y de la Humildad, como estoy terminando estas consideraciones sobre el Buen Ladrón.

Lo que quiero destacar es la diferencia que hay entre el morir con Cristo entre San Dimas y San José, que no es menester que me extienda en ponerla de manifiesto, pues está demasiado patenté. Y destacar mi creencia de que la muerte de Dimas, que murió con Jesús mientras Jesús moría, es nuestro modelo para nuestra muerte mística bautismal mientras nosotros seguimos viviendo físicamente; y San José es nuestro modelo en nuestra muerte física, asistidos por Jesús, por María, y por el mismo José.

LA CANONIZACIÓN.

También en esto fue único el caso de Dimas, y sin repetición posible. Tanto por lo que se refiere al “proceso” como a la persona del definidor.

Cuando un Papa proclama “urbi et orbi” que un fiel difunto queda incluido en el catálogo de los Santos que la Iglesia venera, es el mismo Cristo quien, por boca de su Vicario, afirma que aquel justo se halla en la presencia de Dios en el Paraíso Celestial.

El proceso acostumbra a ser largo y laborioso, y son muy escasos los Santos que han sido canonizados pocos años después de su muerte. Y son excepcionalísimas las canonizaciones al estilo de la de Santa María Goretti, a la que pudieron asistir su madre y su verdugo.

En el proceso pueden distinguirse dos partes principales: en la una se trata de esclarecer qué ha hecho el siervo para glorificar a su Señor (virtudes y heroísmo), y en la otra hay que constatar, con rigor extremo, qué ha hecho el Señor para glorificar a su siervo (milagros). Esto es “grosso modo” y no son estas páginas lugar a propósito para matizarlo.

En orden a las virtudes, se pone una atención principal sobre las tres virtudes específicas del cristianismo, que son: espíritu de Pobreza, espíritu de Humildad, y espíritu de Sacrificio, como expresión triple de un sólo espíritu de Amor, que es espíritu de Comunión. Cuando este espíritu único y triple impera, todas las demás virtudes florecen, necesariamente.

Algunos Santos han sido “fieles” desde su más tierna infancia; en los demás hay que desglosar su proceso en dos etapas: antes y después de la conversión, y la segunda es la que cuenta, en los procesos de canonización. En la vida de San Agustín, por ejemplo, si nos fijamos en los primeros treinta años, poca cosa veremos edificante, antes todo lo contrario, y si conviene tenerlos en cuenta es para hacer resaltar el contraste con los años posteriores. Lo mismo puede decirse de San Pablo, y demás Santos “convertidos”. No importa que la primera fase haya durado mucho tiempo y haya sido muy escabrosa, si ha habido conversión de vida. Jesús nos dejó enunciada una verdad que parece que cuesta mucho de asimilar, cuando dijo que había más gozo en el Cielo por la llegada de un pecador que había hecho penitencia, que por noventa y nueve que se habían mantenido fieles.

Y para que nadie deseperase, ahí está el primer pecador lavado con la Sangre de Cristo, cuya mala vida duró (posiblemente) unos cuarenta años, y cuya Vida de Santo no duró más tiempo del que se emplea en dormir normalmente durante una noche.

El Acta del Proceso y de la Canonización es la que “firmó” San Lucas, y que yo he copiado dos veces en este Capítulo. No hace falta más para estar segurísimos de que está en el Paraíso Celestial. Y por esto mismo, también estamos seguros de que si se le abriese un “proceso” con toda la meticulosidad y rigor que imponen los Cánones de la Santa Madre Iglesia, aparecería netamente la práctica heroica de las tres virtudes básicas del cristianismo durante las pocas horas que duró su Vida de Santo.

No hace ninguna falta rehacer este “proceso”, pero por amor a Dimas y por gratitud a Jesús, quiero referirme a él un poco, sabiendo que lo haré torpemente, pues no alcanzo a más. Pero lleno de emoción.

Empecemos por el “Espíritu de Pobreza”. Lo mas contrario que hay a este espíritu es la tendencia a hacer pasar al propio bolsillo (físico, o metafísico) los bienes que están en los bolsillos ajenos, tanto si los métodos que se siguen son legales como si son ilegales. Me parece que Nuestro Señor no tiene demasiado en cuenta las legalidades y las ilegalidades que definen los que mandan. Y no me cabe duda alguna de que, antes de su conversión. Dimas fue un caso clarísimo de ausencia de espíritu de Pobreza.

Pero, ¿qué es el espíritu de Pobreza? Si partimos de que es una de las tres dimensiones del Espíritu de Amor que (desde Pentecostés para acá) se nos infunde en el Bautismo para que pueda realizarse la comunión de los hombres entre sí, a base de la comunión de todos y cada uno con Cristo, para entrar en la Comunión de la Trinidad Beatísima, podemos decir que el espíritu de Pobreza es el espíritu de Comunión manifestándose de mí hacia los demás, y me inclina a compartir todo lo que tengo (en el orden físico, en el metafísico, y en el sobrenatural), con los que carecen de ello, o tienen menos que yo.

Ya se comprende que el tener este espíritu no depende de tener muchos, o pocos, bienes; sean de la clase que sean. De la misma manera que el espíritu de adulterio no se mide únicamente por los adulterios que se cometen... así también el espíritu de Pobreza no se mide únicamente

por la cantidad de bienes que uno comparte con los necesitados de ellos, sino por la intensidad del deseo de compartir las insuficiencias ajenas. La escena de la viuda echando una monedita en el “cepillo” del Templo ilustra perfectamente la diferencia que va entre la realidad y ciertas apariencias.

El espíritu de Humildad es la segunda dimensión del Espíritu de Amor, manifestándose de los demás hacia mí, inclinándome a complacerme ante la profusión de bienes de toda clase que Dios ha otorgado a los demás, aceptando con gratitud todo lo que los demás puedan comunicarme, especialmente bienes sobrenaturales, después bienes de orden cultural e intelectual, y finalmente bienes materiales. Este espíritu es todo lo contrario del espíritu de soberbia que tiende a sobrevalorizar todas mis cualidades y a no hacer caso de mis defectos, al mismo tiempo que solamente se fija en los defectos ajenos y desvaloriza totalmente sus cualidades.

El espíritu de Sacrificio es la tercera dimensión del Espíritu de Amor, y nos inclina a renunciar a nuestros propios criterios (por convenientes y ajustados que nos parezcan) cuando difieren de los criterios evangélicos por una parte, o cuando difieren de los criterios de “los otros” cuando laboramos todos juntos en las tareas del Reino de Dios y su Justicia. Dios ha de reinar en mí, y no solamente he de renunciar a “lo malo” (que esto no entra en la zona del sacrificio, sino de la ley) sino a las cosas mías que me parecen buenas, justas, y honradas, cuando Cristo pide otra cosa. Cristo ha de reinar también en la sociedad y en sus estructuras, y esto exige el sacrificio constante de los criterios particulares en el ara del criterio común, por la fe que tenemos de que cuando dos, o más, nos reunimos en Su Nombre, Cristo está en medio de nosotros, y únicamente podrá hacerse Su voluntad y no la nuestra, en el caso de que todos renunciemos a la propia voluntad, después de haberla expuesto con todo el ardor y con toda la decisión. La oración suprema de: ¡Hágase Tu voluntad y no la mía! solamente puede pronunciarla aquel que tiene alguna voluntad; y no una voluntad cualquiera, arbitraria, desproporcionada.... sino una voluntad en la que ha puesto todo lo mejor de su ser. Es la víctima que ofrecemos en el Altar de Dios, que para que sea aceptada no ha de tener taras ni manchas, y ser lo más pura y sin mácula posible.

Fijémonos ahora en las últimas horas de Dimas, que son las de su Vida de Santo.

Si el espíritu de Pobreza nos inclina a comunicar a los otros lo que necesitan, porque la fe nos dice que ellos son el mismo Cristo necesitado que lo recibe en ellos de nuestras manos, en el caso de Dimas no era cosa de fe el ver a Cristo necesitado en el otro, porque el otro era el mismísimo Cristo. Y parece que Dimas no tenía nada de nada, y el otro era el mismo Dios. ¿Cómo podía manifestarse el espíritu de Pobreza, si Dimas no tenía nada material, ni bienes de cultura, ni virtudes, ni siquiera su vida, ya que ésta no le pertenecía, y sus minutos estaban contados?

Todo esto es ciertísimo, y no es menester buscar por esta parte, pues seguramente no encontraríamos nada.

Dimas tenía únicamente un corazón que todavía seguía latiendo en su pecho. Un corazón nuevo, flamante, un corazón de carne que había sustituido su corazón de piedra cuando ésta se fundió en el fuego universal de aquella mirada del Señor. Y empezó a amarle de una manera desconocida y grandiosa, sintiendo una compasión inmensa, doliéndole mucho más la afrenta que se hacía a Jesús que la justicia que se hacía con él. ¿No es nada dar esto? ¿No es lo más grande que se puede dar? ¿Es que, si no se da esto por delante, todo lo demás que se dé podrá considerarse como don de sí mismo?

Y Jesús se encontraba, precisamente, carente de esto: Él, el Dios Omnipotente. Tenía sed de ser amado y sed de ser com-padecido, que viene a ser la misma cosa. No con una compasión epidérmica y sensiblera, sino una com-pasión verdadera, que exige compartir el dolor y la injusticia del otro hasta el punto de anteponerlo al propio dolor y a la propia injusticia.

Este fue el grado heroico del espíritu de Pobreza de Dimas, que Jesús aceptó, no hecho a Él en la persona de sus “pequeños”, sino en su propia Persona viviente y agonizante, caída por Amor en la máxima necesidad y abyección.

El espíritu de Humildad se puso de manifiesto en Dimas cuando descubrió y aceptó, en aquella apariencia de derrota, de impotencia y de aniquilamiento, no solamente unos dones espléndidos de Dios, sino al mismo Dios. Lo aceptó íntegramente, sin la menor restricción. Este

espíritu de Humildad es el que iba más escaso entre los espectadores del suplicio de Jesús, y por esto no podían creer en Él. Y porque sigue siendo tan escaso sobre la tierra, el mundo va como va.

Éste fue el grado heroico de la Humildad del Buen Ladrón.

El espíritu de Sacrificio se hizo bien patente al manifestar Dimas la adhesión consciente y plena a los criterios de “los demás” que aún perjudicándole y llevándole al patíbulo, tendían al Reino de Dios y su Justicia, Dimas aceptó la muerte infamante que le imponían los hombres como bien merecida. ¿No es heroico esto? Dimas no dio la vida por Cristo, pero aceptó la muerte por el Amor de Cristo, y creo que esto puede considerarse como algo bastante parecido al martirio.

Todo esto se desprende de manera evidente de la cortísima “Acta” de que disponemos, y no creo que sea menester insistir más en cuanto a virtudes heroicas.

Pero ¿y los milagros? ¿Dónde están los milagros de San Dimas? Porque hablar de un Santo sin milagros parece un contrasentido.

Ya he dicho antes que los milagros que Dios obra son para glorificar delante de los hombres a aquellos fieles que delante de los hombres han glorificado a Dios, y constituyen algo así como la marca y la firma que Dios pone a sus vidas.

Siendo esto así, ya se comprende que en el caso de Dimas no hacía falta ningún milagro que manifestara que aquel era un predilecto de Dios, pues el mismo Dios lo manifestó con su boca, y el Evangelio da fe de ello. Estamos seguros de que todos los Santos que veneramos gozan de la presencia de Dios; pero de Dimas tenemos una seguridad especial, ya que fue canonizado por el mismo Dios, en persona.

Quizá en las circunstancias de esta canonización pueda verse el milagro eminente. Porque la regla invariable, desde siempre, es que no se puede canonizar a nadie mientras vive. Es posible que el recuerdo de Judas tenga algo que ver con esto. Y he aquí que el mismo Cristo, en el primer caso de canonización salta por encima de la regla que su Espíritu ha dictado a su Iglesia.

Para mi uso particular me complace ver aquí un milagro portentoso y único, realizado por Jesús en honor del único Santo del Cielo que murió con El en sentido estricto y categórico, glorificándolo antes de morir, a la faz del mundo, mientras que Él quiso esperar al

tercer día para glorificarse a Sí mismo, ante el pequeño número de los que habían de ser sus testigos.

COMENTARIO FINAL.

Comprendo perfectamente la actitud de los judíos ante el Mesías de verdad. Cada uno de ellos esperaba un mesías a su medida y a su gustos y el Mesías no podía ser a la medida de ningún hombre, sino a la medida de Dios.

Por esto, antes de la Resurrección y de Pentecostés, nadie creía en Él “del todo”. (La Santísima Virgen no tiene nada qué ver ¡naturalmente! con esto que acabo de indicar). Ni los mismos Apóstoles lo veían claro, y seguían esperando algo que diera satisfacción a su manera particular y propia de considerar el Mesías.

Ninguna mente humana podía aceptar aquella Sabiduría concentrada en las Bienaventuranzas, ni aquel Poder concentrado en la Pasión y el Calvario. Y a no ser por la “marca” divina de la Resurrección, ni aquellos, ni nosotros, ni nadie hubiera podido tomar en serio las enseñanzas, ni la vida, ni la muerte de Jesús.

El conflicto no fue de entonces, ni de ahora, sino de siempre. El drama está planteado entre el hombre que busca dioses a su imagen y semejanza para que le sirvan (y la idea comunista todavía es un dios de estos); y el Dios Uno y Trino que busca hombres que quieran ser a su imagen y semejanza, y que le sirvan.

Todo es cuestión de sentido. Se trata de precisar, en cada hecho, en cada palabra, y en cada pensamiento, la dirección que llevan. Si se encaminan a mayor honra y gloria mías, tienen signo negativo; si buscan el honor y la gloria de Dios, son positivos.

La tragedia estriba en el gran confusionismo que hay en todo esto, pues parece muchas veces que basta poner un crucifijo en la pared, o hacer unas declaraciones de confesionalidad, para que uno pueda tenerse (y los demás vengam obligados a tenerle) por un excelente cristiano. El: ¡Ah! Si todos fueran como yo.... en vez de: ¡Ah! Si yo fuera como Cristo...

Aquella generación que convivió con Jesús esperaba el Mesías con grandes deseos y afanes, pero lo querían de otra manera, y por esto

lo rechazaron, simplemente, de la manera que todos sabemos. Ellos tenían una excusa enorme, ya que desconocían, y no podían suponer, la gloria esplendorosa de la Resurrección. Pero esta maravilla no fue un hecho evidente para todos, como lo había sido la muerte en el Calvario. Y por esto hubo tanto empeño en “consolidar” la muerte de Cristo, exterminando a los suyos. Los continuadores de la Sinagoga y del Pretorio siguieron en su empeño de exterminar a los perturbadores del orden establecido, acusando de esto a los discípulos, como antes habían acusado al Maestro.

Pero llegó un momento en que los más miopes no pudieron dejar de ver que “aquello” resucitaba siempre, y que “Aquel” era ciertamente el Mesías esperado. Entonces se trató de llegar a un arreglo, como en el trato entre gitanos (y que me perdonen los gitanos) partiendo las diferencias. Ya que Jesús no había querido adaptarse a sus conveniencias, ya lo adaptarían ellos.

Este afán por hacer que Cristo resucitado se adapte a lo que nunca quiso adaptarse durante su vida mortal, es una constante que retoña permanentemente en todos y en todas partes. Y aparece una “piedad” que en vez de tender a conformarnos a Su voluntad, pretende que Su voluntad se acomode a la nuestra. Y la tentación es tanto más fuerte cuanto mayor es el poder material o moral de que se dispone.

La cosa empezó entre los mismos Apóstoles y Discípulos con la cuestión llamada de los judaizantes, que pretendían que los seguidores de Jesús habían de sujetarse a la Ley y a las prácticas judaicas, empezando por la circuncisión, ya que, según decían sus partidarios, el mismo Jesús también fue circuncidado. Estos hechos son suficientemente conocidos por las relaciones de los Actos de los Apóstoles y las referencias en las Cartas de San Pablo para que sea necesario insistir.

Solamente quiero decir que me parece muy significativo el hecho de que fuese precisamente Pablo, gran concededor de la Ley y discípulo de Gamaliel, el que tomase la ofensiva contra los que es de suponer que la conocían bastante menos que él, como el mismo Pedro. Es altamente significativa su Carta a los Gálatas, en la que concentra sus argumentos de una manera casi violenta.

Alrededor de Santiago el Menor (pariente próximo de Jesús)

también se formó un grupo que pretendía el primado de la Iglesia naciente, que no solamente había de residir en la ciudad santa, sino que además había de recaer en una persona de la sangre de Jesús, qué entonces eran sus parientes más próximos, y después serían los descendientes de estos. Algo semejante a lo que vemos todavía en tipos como el Aga Khan, descendiente colateral de Mahoma. Dicho grupo, llamado de los “jacobitas” dio bastante que hacer durante unos cuarenta años, hasta que la Providencia se encargó de su dispersión cuando Tito arrasó Jerusalén en el año 70.

La victoria de Pablo frente a los judaizantes fue categórica, y en cuanto a la circuncisión, definitiva. Pero no puede decirse lo mismo en cuanto a otras peculiaridades del judaísmo que todavía están bien arraigadas en los criterios corrientes de los cristianos, sin que nadie pueda demostrar que hagan ninguna falta. Por ejemplo: el mayor caso que se hace a la Ley Natural expresada en el Decálogo, que a la Ley Sobrenatural que Jesús estableció en su Mandamiento Nuevo, que parece tan nuevo hoy como el día que se estrenó; por ejemplo: el considerar las riquezas como un signo de la bendición de Dios; por ejemplo: preferir el empleo de la fuerza a la mansedumbre para defender la religión...

Cuando el Edicto de Milán, los que mandaban (que eran la versión de entonces de los que mataron a Jesús) dicen que se convirtieron. El hecho es que aquella (llamémosla) conversión introdujo en los criterios de los cristianos dos ideas (que en el fondo son una sola) que no tienen ninguna raíz evangélica: la divinización de los poderosos, más o menos camuflada, y la exaltación del sistema de propiedad definido y codificado en el Derecho Romano (del que constituye la piedra clave) y que se introdujo como dogma en los pueblos que de entonces acá se han clasificado como cristianos, en los que este dogma pagano pasa demasiadas veces delante de los auténticos dogmas de la Iglesia de Cristo.

En los tiempos presentes, si se analiza esto que se llama Occidente, o Civilización Cristiana, no hay duda de que su nota fundamental no es su adhesión al Sermón del Monte, sino su adhesión a los criterios del Derecho Romano sobre la propiedad. La crudeza con que expongo esto va pareja con su realismo.

Digo estas cosas solamente como referencia para poner de manifiesto esta tendencia constante de querer adaptar los valores cristianos a pseudo-valores que los hombres concupiscentes apreciamos mucho, pero que son totalmente ajenos al Nuevo Testamento. Y para decir, finalmente, que esto también encuentra su manifestación en el diferente aprecio que se hace a unos Santos y a otros. No me refiero (sería imbécil y casi blasfemo) a las altas autoridades de la Iglesia que promueven y resuelven las canonizaciones, sino a los movimientos de opinión incontrolados e incontrolables que ponen “de moda” la devoción de tales o cuales Santos.

Durante dieciséis siglos el Santo de la Humildad Esencial, José, quedó al margen de la devoción de los cristianos, y es inútil buscar ningún personaje histórico (o no histórico) que se llame José antes de los tiempos de Santa Teresa. El mismo Canon de la Misa lo ignora completamente, a pesar de figurar en él numerosos nombres de Santos. Los cismáticos y los protestantes están en relación con San José como nosotros hace mil años. Entre los eslavos no católicos el nombre de José se usa para designar a los hombres tarados sexualmente de la manera más innoble. Stalin se llamaba José porque era de Crimea.

El conocimiento y el aprecio de los Santos, como personas que han luchado heroicamente en la negación de sí mismos, abrazándose a su cruz, y siguiendo las pisadas de Jesucristo, para servir de estímulo a los que estamos comprometidos en la misma lucha, me parece que no cuenta con muchos entusiastas. Si la gente nos acordamos de los Santos, no es (me parece) para encontrar un refuerzo en la lucha que debe imponernos la fidelidad al propio Bautismo, sino por su Vida y Milagros.

La Vida por una parte, y los Milagros por otra, no son igualmente apreciados, sino que cada uno de estos aspectos tiene lo que podríamos llamar: su clientela. Aunque me parece que son muchísimos más los que se interesan por los milagros que los que se complacen en la lectura y la consideración de sus vidas.

Podríamos decir (muy “grosso modo”, ya lo sé) que los que leen vidas de Santos se hallan entre los que saben leer, tienen tiempo para leer, y tienen resueltos los problemas ordinarios de la vida. Y los que se interesan por los milagros se cuentan entre los que no saben leer, o

si saben no tienen tiempo para leer, y su vida está llena de dificultades. Estos últimos, como es natural, no nutren su devoción con la lectura de las Vidas de los Santos, pues ya he dicho que no leen, sino en las habladurías de unos y de otros, que aseguran, por ejemplo, que no hay nada como unas velas a San Expedito para encontrar trabajo los que están parados.

No diré nada más referente a los devotos de los Santos milagrosos, no porque el tema no sea interesante, sino porque quiero referirme de una manera más particular a los otros, a los que leen Vidas de Santos.

Repito que me parece que escasean mucho. Y esto mismo hace que las ediciones que se publican sean siempre muy limitadas. Claro está, por ejemplo, que la Historia de un Alma queda fuera de esto que acabo de decir. Yo no me he referido a Vidas escritas por los propios interesados, o por autores conscientes de la grandiosidad de su tarea. Me he referido a las Vidas escritas por un autor que busca quedar bien, y publicadas por un editor que busca colocar la edición.

Así como los pintores del Renacimiento pintaban los temas bíblicos con personajes vestidos a la moda del Renacimiento, porque esto era lo que gustaba a los que compraban cuadros, así también los que pintan Vidas de Santos, no con colores sino con palabras, lo hacen, en general, al gusto de los que los compran. Y la decadencia es demasiado manifiesta para que sea necesario señalarla.

En general, el fenómeno íntimo de la santidad del Santo queda fuera de la narración. Y no quiero suponer ignorancia en los escritores, sino miedo. Y yo ahora, para terminar, quiero decir algo referente a esto, no porque presuma saber más que los otros, sino porque me encuentro en una situación privilegiada para poder llamar pan al pan, y vino al vino. No tengo nada: que perder. En Cataluña decimos que el miedo guarda la viña: gracias a Dios yo este miedo no lo siento, porque ni tengo viña ni deseo viña.

La conversión, que hace desprenderse del “hombre viejo” de pecado para entrar en la vía esplendorosa del “hombre nuevo” cristificado, tiene TRES PUNTOS FUERTES.

El primero es persuadirse de que Jesús es Dios, no como algo que se afirma con la boca, sino como algo de lo que se han entrevistado

las principales consecuencias. La principal consecuencia es que en este Universo (y por consiguiente, en mi existencia), no hay más que un solo valor absoluto, que es Jesucristo. Todo lo demás (digo TODO, absolutamente TODO) no puede tener otro valor que el que se derive de su relación con Cristo.

El segundo punto fuerte es darse cuenta de que antes de la conversión uno no ha hecho otro papel que el de ladrón de Cristo. Ha querido apropiarse de lo Suyo, que es TODO. Desgraciadamente la noción de ladrón se limita a los que se apropian de cosas materiales de otros hombres (que somos muy poco propietarios) y no se piensa en los bienes de toda clase del único Propietario Absoluto. Y cuando uno llega a mayor, y nunca ha sustraído nada que valga la pena, ya tiene la convicción de que no es ladrón en ningún sentido. Lo mismo pasa con el matar. Por esto ha tanta gente satisfecha de sí misma, y decimos frecuentemente: -Yo no mato ni robo; ¡ah! si todos fuesen como yo...

La conversión es auténtica cuando el convertido está plenamente convencido de todo lo contrario, y grita bien alto y públicamente: -Apíadaos de mí, pues soy el asesino máximo por haber sido causa de la muerte de Cristo, ya que los infelices que lo asesinaron no fueron más que mis mandatarios; y soy el ladrón máximo, ya que he pasado mi vida robando a Dios todo lo que he podido, empezando por mí mismo... Entonces el Bautismo toma todo su significado, y ¡oh maravilla! Cristo no solamente perdona, sino que abraza, y con este abrazo nos da todos los tesoros de la creación visible e invisible, y se nos da Él mismo, con toda la Santísima Trinidad. Esto da el vértigo.

El tercer punto fuerte empieza ahora, tan pronto como se ha entrado en la intimidad de Cristo, y consiste en reconocer que se ha entrado en el terreno de la traición. Antes de la conversión, el robar no era más que robar; después de la conversión cualquier pensamiento, palabra, o acción que pretenda ponerme a mí por encima de Cristo, no es solamente un robo, sino una traición y un abuso de confianza. ¡Qué bien se comprende ahora lo corta que se queda la frase que nos asegura que cada día el justo peca siete veces! Esto también hace comprender ciertas expresiones que se nos han transmitido de algunos Santos (sobre todo al final de su vida de santidad) y que nos parecían exageraciones...

Estos tres puntos fuertes podemos encarnarlos en tres figuras

históricas cuyas vidas terminaron violentamente casi al mismo tiempo. La primera como Realidad Permanente, y las otras dos como símbolos.

La primera es el mismo Jesús, Verbo de Dios hecho hombre; el que fue, es y será; el que nos busca y nos “pretende” a todos, en todas partes, y en todo momento, que podemos encontrar en cualquier sitio y en cualquier hora si buscamos su mirada.

La segunda es Dimas, el ladrón, que aceptó su muerte como merecida y se abandonó a la misericordia de Dios crucificado. Ésta es la única puerta que abre el camino que conduce al mismísimo Corazón de Cristo, y que no otra cosa, representa, y es, el Bautismo cristiano.

Y la tercera es Judas, el Apóstol. Pero como no me siento capaz de escribir lo que he meditado sobre él en unas pocas líneas, no he tenido más remedio que dedicarle bastantes páginas, que formarán la segunda parte de éstas. A ellas remito al lector que quiera conocer mi pensamiento sobre esta trágica figura, símbolo del tercer punto fuerte de que he hablado.

Y ésta es la paradoja, la enorme paradoja a que se llega al terminar estas líneas: el modelo positivo es el ladrón arrepentido, y el modelo negativo es el Apóstol que va a lo suyo.

Todos los Santos que la Iglesia propone a nuestra veneración nos transmiten algún mensaje parcial de la santidad total que reside en Jesucristo. La Santísima Virgen ocupa un lugar especialísimo, que destaca desorbitadamente sobre todos los demás Santos de Dios.

Para mí, personalmente, el gran soporte para mi miserable vida de cristiano es el mirar a Jesús en la Cruz, que también me mira; y el escuchar a la Virgen María, de pie junto a la Cruz, que me dice siempre lo mismo:

-Para que tú pudieses ser hijo mío di la vida a este Hijo de mis entrañas que ahora ofrezco al Padre. Y tú ¿no querrás ser mi hijo, viendo lo que por ti hago y las ansias que tengo de que me aceptes por Madre? ¿Qué más pude hacer para merecer tu amor?

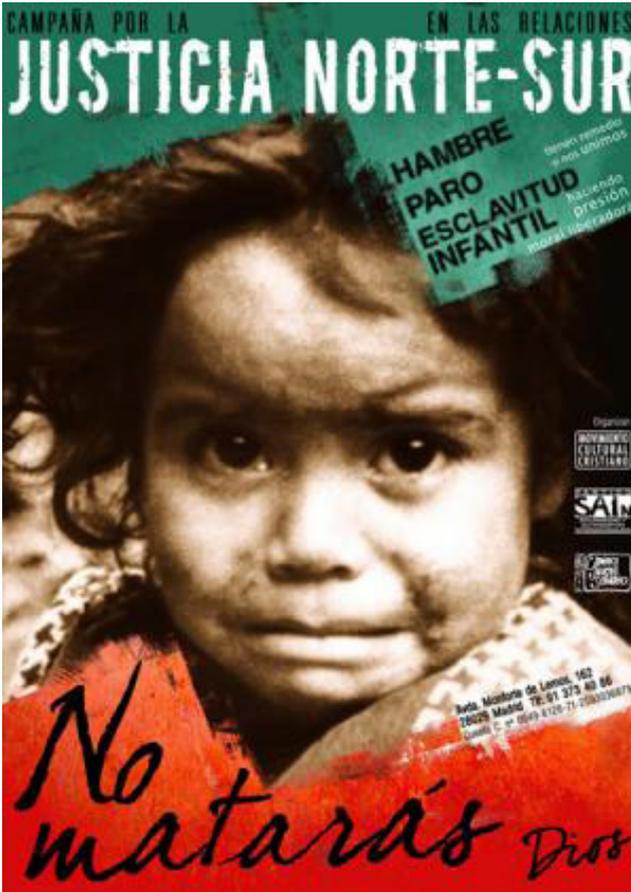
Y fijarme en Dimas, el bienaventurado, que me muestra hasta donde se puede llegar cuando se reconoce la propia miseria; sin dejar de fijarme en Judas, que habiendo sido elevado a las alturas máximas de la amistad con Jesús, cayó en el abismo por haber querido hacer pasar sus criterios por delante y por encima de los criterios del Señor; que si casi

siempre son impenetrables, siempre son deslumbradores y sublimes.
Siempre.

San DIMAS glorioso:

Intercede, te ruego, por el infeliz ladrón que ha escrito estas líneas deslavazadas con la intención de que fuesen a honra tuya y gloria de nuestro Capitán.

AMEN.



REVISTAS Y LIBROS SOLIDARIOS- SUSCRIPCIÓN

AUTOGESTIÓN (revista bimestral)

Como AMIGO: 16 € / dos años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)

Como COLABORADOR: 8 € / dos años

ID Y EVANGELIZAD (revista bimestral)

Como AMIGO: 16 € / dos años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)

Como COLABORADOR: 8 € / dos años

AUTOGESTIÓN + LIBROS (10 libros + 5 revistas Autogestión)

Como AMIGO: 32 € / un año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)

Como COLABORADOR: 16 € / un año

ID Y EVANGELIZAD + LIBROS (5 libros de espiritualidad o teología)

Como AMIGO: 22 € / un año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)

Como COLABORADOR: 11 € / un año

DVD (10 DVD al año) 70 € / un año
(10 dvd al año de dos horas de duración)